Col. 522
Top. 201.551

SUR

REVISTA SEMESTRAL

VICTORIA OCAMPO

1890-1979

HOMENAJE

346

ENERO - JUNIO 1980
BUENOS AIRES

SUR

FUNDADA EN 1931
POR
VICTORIA OCAMPO

Redacción y Administración

VIAMONTE 494, 8º piso
1053 Capital
T.E. 32-5148 - 31-3220

Comité de Colaboración

Mildred Adams
Adolfo Bioy Casares
Alberto Luis Bixio
Jorge Luis Borges
Adolfo de Obieta
Alberto Girri
Eduardo González Lanuza
Eduardo Mallea
Silvina Ocampo
Soledad Ortega
Enrique Pezzoni
Ernesto Sábato

CONDICIONES DE VENTA Y SUSCRIPCION

Argentina y países limítrofes:
Anual ..... $ 37 000 (1980)

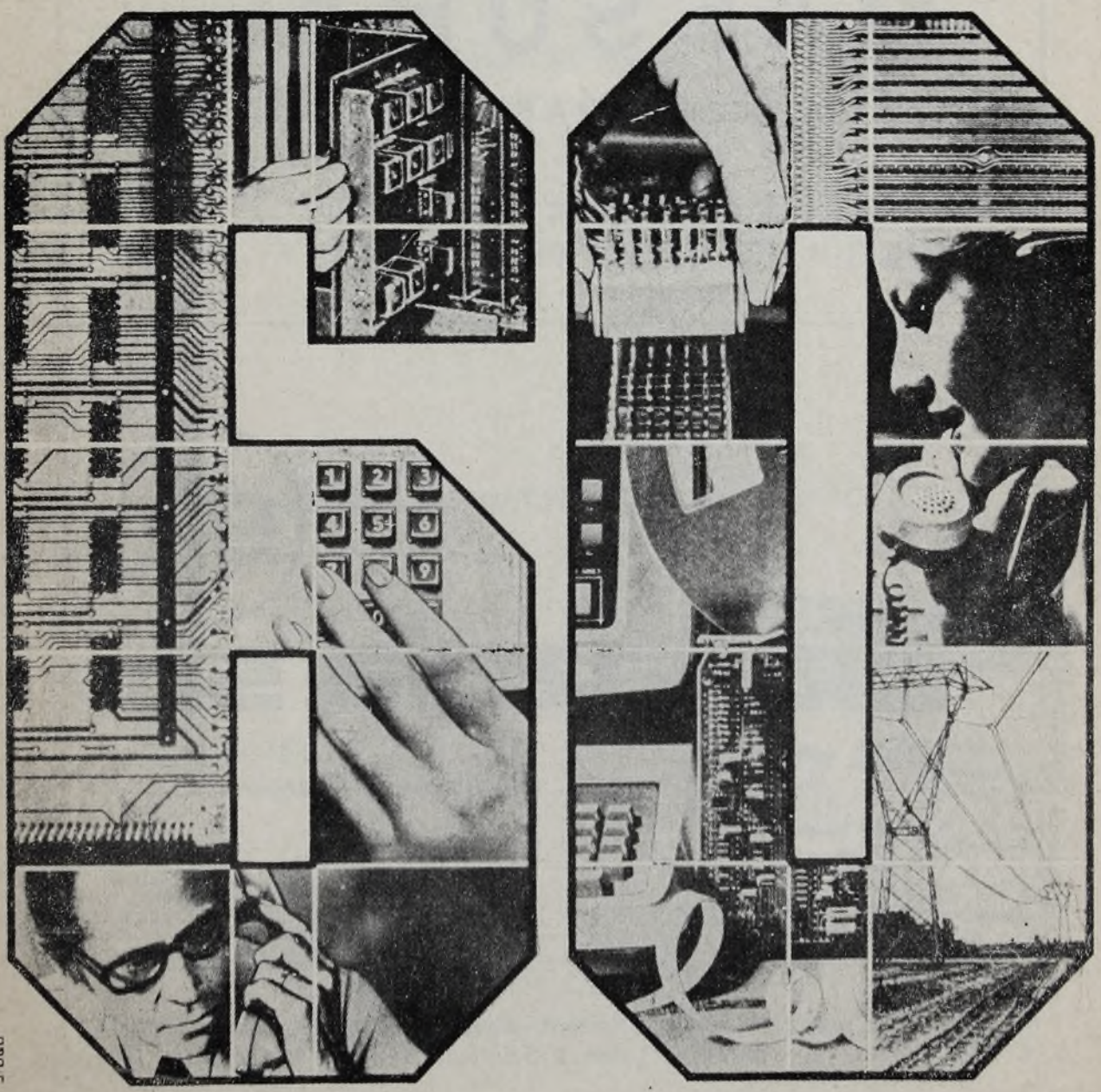
Otros países:
Anual ..... u$s 60.—

60 años al servicio de la comunicación argentina.

Cuando el siglo era joven. Standard Electric ya ofrecía tecnología y servicio al desarrollo de las comunicaciones argentinas.
Desde entonces, la empresa instaló cerca de 1.500.000 líneas telefónicas automáticas. Es decir, las tres cuartas partes del parque telefónico que opera hoy ENTEL.
Dotó de equipos de radiodifusión a aproximadamente el 30% de nuestras radioemisoras.
Instaló la primera emisora de TV del país. LS82 Canal 7.
Formó técnicos y especialistas.
Promovió exportaciones no tradicionales de elevado contenido tecnológico.
Se transformó en una empresa líder del sector privado en el área de las telecomunicaciones.
Hoy, Standard Electric cumple 60 años de trabajo en el país.
Un hecho que dice de su sólida fe en la Argentina.
Su permanente renovación tecnológica.
Su constante aporte de equipos y servicio al ámbito público y privado.
Un hecho que habla de la calidad humana y profesional de esa comunidad de esfuerzos que es Standard Electric.
Una empresa que reafirma hoy su permanente objetivo de colaborar con el progreso de las comunicaciones.
Por eso, celebra su 60° aniversario de la mejor manera: trabajando.

Standard Electric Argentina

...si su necesidad es comunicación.



J/B&B



MASSUH SA

CELULOSA Y PAPEL

PARAGUAY 610 PISO 24 - CAPITAL
TEL. 31 - 9238 - 9239 - 9230



Sagazola sa

Industrial, Comercial, Inmobiliaria y Financiera

Av. del Libertador 7112 - Buenos Aires - REPUBLICA ARGENTINA
Cables: Sagazola - Baires - Telex 012-1004 - T. E. 70-8577/8769/6443/3785

S1CJ.15.1.2 51

H0008128

BIBLIOTECA NACIONAL
FECHA - 7 OCT 1998
COLECC Nº 522

Top. 201.551

pájaro de fuego

PAJARO DE FUEGO

En setiembre se cumple el tercer aniversario de la publicación cultural que ha testimoniado durante igual lapso, el acontecer cultural del país, mes a mes.

CONSIGA EL NUMERO ANIVERSARIO DE SETIEMBRE.
ESTA EN SU QUIOSCO

SUSCRIBASE

Suipacha 255 - 6to. F

(1008) CAPITAL FEDERAL

BIBLIOTECA NACIONAL
COMPRA
Proveedor ALBERTO
Precio $12.000
Fecha - 7 OCT 199

NOVEDADES

NOVELISTAS DE NUESTRA EPOCA

Christine de Rivoyre: VIAJE A LA INVERSA, 224 págs.

El amor y el recuerdo tejen la trama de la primera novela vertida a nuestro idioma de la escritora francesa contemporánea de mayor venta en su país.

Jorge Asís: FLORES ROBADAS EN LOS JARDINES DE QUILMES, 290 págs.

Punzante, polémica, fuerte, la última producción de Asís aborda con lenguaje directo candentes problemas de actualidad.

Tomás Alva Negri: OTRA PARTIDA DE DADOS, 146 págs.

"Provocación, alucinación y una tensa piedad circulan por estas historias", ha escrito Antonio Pagés Larraya a propósito de estos sutiles relatos.

Y los cuatro libros premiados en el Concurso Internacional de Narrativa Losada 1980:

Ana María Shua: SOY PACIENTE (Primer Premio, compartido).

Alberto Lagunas: DIARIO DE UN VIDENTE (Primer Premio, compartido).

María Mombrú: AMERICA PARA LOS AMERICANOS (Segundo Premio, compartido).

Gustavo Bossert: COMPLETAREMOS LA FAMILIA (Segundo Premio, compartido).

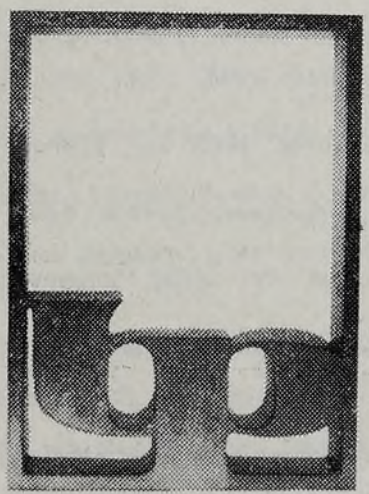
EDITORIAL LOSADA S.A.

Alsina 1131 - Buenos Aires

Montevideo - Santiago de Chile - Lima - Bogotá

Nuestro prestigio tiene historia...

En 1822, seis años después de la Declaración de nuestra Independencia, nacía el primer banco argentino: Banco de la Provincia de Buenos Aires, iniciando las actividades su **Sección Bancaria** en la hoy denominada "Manzana de las Luces" en el mismo lugar donde funcionó la primera junta de Representantes de la provincia de Buenos Aires, trasladándose al poco tiempo al solar histórico de San Martín 137, donde actuaron el Real Consulado, la Asamblea del Año XIII y el Congreso de Tucumán, ubicándose así como instaurador del sistema financiero nacional.



En 1910 se inaugura la **Sección Crédito Hipotecario,** un verdadero acontecimiento en la historia crediticia del país, sobre cuya base se establecieron nuevas estancias y desarrollaron los antiguos saladeros, principios de nuestra tradicional producción agropecuaria y de la actual industria frigorífica.

En 1977 se instituye la **Sección Crédito de Inversión,** para colaborar en la expansión del sector productivo nacional mediante el apoyo financiero para proyectos de promoción industrial, agro-industrial, hotelería y de infraestructura, hecho que le otorga verdadera dimensión de futuro.

...y establece una identidad:

BANCO DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

La seguridad total.

OBRAS DE VICTORIA OCAMPO

De Francesca a Beatrice (con un epílogo de Ortega y Gasset). Revista de Occidente, Madrid, 1924. Sur, Buenos Aires, 1963.

La laguna de los nenúfares (fábula escénica). Revista de Occidente, Madrid, 1926.

Testimonios, I serie, Revista de Occidente, Madrid, 1935.

Domingos en Hyde Park, Sur, Buenos Aires, 1936.

Testimonios, II serie, Sur, Buenos Aires, 1941.

San Isidro (con un poema de Silvina Ocampo y 68 fotografías de Gustav Thorlichen). Sur, Buenos Aires, 1941.

338.171 T.E. Sur, Buenos Aires, 1942. Sur, Buenos Aires, 1963.

Testimonios, III serie, Sudamericana, Buenos Aires, 1946.

Soledad sonora (Testimonios, IV serie), Sudamericana, Buenos Aires, 1950

El viajero y una de sus sombras (Keyserling en mis memorias), Sudamericana, Buenos Aires, 1951.

Lawrence de Arabia y otros ensayos, Aguilar, Madrid, 1951.

Virginia Woolf en su diario. Sur, Buenos Aires, 1954.

Testimonios, V serie (1950-1957), Sur, Buenos Aires, 1957.

Habla el Algarrobo (Luz y sonido), Sur, Buenos Aires, 1960.

Libro de cumpleaños (R. Tagore). Selección y traducción de... Sur, B. Aires, 1961.

Tagore en las barrancas de San Isidro, Sur, Buenos Aires, 1961.

Testimonios, VI serie (1957-1962) Sur, Buenos Aires, 1962.

Juan Sebastián Bach. El hombre. Sur, Agosto 1964.

La Belle y sus enamorados. Sur, Septiembre 1964.

Testimonios, VII serie (1962-1967) Sur, Buenos Aires, 1967.

Diálogo con Borges. Sur, Buenos Aires, 1969.

Diálogo con Mallea. Sur, Buenos Aires, 1969.

Testimonios, VIII serie (1968-1970). Sur, Buenos Aires, 1971.

Roger Caillois y la Cruz del Sur en la Academia Francesa, Sur, B. Aires, 1972.

Testimonios, IX serie (1971-1974). Sur, Buenos Aires, 1975.

Testimonios, X serie (1975-1977), Sur, Buenos Aires, 1977, 2da. ed. 1978.

EN FRANCES

De Francesca à Béatrice. Editions Bossard, París, 1926.

Le Vert Paradis. Lettres Françaises, Buenos Aires, 1947.

338.171 T.E. (Lawrence d'Arabie), N.R.F., Gallimard, París, 1947.

EN INGLES

338.171 T.E. (Lawrence of Arabia). Traducción de David Garnet. Gollancz, Londres, 1963.

TRADUCCIONES

Albert Camus: Calígula. Marzo Abril 1946, "Sur", B. Aires, Nos. 137-138.

Colete y Anita Loos: Gigi. Sur, Buenos Aires, 1946.

Dostoievsky-Camus: Los poseídos. Losada, Buenos Aires, 1960.

William Faulkner-Albert Camus: Requiem para una reclusa. Sur, Buenos Aires, 1957.

Graham Greene: El cuarto en que se vive, Sur, Buenos Aires, 1953.

Graham Greene: El que pierde gana, Sur, Buenos Aires, 1957.

Graham Greene: La casilla de las macetas. Sur, Buenos Aires, 1957.

Graham Greene: El amante complaciente. Sur, Buenos Aires, 1959.

Lanza del Vasto: Vinoba (en colaboración con Enrique Pezzoni). Sur, Buenos Aires, 1955.

T.E. Lawrence: El troquel. Sur, Buenos Aires, 1955.

Dylan Thomas: Bajo el bosque de leche (con la colaboración de Félix della Paolera), Sur, Buenos Aires, 1959.

Graham Greene: Tallando una estatua. Sur, B. Aires, 1965.

Jawaharlal Nehru: Antología (Selección y Prefacio de Victoria Ocampo), Sur, B. Aires, 1966.

John Osborne: Recordando con ira. Sur, B. Aires, 1958.

Mahatma Gandhi: Mi vida es mi mensaje. Sur, Buenos Aires, 1970.

Graham Greene: La vuelta de A. J. Raffles. Sur, Buenos Aires, 1976.
Paul Claudel: Oda Jubilar, Sur, Buenos Aires, 1979.

SUR Nº 347

Julio-Diciembre 1980

EPISTOLARIO DE VICTORIA OCAMPO (Anticipo).

- Correspondencia mantenida por la fundadora de SUR, con las más destacadas personalidades del mundo de las letras, la filosofía, la educación, el cine, el teatro, la arquitectura, la música, la pintura.

Suscríbase a SUR.
Suscriba a un amigo.
Su amigo y SUR lo agraderán.

Viamonte 494 - 8º piso
Tel.: 31-3220 y 32-5148

Bienal Internacional de Arte Infanto Juvenil

Asociación para el progreso de la educación

'La IMAGINACION PURA ES EL ELEMENTO ETERNO INFANTIL DEL ARTE."

Fryda Schultz de Mantovani

PARA TODOS LOS CHICOS DE 2 A 16 AÑOS

!te invitamos a que participes con tus dibujos y pinturas!

PREMIOS

1 medalla de oro "Victoria Ocampo"
2 medallas de oro "Luz Vieira Méndez"
25 medallas de oro "Presidente Sarmiento"
Premio especial "Primer Ministro de la India"
y otros premios especiales

RETIRAR BASES EN:
Av. PALERMO 410
CERRO DE LAS ROSAS

diciembre 1980
Cordoba
Argentina

EDICIONES REVISTA SUR

Victoria Ocampo: **AUTOBIOGRAFIA.** 1er. tomo: "El Archipiélago". 2ª edición	$ 25.000,—
Ed. especial, ejs. numerados, en estuche. Por suscripción	$ 120.000,—
Victoria Ocampo: **LA BELLE Y SUS ENAMORADOS** (Francia)	$ 5.100,—
Victoria Ocampo: **JUAN SEBASTIAN BACH,** el hombre	$ 5.100,—
Victoria Ocampo: **ESTADO DE PLEGARIA**	$ 3.500,—
Victoria Ocampo, Adolfo de Obieta y Ricardo Mosquera Eastman: **MAHATMA GANDHI**	$ 3.500,—
Jawaharlal Nehru: **CARTAS DE UN PADRE A SU HIJA.** (Prólogo de Victoria Ocampo)	$ 12.000,—
Paul Claudel: **ODA JUBILAR en el sexto centenario de la muerte de Dante.** Traducción de Victoria Ocampo. Ed. bilingüe	$ 12.000,—
Varios: **FRYDA (homenaje de sus amigos).** Dedicado a Fryda Schultz de Mantovani	$ 18.000,—
Varios: **EL AUGE DE LA VIOLENCIA**	$ 3.500,—

EN DISTRIBUCION:

Indira Gandhi: **CARTAS A LA GENTE JOVEN** ..	$ 9.500,—

EDICIONES Lidiun

presenta
Serie: CREENCIAS, RELIGION Y MISTICA

Rigurosa selección de títulos que presentan un panorama amplio y documentado de las creencias y religiones vigentes en el mundo contemporáneo.
En algunos de sus volúmenes, el lector ha de hallar una exposición ordenada de la doctrina y una antología de los textos fundamentales en que ésta se expresa.
En otros, se realiza un lúcido análisis de la comunicación inefable que puede establecerse entre el hombre y la divinidad.

● TITULOS YA APARECIDOS:



LA SABIDURIA DEL ZEN
Irmgard Schloegl
Somos iluminados: todas las palabras del mundo no pueden darnos lo que ya tenemos. El discípulo del Zen, por lo tanto, se ocupa sólo de una cosa: hacerse consciente de lo que ya es, del Sí-mismo interior, de su inescindible unidad con el Buda total. 108 págs.

LA SABIDURIA DE LOS MISTICOS ESPAÑOLES
Stephen Clissold
Selección de máximas y extractos de los escritos de los místicos españoles del siglo XVI: San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Avila, Raimundo Lulio, Alonso Rodríguez y María Vela. 92 págs.

LA SABIDURIA DE LOS PRIMEROS BUDISTAS
Geoffrey Parrinder
Panorama esclarecedor acerca del propio Buda, de su vida errante, de la adoración que se desarrolló a posteriori y de las similitudes y diferencias entre el budismo y el hinduismo. 100 págs.

LA SABIDURIA DEL BOSQUE
Las Upanishad
Geoffrey Parrinder
La doctrina del Ser Divino, el Yoga, el alma, la reencarnación, la vida después de la muerte, los orígenes del Universo, y la disciplina espiritual. 112 págs.

● DE PROXIMA APARICION:

LA SABIDURIA DE SAN FRANCISCO DE ASIS
S. Clissold

LA SABIDURIA DE LOS SUFI
K. Cragg

LA BUSQUEDA INTERIOR
Ch. Humphreys

LA SABIDURIA DE LOS ANTIGUOS EGIPCIOS
W. Macquitty

LA RELIGION AFRICANA TRADICIONAL
G. Parrinder

HINDUISMO Y CRISTIANISMO
G. Parrinder

EL CAMINO DEL ZEN
I. Schloegl

LA SENDA DE LA ACCION
J. Schwarz

INTRODUCCION AL MISTICISMO
M. Smith

LAS ENSEÑANZAS DE LOS MAZDEISTAS
R. C. Zaehner

En venta en su librería.

DISTRIBUCION EXCLUSIVA LIBRERIA - EDITORIAL EL ATENEO
Florida 340 - Buenos Aires

EDITORIAL SUR

Títulos de reciente aparición

LOS CASTAÑOS DE BOULOGNE, Alain Malraux.

La mirada del autor (sobrino e hijo espiritual), nos muestra un André Malraux rodeado de una luz nueva, a la vez intrépido, imponente y dulce. Y hasta conmovedor, en los momentos en que percibimos la vulnerabilidad de un coloso.

UN CUARTO PROPIO, Virginia Woolf, 2ª edición.

El tema de este libro es el de la situación de las mujeres ante la novela, pero a poco que avanza en sus páginas el lector advierte que dicho tema no constituye más que un pretexto: un maravilloso pretexto que permite a Virginia Woolf analizar con agudeza sorprendente múltiples problemas sociales, históricos y literarios.

De próxima aparición:

EL PORVENIR ES COSA NUESTRA.

Denis de Rougemont.



XEROX 3107 (1979. 20 copias por minuto).

Ideogramas sumerios
(3.000 años antes de J.C.)

¿Qué representa Xerox para el mundo de la información?

Mucho más de lo que usted imagina.

Porque Xerox concreta un viejo anhelo del hombre: asegurar a sus mensajes una permanencia que superase su propia circunstancia.
Prolonga así una trayectoria que comenzó con las pinturas rupestres, se continuó a través de los procesos artesanales de la antigüedad y halló su cauce definitivo en la invención de la imprenta.
Y Xerox lo hace hoy incorporando todos los adelantos con que la tecnología del siglo XX mejoró las comunicaciones humanas.
Brindando a la información una ubicuidad que subordina el tiempo y las distancias.
Haciendo del método xerográfico un valioso instrumento de difusión.
Y poniéndolo al servicio de la ciencia y la cultura, la industria y el comercio, la actividad pública y la gestión privada.
Proyectando lo que será "La Oficina del Futuro", renovando constantemente su tecnología y servicio con el propósito de mejorar la calidad de vida de toda la comunidad.

Por eso, el futuro de la información también contará con el servicio XEROX.

XEROX ARGENTINA I.C.S.A.
Jaramillo 1595 Buenos Aires
Y en las principales localidades del país.
XEROX® es marca registrada de XEROX CORPORATION.

XEROX.

Precio sugerido al 30-7-80
$ 36.134.000 s/n I.V.A.

LOS ULTIMOS EXITOS DE EDITORIAL SUDAMERICANA

J. R. R. Tolkien

EL SEÑOR DE LOS ANILLOS III. EL REGRESO DEL REY

Este libro es como un relámpago en un cielo claro; es la tercera parte de Tolkien, difundida en millones de ejemplares, traducida a docenas de lenguas.

J. Krishnamurti

PRINCIPIOS DEL APRENDER

Charlas y diálogos entre el autor, los estudiantes, padres y maestros, en que se da énfasis a la necesidad de aprender sobre los problemas del vivir, tales como el de la relación.

Susan Sontag

SOBRE LA FOTOGRAFIA

Sobre la fotografía estudia la relación de la fotografía con el arte, la conciencia y el conocimiento.

Revista de Occidente

Fundada por
JOSE ORTEGA Y GASSET

en breve en Buenos Aires

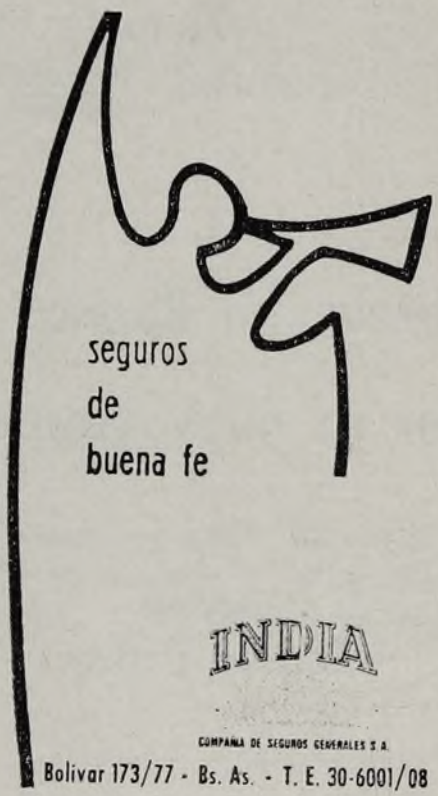
en su nueva època

Dirección
SOLEDAD ORTEGA

Representante en Argentina

alianza editorial

CORDOBA 2064 - BUENOS AIRES



INDIA

COMPAÑIA DE SEGUROS GENERALES S.A.

Bolivar 173/77 - Bs. As. - T. E. 30-6001/08

SUR

Al Lector

Promesa y Compromiso

Sur, obra de Victoria Ocampo, dedica este número a evocar su memoria.

Lo hace brindando a sus lectores los textos completos de los discursos pronunciados en la sede de la Unesco, en París, en homenaje a ella. Se incluyen, además, algunos de los muchos *Testimonios sobre Victoria Ocampo* (más de cien), que integraron el libro aparecido bajo ese título en 1962 y que se editó y distribuyó por rigurosa suscripción.

El poema de Delfina Bunge de Gálvez forma parte de su libro *Simplement,* publicado en París en 1911 —aunque el poema es de fecha anterior— y el de Rabindranath Tagore es uno de los muchos que el poeta bengalí escribiera y dedicara a *Vijaya* durante su estadía en San Isidro. Los de Silvia A. García Ocampo integran la plaqueta de cuatro que la autora publicara como *Homenaje a Victoria Ocampo* en 1979. La bio-bibliografía es sólo una parte de la que constituye tema de investigación del Profesor Carlos Adam.

Habíamos prometido este número, correspondiente al primer semestre de 1980. Más adelante, con ánimo más sereno, vendrán

otros dedicados a analizar a fondo la obra de la fundadora de Sur. El próximo —julio-diciembre—, será un anticipo de su valiosísimo Epistolario.

En 1981 la revista cumplirá 50 años. Preparamos para entonces dos números, dedicados a la Narrativa Iberoamericana y a la Narrativa Argentina, con colaboraciones originales.

Con Victoria Ocampo, con su memoria, hemos sellado un compromiso.

María Renée Cura.

Encouragement

A Mademoiselle V. O. A.

Pour toi la vie a dans ses feuilles
Des mots que seuls liront tes yeux,
Les fleurs auront si tu les cueilles
Le parfum rare de tes voeux.

A mesure que tu l'élèves
Plus forte et sure tu seras;
Plus haut qu'un aigle habite un rêve,
Les étoiles ne tombent pas.

Travail! C'est une poésie,
Quoiqu'en disent les indolents.
A la besogne, Fantaisie
Qui nous rends heureux, opulents!

Heureux d'un murmure qui passe
Dont on ne peut saisir le son,
D'un brin d'herbe que l'on ramasse
Sous la bave d'un limaçon.

Car toute chose accuse une âme,
Et chaque âme garde un secret
Qui, désireux qu'on le réclame,
A se donner est toujours prêt.

Oh! l'âme qui sait qu'on l'écoute
Rend l'accent meilleur de sa voix;
Si nous la cueillons dans la route,
Elle rallume notre foi.

Le travail de l'âme sur terre,
C'est dans toute joie ou douleur
Chercher la beauté, le mystère,
Qui nous rend dignes du bonheur.

Tu le feras, toi qui écoutes
Les Voix avec un coeur fervent,
A qui Dieu peut donner sans doute
Plus qu'il ne demande en rêvant.

Le Dieu des vers, des yeux, des roses,
Saura chaque jour embellir
Avec plus d'amour quelque chose
Pour chaque élan de tes désirs!

DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ

San Isidro.



Victoria Ocampo, Indira Gandhi y Fryda Schultz de Mantovani. Visita oficial de Indira Gandhi, Primera Ministra de India, a Argentina.

Villa Ocampo, San Isidro,

septiembre de 1968.

A Vijaya

Flor Extranjera

Flor, flor extranjera,
cuando te pregunté
tu nombre
moviste la cabeza
como jugando.
Y me dije a mí mismo:
"¿Qué es un nombre?"
Por tu sonrisa se te conoce,
y por ninguna otra.

Flor, flor extranjera,
cuando te apreté contra mi corazón
y pregunté:
"Dime, ¿dónde está tu hogar?",
moviste la cabeza
como jugando,
"No sé dónde",
contestaste.
Y me dije a mí mismo
que era inútil preguntarte
de dónde venías.
Tu hogar está
en el corazón amante
del que te entiende
y no en otra parte.

Flor, flor extranjera,
cuando en voz baja te dije:
"¿Cuál es tu idioma?"
moviste la cabeza
como jugando,
mientras de las hojas
salía un murmullo.
"Ahora sé
que el mensaje
de tu fragancia
es la ráfaga de tu esperanza muda,
y que tu aliento se ha mezclado
con mi aliento".

Flor, flor extranjera,
cuando te pregunté
por primera vez
en la madrugada:
"¿Me conoces?"
moviste la cabeza
como jugando.
Y me dije a mí mismo:
"Poco importa".
Si tan sólo supieras
que cuando te aproximas
mi corazón
llega al éxtasis,
nadie me conocería mejor,
¡Oh! flor, flor extranjera.

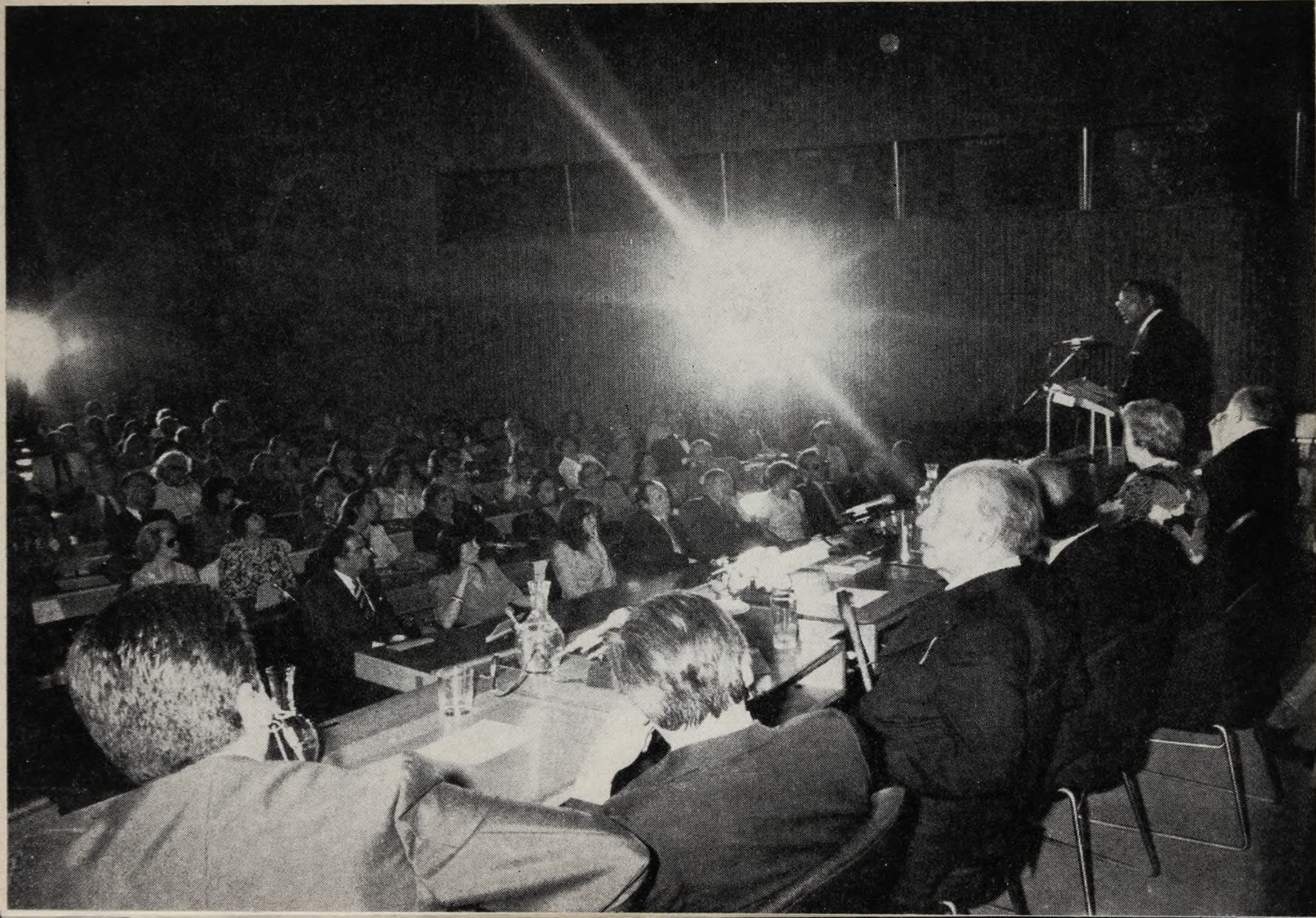
Flor, flor extranjera,
cuando te pregunté:
"¿Me olvidarás algún día?"
moviste la cabeza
como jugando.
Y mi corazón supo
que me recordarás
en cada momento de tu vida

cuando te deje
por otra tierra.
La distancia
nos acercará
en sueños
y nunca más
has de olvidarme.

RABINDRANATH TAGORE

San Isidro, 12 de noviembre de 1924.

(Traducción: ALBERTO GIRRI).



El Director General de la Unesco, Sr. Amadou Mahtar M'Bow, cerrando el acto de homenaje.

Homenaje tributado

en la sede central

de la

UNESCO

15 de Mayo de 1979.

Palabras de apertura por el Dr. Víctor Massuh, Embajador argentino ante la Unesco.

No puedo dejar de destacar la armonía y la coherencia de esta ceremonia. Una armonía natural y rigurosa: ilustres personalidades del campo de la cultura se han reunido aquí, en torno a esta mesa y en esta sala, con el propósito de evocar a una gran argentina. Y hemos querido reunirnos aquí, precisamente en la UNESCO, que para ella fue el símbolo de una patria espiritual. Una patria que reúne a todos los hombres respetando sus diferencias.

Antes que esta Organización hubiera nacido para ser el foro del diálogo de las culturas, Victoria Ocampo había hecho de este ideal su estilo de vida cotidiano. Movida por una inagotable capacidad de admiración —esta condición de las almas jóvenes—, Victoria se abrió, desde su tierra argentina, hacia los contenidos culturales extranjeros y distantes. Las letras argentinas se encontraron, de este modo, con las asiáticas y europeas, las americanas del norte y del sur para constituir no una Babel ininteligible de voces que se entrechocan, sino una verdadera morada del Espíritu, un ejercicio de "coincidentia oppositorum", una armonía de la diversidad, la lengua de lo universal.

Viviendo plenamente esta aventura universalista Victoria respondía, al mismo tiempo, a una exigencia profundamente argentina, al llamado de la mejor tradición de su tierra.

Porque sus ideales fueron los de la UNESCO antes de que ésta existiera, Victoria y su hermana Angélica donaron sus casas a la Organización. Lo hicieron en la seguridad de que UNESCO proseguirá su obra. Victoria Ocampo fue, en tierra argentina, un testimonio del mundo. Confiamos en que la UNESCO continuará ese camino. Nosotros, los que nos hemos reunido aquí, acaso hemos venido fundamentalmente para sellar este compromiso: que su morada tradicional de San Isidro continúe siendo la ciudadela donde viven en armonía el espíritu de unidad y el de la diversidad.

Arturo Uslar Pietri

Señor Director General, Señores Embajadores, Jorge Luis Borges, Señoras y Señores: es con satisfacción sincera y profunda, con ese sentimiento de estar donde hay que estar para hacer lo que hay que hacer que vengo esta tarde a atender la generosa invitación que se me ha hecho de sumarme a este sencillo y tan significativo homenaje. Aquí estamos celebrando no a un intelectual abstracto, no a alguien que ha quedado en una frase en unos libros, no a una figura puramente literaria, sino algo mucho más raro, mucho más escaso y acaso mucho más valioso: a un ser humano excepcional. Yo no voy a robarles a ustedes tiempo hablando de quien otros aquí podrán hablar con más autoridad y conocimiento y tampoco les voy a quitar el tiempo que todos tienen celosamente guardado para oír la gran voz inmutable de Borges, pero sí voy a leerles simplemente algunas pequeñas frases que escribí cuando me llegó la noticia de la desaparición física de esta gran mujer.

Victoria Ocampo, que acaba de morir en Buenos Aires, era una mujer extraordinaria y al mismo tiempo muy representativa de una cierta época, de una cierta mentalidad y de una cierta clase. Era básicamente la criolla de clase alta. Una mujer refinada, cosmopolita, voluntariosa, llena de muchas curiosidades y de algunas osadías que andaba en busca de una fabulosa herencia cultural, que no sabía exactamente en qué consistía ni donde se hallaba pero que sentía profundamente que le pertenecía y que la necesitaba imprescindiblemente para realizarse.

Tuve pocas ocasiones de hablar con ella. Hace muchos años la tropecé fugazmente en París en una estación de ferrocarril donde tomaba el tren que la llevaría al puerto para embarcarse a Buenos Aires. Era todavía una bella mujer de gran atractivo, elegante,

segura, autoritaria. La rodeaban con fascinación escritores franceses, amigos de muchas procedencias y acentos y familiares. Hablaba con unos y con otros saltando de lengua con ágil facilidad y no sin cierto alarde de prestidigitadora. Estaba entonces recién fundada la gran empresa de cultura que fue su revista SUR. Aquellos volúmenes apretados donde se reunían textos de los más originales y nuevos escritores de lengua inglesa, francesa o española. Estaba todavía fresco el debate sobre el destino de la cultura que había abierto con tan aterradora erudición Spengler al terminar la primera guerra mundial. Estos planteamientos sobre las culturas y su destino habían servido en cierto modo para agudizar la vieja crisis de identidad que desde tanto tiempo atrás atormentaba a los hispanoamericanos. Dentro de esa misma preocupación Ortega y Gasset había fundado poco antes la Revista de Occidente y su excelente biblioteca de ideas vivientes.

Victoria Ocampo supo llevar al campo de la literatura y del pensamiento su inclinación cosmopolita de criolla refinada. Antes de ella lo habían hecho en el gran mundo europeo, con variable fortuna, algunos ricos afrancesados de la América Latina. No pasaban más allá de ciertos salones mundanos de la Belle Epoque. Ella va a hacer contactos y a abrir puertas en otros círculos distintos. Los de los escritores y los artistas que buscaban nuevas formas de expresión y también no pocos de los monstruos sagrados reconocidos como Valéry, o el truculento y pantagruélico Conde de Keyserling. SUR se convirtió pronto en la más abierta y eficaz vía de acceso de la nueva literatura europea hacia la América Latina. Hubo por esos años algunas mujeres a quienes el destino les brindó la oportunidad de convertirse en poderosos agentes de comunicación cultural entre comunidades afines pero separadas. Fue por ejemplo el caso de Sylvia Beach que en su legendaria librería "Shakespeare and Co." de la *rue* de l'Odéon de París se lanzó a la odiseica empresa de realizar la primera edición del Ulises de Joyce, o el no menos interesante de Gertrude Stein que logró hacer cruzar el Atlántico a la pintura post-impresionista y cubista. Muchos años más tarde la volví a encontrar en Nueva York. Ya la edad había borrado muchos de los bellos rasgos de su madurez pero continuaba animada del mismo fuego y la misma capacidad inagotable de curiosidad por la vida intelectual y por la cultura. Mucho tiempo después me escribió una larga y entusiasta carta comentando con sabor un artículo mío sobre la identidad cultural de los

latinoamericanos. Lo último que me llegó de ella, bajo el mismo signo del cosmopolitismo fue una invitación a escribir una nota sobre Malraux con motivo de su muerte para ser publicada en un número especial y fuera de serie de la revista SUR. Yo estaba entonces en Nairobi. En la alta meseta oriental de Africa, cerca de la Mombasa de los navegantes portugueses y del Océano Indico, me puse dócil y complacidamente a escribir sobre el escritor francés en la ciudad africana para una publicación que iba a aparecer en Buenos Aires. Era así Victoria Ocampo.

No será fácil valorar todo lo que esta mujer extraordinaria significó para su tiempo y su gente, lo que significó su obra de escritora, que está muy lejos de ser desdeñable, en especial la larga serie de *Testimonios*, pero sobre todo su fabulosa contribución al conocimiento en América Latina de la literatura occidental que comenzó a florecer después de la primera guerra mundial. Los periódicos volúmenes de SUR traían la noticia y el ejemplo de excitantes novedades y el planteamiento de las cuestiones más entrañables y decisivas ligadas con el destino cultural y la expresión de nuestro continente.

Como en un gesto de irrevocable vocación de servicio dejó su magnífica y señorial residencia de San Isidro a la Unesco. En las salas de la espléndida estancia ya no estará su presencia física ni su comunicativa voluntad de acero, pero seguirá actuando en buena parte el mismo espíritu de curiosidad, acercamiento y comprensión entre las culturas y sus creadores. Muchos años antes de que existiera esta casa de la Unesco el espíritu que la anima, la misión que la justifica ante el mundo de acercamiento, curiosidad y puente para hacer que los hombres se entiendan por lo más entrañable y valedero que tienen que es su ser cultural, habían encarnado en una mujer y esa mujer es la que hoy conmemoramos aquí en este acto tan solemne, tan sencillo y tan significativo, Victoria Ocampo.

Soledad Ortega

Señor Director General, señores Embajadores, señores y señores: Siento en el alma que los condicionamientos de este acto en que se trata de honrar la memoria de Victoria Ocampo no hayan hecho posible el que otras personas con más categoría que yo viniesen a ofrendar el homenaje de España a la ilustre escritora y académica argentina. Sólo me consuela el hecho de que quizás sea yo en mi país quien afectivamente puede considerarse más próximo a ella. Es evidente que no puedo yo hablar de Victoria más que en el trasfondo del Ortega muy próximo de mi visión filial, pues fue mi amistad con Victoria una herencia y de las más ricas que he recibido. Disculpen ustedes, pues, el carácter poco objetivo de mi intervención en este homenaje que por el lugar en que se celebra quizás no debería admitir disertación como la mía por entrañable tan subjetiva. Se nos ha ido Victoria calladamente, sin un gesto en toda su larga y ardiente vida que no sea el que brota de la calidad humana más alta, de la generosidad misma, de la inteligencia y la sensibilidad aparejadas. Ese *amor intelectualis* en gracia al cual se presenta su amigo Ortega a sus lectores en el albor de su primer libro. Para trasponer el umbral de la vida hacia eso que ella llamaba la región del recuerdo se acogió Victoria al maternal regazo de su casa de San Isidro. Sola, sin un aspaviento, ocultando su acabar a ese mundo de fuera que estaba a punto de abandonar. Gesto de estremecedora elegancia, otra de sus cualidades innatas. Tras el estupor más inmediato y en el doloroso hueco de su reciente ausencia, de su muerte humana, surge poderoso el afán de contribuir a nutrir con nuestro recuerdo esa otra vida que va a ser desde ahora la suya. Cierto es que pervivirá Victoria en su obra, en su obra escrita y que esa obra, en este año muy especialmente y sin duda en un largo futuro será comentada, analizada, valorada por tantos críticos. Sin embargo, como decía

mi padre en una de las escasas veces en que habla de la muerte: "Es injusto e inmoral preguntar de un muerto ¿qué ha hecho? Hay que preguntar también ¿qué ha sido? No deduzcamos los muertos de las obras que dejaron. Esto es impío, recojamos lo que aún queda de ellos en el aire y revivamos sus virtudes". Tal es el impulso que me lleva a hilvanar remembranzas personales de una amistad no por heredada menos viva que, como las pequeñas piezas de un rompecabezas, contribuyan a componer la espléndida figura de Victoria Ocampo.

Fue allá por la primavera europea de 1928 cuando vi por primera vez a Victoria, casi recién llegado mi padre de su segundo viaje a la Argentina. Vivíamos temporalmente en el campo, en las afueras de Madrid, y Victoria vino un atardecer a nuestra casa, a tomar el té con algunas amigas españolas de las que no conservo el menor recuerdo. Yo andaba por el filo de los trece años y no sentía demasiado interés por aquellas señoras a las que tenía que entrar a saludar abandonando mi bicicleta. Sin embargo, algo golpeó mi conciencia con un súbito deslumbramiento: los ojos de Victoria, que me miraban desde lo alto de su estatura poco común. En nuestra pequeña España, en nuestra raza de poca talla, con mujeres de bellos ojos mansos o picarescos pero rara vez de un mirar tan intenso, yo no había visto nunca ojos tan brillantes ni mujer tan espléndida. "¡Qué ojos! dije luego a mi padre. No he visto nunca nada igual". Y él me contestó con un leve matiz de orgullo, como hablando de algo muy próximo: "Son los ojos de las argentinas, hijita".

Algún tiempo después, ya entrada en la adolescencia, tendría yo la capacidad para leer las líneas en que el joven escritor español había dejado constancia de la profunda impresión que quedó grabada en su alma al encontrarse con Victoria y sus amigas en su primer viaje a la Argentina, en 1916. "Nunca olvidaré —dice— la impresión que me produjo hallar aquel grupo de mujeres esenciales, destacando sobre el fondo de una nación joven. Había en ustedes tal entusiasmo de perfección, un gusto tan certero y riguroso, tanto fervor hacia toda disciplina severa, que cada una de nuestras conversaciones circulares dejaba sobre mi espíritu, como un peso moral, el denso imperativo de mesura y selección".

Volví a ver a Victoria en 1932, cuando traída por mi padre y por García Morente, entonces decano, dio una conferencia en la

Facultad de Filosofía y Letras donde yo cursaba mis estudios de licenciatura. Por cierto, un tema francés: era un comentario al "Cementerio Marino" de Valéry. Victoria almorzó en nuestra casa. Hablaba poco y ante un grupo familiar de chicos y grandes se mostraba tímida y como encogida. Siempre he creído que había en Victoria una gran dosis de timidez, que sólo los años, los muchos años, le permitieron dominar. Pero escuchaba maravillosamente cuando mi padre hablaba y su intensa mirada, que parecía querer beber las palabras, me hizo pensar entonces que era precisamente Victoria quien encarnaba ese "rostro maravillado" del libro de la Condesa de Noailles en torno al cual compone un artículo el joven Ortega en 1904. "Ayer, leyendo un libro francés —dice— he pensado que en España no podrá haber vida noble e intensa mientras las mujeres españolas no tengan el valor de ir por todas partes con el rostro maravillado".

No, ciertamente no fue en España donde nuestro escritor encontró seres femeninos que supieran escuchar de ese modo, en que el escuchar implica siempre una respuesta, aunque ésta no se exprese en palabras.

Pero en cambio, Victoria la argentina, volvió su "rostro maravillado" hacia todo aquello que contuviera un átomo de interés, de belleza, de inteligencia. Lo asimiló y dio de ello su testimonio recreándolo, pues como ella misma ha escrito: "Ninguna creación artística puede nacer sino de un yo más o menos sublimado, traspuesto. No cabe un ejemplo más acabado y certero de penetración del alma de un ser humano, de comprensión de una psicología que el ensayo de Victoria sobre Lawrence de Arabia. Me atrevería a decir sin temor a equivocarme que no ha sido superado hasta la fecha por ningún otro biógrafo de ningún otro personaje conocido.

Pasan rápidamente para mí los años universitarios y a los pocos días de mi examen final de licenciatura, estalla en España la guerra civil. Arrojados por la marea de la guerra como los restos de un naufragio a la playa, nos encontramos en septiembre de 1936 en un pueblecito francés, La Tronche, cercano a Grenoble. Mi padre está muy enfermo. Hemos salido de España como todos, sin dinero y nos alojamos en una modestísima pensión donde nos miran con esa cierta conmiseración —que no va a durar— es lógico, con que todavía se acoge a las primeras oleadas de refugiados españoles. "...*Bien sur, ce pauvre Monsieur si malade et Com-*

mandeur de la Legion d'Honneur, mais s'il arrive qu'il ne puisse pas payer... vous saves..." Pasan unos días, y de pronto suena insistentemente el teléfono de la pensión: "*Monsieur, monsieur on vous apelle de l'Amérique, de l'Argentine!*" Una conferencia transatlántica era aún algo totalmente insólito. Es Victoria que nos ha localizado y llama ofreciendo ayuda. La conmoción en aquel mundo pequeño burgués y un tanto sórdido de nuestra pensión es enorme. Desde ese momento todo son sonrisas. Victoria envía dos mil pesos que nos salvan la vida y que mi padre devolverá luego a golpe de artículos en "La Nación" y en "La Prensa". Somos siempre pues salvados por la Argentina. Muchos años después se lo recordaría yo a Victoria que, generosa a ultranza, había olvidado totalmente esta anécdota.

La figura de Victoria atraviesa varias veces por mi recuerdo de aquellos tres años del exilio en París y más aún en los meses que pasé en Argentina entre el 39 y el 40, pero son tiempos difíciles para los españoles, de una especial y anormal introversión para los que vivimos en el exilio. Estamos ciegos para todo lo que no sea nuestra contienda. Por otro lado la guerra en España es vivida apasionadamente por el resto del mundo europeo y americano. Los extranjeros que en ella se implicaron, y no necesito indicar nombres por tan sabidos, quedan marcados por ella para toda su vida. Se ha dicho que fue el última guerra romántica de la historia. Pues bien, los españoles recibimos algunas veces mal lo que unos y otros dicen, juzgan y hacen. Replegados sobre nuestra tragedia nos distanciamos hasta de los mejores amigos y por primera y única vez quizás, Victoria queda borrosa y distante en mi recuerdo juvenil. Pasan más años, los de la guerra mundial, y algunos bien duros para Victoria y su país. Muere mi padre, Victoria y yo cimentamos epistolarmente primero, luego en sucesivos encuentros en Europa, una amistad que ya no es indirecta y en la que el tiempo ha borrado la diferencia de edad que antaño nos distanciaba. Paseos interminables por los jardines de Bagatelle que ella gustaba de frecuentar. Sesiones de cinematógrafo de que tanto gozaba al final de su vida. Charlas que unas veces versan sobre un pasado que ella se complace en recrear para mí y otras, son proyectos futuros para ella o para mí. Victoria vive hacia adelante y lucha y trabaja hasta el último momento de su existencia. Logro traerla a España unos días a mi casa y da una conferencia en la Asociación Española de Mujeres Universitarias que

yo he presidido muchos años, y por fin en marzo-abril del 77 paso junto a ella unos días inolvidables en la quinta de San Isidro, que ha cedido a la Unesco en el generoso afán de que siga habitando en ella ese fervor por la cultura y por los frutos del pensamiento y del arte humanos, en que se consumió la vida de su dueña.

Las facetas de la personalidad de Victoria son infinitas. Su curiosidad insaciable, la calidad de su espíritu y su tesón indomable, son las dotes con que reobra sobre las circunstancias en que la han colocado los hados que presiden los nacimientos humanos. Pues solamente una argentina o un argentino, quizás algún otro sudamericano, nacidos en los años y en el medio social en que ella nació, podía llegar a asimilar el amplio mundo cultural que ella abarcó. Solamente una argentina o un argentino de ese momento estaba capacitado por un lado y suficientemente libre por otro, para participar de un mundo cultural tan vasto y tan vario. Aquellos que habían nacido en países más viejos vivían inmersos en su propia cultura, presos en ella en buena medida. Otras comarcas del mundo americano más pobres, culturalmente más atrasadas en aquellas calendas, no podían procurar a sus hijos la proyección mundial de que algunos argentinos privilegiados pudieron gozar, y que Victoria aprovechó al máximo. Por eso su epistolario, sobre cuyo destino me pregunto hoy y sobre cuya adecuada archivación tanto batallé inútilmente con Victoria, es único en el mundo. No dudo que la Unesco o SUR, si han quedado en sus manos, sabrá explotar con acierto esa rica cantera histórico-cultural.

Estas reflexiones me llevan de la mano a contar una anécdota que probablemente sólo conozco yo. Sabido es que Victoria, como tantos argentinos de su tiempo y medio social, recibió su educación en lengua extranjera, que básicamente fue el francés su lengua cultural y que su vocación de escritora se enfrentó con el terrible dilema de tener que expresarse en una lengua que no era la de su patria. Victoria ha contado en sus escritos cómo al principio tenía que hacerse traducir o traducirse a sí misma. Concretamente, nos dirá Guillermo de Torre, en un prólogo a los primeros *Testimonios,* hasta el conocimiento de José Ortega y Gasset en 1916 en el primer viaje del filósofo a la Argentina, hasta que éste le descubrió que todo podía decirse en lengua española sin por ello volverse automáticamente pesado, afectado o grandilocuente. Pues bien, la capacidad y el tesón de esta mujer vencen rápidamente

tan difícil obstáculo y muy pronto el castellano de Victoria es tan jugoso, tan armonioso, expresivo y rico que llega a merecer el elogio al que voy a referirme. Interrumpida por nuestra guerra logra reanudarse la publicación de la REVISTA DE OCCIDENTE en 1963 y el primer número incluye un artículo de Victoria. Nada más salir voy a llevárselo al viejo Azorín que aún vivía, el pontífice máximo de la estilística castellana. Volvió a los pocos días y emitió su juicio en su monosilábico estilo "Este artículo es el mejor, esto es castellano, los demás escriben muy mal". Y señalaba el artículo de Victoria. Se lo conté a ella pero no me atreví a decírselo a los famosos escritores españoles que colaboraban en el número.

Se ha tachado también a Victoria de engreída, de orgullosa o de distante, o vanidosa y nada más injusto. Quizás su timidez pudiera hacerla aparecer distante, pero ante los valores auténticos era de una humildad a veces hasta excesiva. Recuerdo una conversación sobre feminismo en que estábamos esfrascadas una tarde. Cada una pretendíamos que los hombres de nuestros respectivos países eran los más machistas, para usar este término tan brutalmente celtibérico y que no se sabe por qué ha cruzado las fronteras y yo argüí de pronto: "Fíjate, Victoria, hasta mi padre tan entusiasta de la mujer culta y refinada, a la hora de la verdad era tan español como el que más. Mi casa era un caso claro de patriarcado". "Cuéntamelo a mí, me dijo, que a tu padre le parecieron mal unas frases de un artículo mío y se empeñó en que las quitase". "¿Le hiciste caso?" grité yo indignada, barrido todo sentimiento filial por el de la solidaridad femenina. "¡Qué iba a hacer!" me contestó con un gesto de humildad. "Era Ortega".

Quisiera terminar también con una anécdota, algo que Victoria me relató en uno de esos atardeceres plateados del suave otoño inglés. "¿Sabes, me dijo, con qué palabras me saludó tu padre al volver a verme por segunda vez, transcurridos once años desde nuestro primer encuentro en 1916?". Fueron éstas: *"Le presbytère n'a rien perdu de son charme* ni *le jardin de son éclat"*. Victoria y mi padre eran lectores, ocasionales pero constantes, de novelas policíacas, ese género literario que se ha llamado "género menor". Leyeron las de su juventud y luego las que constituyeron otras muy distintas variedades del género. Para ambos era familiar la frase que en la novela de Gastón Leroux: *Le parfum de la dame en noir* contiene en doble sentido, la clave que des-

entraña el enigma de la trama. Referida a Victoria al brotar espontáneamente desde el fondo de la memoria de su amigo Ortega, no puede resultar más adecuada. Contribuyamos todos con nuestro esfuerzo a que el olvido, la desidia, la falta de continuidad en la labor no apaguen con su ceniza el resplandor de la vida de Victoria Ocampo.

Jean d'Ormesson

Saint-Simon, en sus Memorias, cuenta una visita del Dux de Génova, a Luis XIV. Se le preguntó qué era lo que consideraba más extraordinario en Versailles y el Dux respondió: "lo que considero más extraordinario es estar aquí". De alguna manera es lo que siento hoy entre ustedes, en el momento de evocar la memoria de la gran Victoria Ocampo. Porque en mi caso advierto una particularidad destacable: todos ustedes son amigos íntimos, amigos de Victoria Ocampo desde hace mucho tiempo. Yo no la conocí, apenas si la encontré. Pero comprendo muy bien por qué estoy hoy entre ustedes y por qué participo tanto como ustedes de la emoción que hemos sentido al escuchar su voz. * Es que no habiendo podido aceptar hace uno o dos años vuestra invitación, Señor Embajador, para ir a San Isidro, no habiendo podido verla a causa de su enfermedad cuando hace algunas semanas manifesté, estando en Buenos Aires, mi admiración por Jorge Luis Borges, sin embargo no he cesado de vivir junto a Victoria Ocampo, muy cerca de ella, casi diría con ella. Con su belleza, con su encanto, con su inmenso talento, con su nombre de leyenda, con todo su carisma, Victoria Ocampo me es familiar desde siempre. Porque a mi alrededor mi familia, mis maestros, mis amigos, todos aquellos a quienes yo amaba y admiraba, amaban y admiraban a Victoria Ocampo.

¿Cómo hubieran podido no amarla? ¿Cómo hubieran podido no admirarla? Hermosa, rica, elegante, nacida en el medio más refinado de la Argentina, hubiera podido elegir una vida frívola y ociosa, pero en cambio no se preocupó sino por la cultura y la inteligencia. Se consagró a la vida intelectual y a las actividades

(*) Se trasmitió la voz de Victoria Ocampo recitando un poema de Baudelaire.

del espíritu. Veo a Victoria Ocampo como a una heroína de Scott Fitzgerald, que hubiera estado fascinada por Monsieur Teste.

Otros dirán mejor que yo, con más capacidad y más autoridad, el papel que jugó en Argentina, en América Latina, en el mundo entero, esta mujer excepcional. En 1931 lanzó SUR con tres nombres: D. H. Lawrence, Aldous Huxley, García Lorca y durante toda su vida, todo lo que cuenta en literatura, en las letras, en el pensamiento del mundo entero, estará en relación con Victoria Ocampo. De la literatura tenía una concepción muy exigente y muy vital y esto eleva el valor de su herencia. Fue amiga de Ansermet, de Stravinsky, de Rabindranath Tagore, de Keyserling, de Graham Greene, de Ortega y Gasset, cuya hija está entre nosotros, de Virginia Woolf, respecto de la cual Gabriel García Márquez acaba de decir recientemente que había leído "Orlando" en las páginas de SUR. Y bien, es por esta razón, que Victoria Ocampo constituyó por sí sola una especie de Unesco reducida a una sola persona. En el campo del espectáculo se habla a veces de *one man show*. En el campo de la inteligencia, Victoria Ocampo brindó el espectáculo de una mujer de acción cultural multifacética.

Permítaseme decir unas palabras respecto de las relaciones de Victoria Ocampo con Francia. Fue la embajadora de las letras argentinas en Francia y la embajadora de las letras francesas en Argentina. Fue amiga de Paul Valéry, de Drieu la Rochelle, de André Malraux, de Roger Caillois y de tantos otros. Contribuyó más que ninguna otra persona a tender un puente hecho de corazón y espíritu entre las dos costas del Atlántico. Y respecto de esto, siendo yo francés y hablando de los vínculos de Victoria Ocampo con Francia, volvemos a encontrar la vinculación con la Unesco. Encontramos la Unesco porque ella era la Unesco y porque tenía relaciones de privilegio con quien fue uno de los funcionarios más brillantes y del cual yo he tratado de ser un discípulo, Roger Caillois. Hablé de la fundación de SUR entre las dos guerras. Durante la guerra mundial Victoria Ocampo ayudó vigorosamente a Caillois a publicar en Buenos Aires —donde estaba por invitación de ella—, la revista *Lettres Françaises*. En el sumario de ésta se encuentran nombres tales como Gide- Supervielle, Malraux, Valéry, Denis de Rougemont, André Breton, Jacques Maritain, Saint-John Perse, Michaux, Marguerite Your-

cenar, Albert Camus, Francis Ponge, Sartre, Jean Paulhan. ¿Quien puede brindar una lista semejante? Gracias a Victoria Ocampo las *Lettres Françaises* son esta maravillosa antología.

Señoras, señores: días pasados, gracias a la señora de Roger Caillois, tuve entre las manos un ejemplar minúsculo, en papel biblia, de *Lettres Françaises*, de los que fueron arrojados desde un avión sobre territorio francés durante la guerra. Fue un testimonio conmovedor.

Gracias a Jorge Emilio Gallardo, quien dirige la Sección Cultural de "La Nación", tengo otro testimonio emocionante con el cual quisiera terminar. Es una carta de Victoria Ocampo al señor Gallardo, escrita el último día de 1978 y dice:

"Estimado señor:

Recibí los dos últimos libros de Caillois pocos días antes de su muerte. La desaparición de un amigo tan querido ha sido para mí cosa muy triste, más bien dicho, estoy consternada. Contábamos con él para la reunión proyectada para enero, en que se tratarán temas que nos apasionaban a los dos, los problemas de las traducciones. Cuente conmigo pero déme tiempo. No estoy muy bien de salud y espero mejorar para hacer el trabajo que me pide.

Saludos.

VICTORIA OCAMPO

Señoras, señores: el tiempo que pedía no le fue dado. La salud que esperaba recuperar la abandonó y pienso que habrá encontrado a Roger Caillois en uno de esos coloquios de espíritus de quienes han muerto que son para la Unesco, si usted me permite decirlo, señor Director General, lo que la Jerusalén celeste es para las capitales del mundo. De ese otro mundo no podemos decir nada, pero sabemos que en éste, a causa de ese don luminoso que ella tenía, porque era hermosa y porque no se contentó con ser hermosa, porque era rica y porque no se contentó con ser rica; porque era maravillosamente inteligente, pero porque puso esa inteligencia al servicio de los otros, Victoria Ocampo dejará un nombre en la historia del corazón y en la historia del espíritu.

Jorge Luis Borges

Señoras, Señores: hemos oído varias veces esta noche en boca de Uslar-Pietri un curioso neologismo que fue forjado hará unos dos mil quinientos años por los estoicos, y ese neologismo que sigue siendo asombroso, ambicioso y generoso es la palabra "cosmopolita". Pensemos en lo que significa aquello, pensemos que los griegos se definían por la ciudad en que habían nacido: Zenón de Elea, Tales de Mileto, después Apolonio de Rodas y pensemos en lo extraño de que algunos de los estoicos quisieran modificar aquello y llamarse no ciudadanos de un país, como todavía mezquinamente decimos, sino ciudadanos del cosmos, ciudadanos del orbe, del universo, si es que este universo es un cosmos y no un caos como parece ser muchas veces. Pues bien, recuerdo también un gran escritor americano, Herman Melville, que dijo en alguna página de *"The White Whale"* que un hombre tenía que ser *a patriot to heaven*, es decir tenía que ser leal al cielo y creo que es buena esa ambición de ser cosmopolita, esa idea de ser ciudadanos no de una pequeña parcela del mundo que cambia según las convenciones de la política, según las guerras, con lo que ocurra, si no de sentir todo el mundo como nuestra patria. Pues bien, esa interpretación generosa de la palabra cosmopolita es la que tuvo Victoria. Ahora al decir cosmopolita podemos pensar en turistas, en algo tan borroso como internacional, pero yo creo que el verdadero sentido es éste: somos ciudadanos del mundo, o debemos tratar de serlo y que en esa palabra está cifrado de algún modo el destino de Victoria Ocampo. Ser cosmopolita no significa ser indiferente a un país, y ser sensible a otros, no. Significa la generosa ambición de querer ser sensibles a todos los países y a todas las épocas, el deseo de eternidad, el deseo de haber sido muchos, que ha llevado a la teoría de la transmigración de las almas.

Pues bien, Victoria sintió aquello, lo sintió de un modo ejemplar, podemos decir. Indudablemente fue una buena argentina: padeció una honrosa prisión durante la época de la dictadura y luego uno de sus últimos actos fue firmar, éramos pocos, realmente, una protesta contra cierta absurda guerra que se planeaba entonces. Es decir, ella sentía la patria y sentía también las otras patrias, principalmente sentía a Europa y aunque yo abomino del nacionalismo que es un mal de esta época, sin embargo creo poder afirmar que los americanos del norte o del sur podemos sentir Europa de un modo que es difícil que sea sentida por quienes han nacido aquí, ya que aquí un hombre tiende a pensar que es francés, que es inglés, que es alemán y luego siente que es europeo. En cambio nosotros desde esa vida nostálgica que llevamos podemos sentir Europa y eso más allá de lo étnico, más allá de las aventuras de la sangre, eso no importa. Podemos pensar en la cultura occidental, pero también la palabra cultura occidental es falsa, porque la cultura occidental podría definirse como el diálogo de Grecia con Israel o, si ustedes prefieren, podemos pensar en Platón, podemos pensar en la Biblia, en esa reconciliación que la Edad Media logra, de ambas fuentes. Además, ¿qué son los países? Toynbee ha señalado que la historia de Inglaterra es incomprensible sin el contexto. Y recuerdo un verso de Tennyson de quien Chesterton dijo que era un Virgilio provinciano. Tennyson dijo *"Saxon and celt and dane are we"*, es decir, todo inglés puede decir que es sajón, que es celta, que es escandinavo. Y nosotros ¿cuántas sangres se juntan en nosotros? En mí, que yo sepa, sangre portuguesa, sangre española, sangre inglesa, quizás alguna muy lejana e hipotética sangre normanda y sin duda sangre judía. Pero ser español, ¿qué es? Pensemos simplemente en el hecho de España, pensemos en los celtas, pensemos en los fenicios, pensemos en los romanos, pensemos en los godos, en los vándalos que eran germanos, pensemos en los árabes que estuvieron ocho siglos allí, pensemos en los judíos que sin duda estuvieron allí y han dejado ilustres nombres, y en que ser español ya es ser algo múltiple y creo que ya que la idea de razas puras es una idea falsa, creo que esto es una riqueza. Pero más importante que la sangre de nuestro cuerpo es la sangre del espíritu.

¿Y qué seríamos nosotros sin Grecia, ya que Virgilio es inconcebible sin Homero y Homero sin duda es inconcebible sin otros griegos, si es que hubo alguien que se llamó Homero? Es decir,

todo el mundo está felizmente unido y, para volver a otro concepto de los estoicos, es la idea que justifica las supersticiones, de que todo el mundo es un organismo. De Quincey dijo que las cosas menores son espejos secretos de las mayores y así se justifican las supersticiones. Todo está unido y el número 13 puede predecir la muerte, ya que todos pertenecen a la misma escritura. Aquí recuerdo lo de Carlyle. Carlyle dijo: la historia es un texto que debemos leer continuamente, que debemos escribir continuamente y, aquí viene el escalofrío: en el que también nos escriben, es decir, somos signos de esa ortografía divina y es la idea de León Bloy y es la idea de los cabalistas.

Pues bien, Victoria sintió la atracción de Europa y luego sentiría la del Oriente, no sabemos si el Oriente existe, no sabemos si la palabra Oriente tiene algún significado para un japonés, para un hindú. Posiblemente no, posiblemente ellos sientan sus diferencias, así como en Europa las diversas naciones sienten sus diferencias. Yo creo, yo diría que debemos tratar de atenuar nuestras diferencias y de sentir nuestras afinidades, pero ese es un error. Yo creo que lo más exacto sería lo que hizo Victoria Ocampo, sentir que el mundo era una fiesta y que esa fiesta le ofrecía muchos sabores y querer gustarlos a todos y hacer que los otros gustaran de ellos. Uslar-Pietri se acordará de Arturo Capdevila. Arturo Capdevila tiene un libro titulado "La fiesta del mundo". Se dirá que ya que el mundo está hecho de muchas cosas, puede ser comparado a cada una de ellas pero lo más hermoso es la idea de compararlo a una fiesta, una fiesta de diversos sabores y yo sé, por haber tratado a Victoria Ocampo durante medio siglo, aunque nunca fuimos amigos íntimos, yo sé que Victoria Ocampo sentía las diversas culturas de Europa. Sintió también, a través de Tagore, a través de la filosofía, a través de Kipling, sintió también a la India, es decir sintió al Oriente.

La vida de Victoria Ocampo es un ejemplo, un ejemplo de hospitalidad. Esa hospitalidad la llevó a recibir tantas culturas, tantos países a través de su memoria llena de versos en diversos idiomas. No siempre estábamos de acuerdo. Ella cometía para mí la herejía de preferir Baudelaire a Hugo y yo cometía para ella la herejía de preferir Hugo a Baudelaire. Pero nuestras discusiones eran discusiones gratas. Yo no recuerdo que ella cometiera el error común, que yo suelo cometer, de admirar a alguien contra alguien.

No, era fundamentalmente generosa. Si admiraba a un escritor no lo admiraba contra los demás escritores. Ella no admiraba a Baudelaire contra Hugo o contra Verlaine, no, era mucho más sabia que yo. Yo suelo tender al fanatismo y ella no lo tenía. El recuerdo de Victoria Ocampo me acompañará siempre. Yo no era nadie, yo era un muchacho desconocido en Buenos Aires. Victoria Ocampo fundó la revista SUR y me llamó, para mi gran sorpresa, a ser uno de los socios fundadores. En aquel tiempo yo no existía, la gente no me veía a mí como Jorge Luis Borges, me veía como hijo de Leonor Acevedo, como hijo del Dr. Borges, como nieto del coronel, etc. Pero ella me vio a mí, ella me distinguió cuando casi no era nadie, cuando yo empezaba a ser el que soy si es que soy alguien todavía, porque a veces tengo mis dudas, a veces creo que soy una superstición de ustedes y ustedes me han inventado, sobre todo Francia me ha inventado. Yo era el hombre invisible de Wells en Buenos Aires y luego recibí aquel premio internacional. Bueno, ahí votó por mí Roger Caillois y entonces empezaron a verme en Buenos Aires, se dieron cuenta que yo estaba allí y todo eso lo debo también a Victoria Ocampo. Fui nombrado director de la Biblioteca Nacional después de los años aciagos de la dictadura de cuyo nombre no quiero acordarme y debo eso a la iniciativa de Esther Zemborain de Torres y de Victoria Ocampo. A ellas se les ocurrió que yo podía ocupar el sillón de Groussac y de Mármol. A mí me pareció que eso era imposible. Les dije: "Quien mucho abarca poco aprieta, yo preferiría dirigir la Biblioteca de Lomas de Zamora" que es un pueblo que está al sur de Buenos Aires. Victoria me dijo: "No sea idiota". Efectivamente, ocupé el sillón de Groussac. Yo dirigí aquella biblioteca y descubrí que se cumplía en mí un hecho que voy a recordar ahora. El hecho es éste: Groussac había sido ciego y había dirigido la biblioteca. A mí me dieron un tiempo los 900.000 volúmenes (habrá menos ahora, habrán robado muchos sin duda, digamos unos 800.000 ahora) de la Biblioteca Nacional y descubrí que estaba ciego, apenas podía descifrar las carátulas y los lomos de los libros. Entonces escribí un poema, pero una vez que escribí esos poemas sobre Dios, que con magnífica ironía me dio a la vez los libros y la noche, descubrí que esa dinastía era triple, ya que José Mármol, el olvidado novelista argentino, que ha fijado para todos los argentinos y quizás para toda América la imagen no sé si más fiel pero si la más vívida del tiempo de Rosas, había sido también

ciego. De modo que parece algo misterioso, parece que es muy peligroso ser Director de la Biblioteca, porque uno corre el albur de ser ciego, pero como yo soy el tercero, quizás sea el último. El número tres tiene una significación. Si me piden un recuerdo de Victoria, es curioso, yo recuerdo que nunca estábamos de acuerdo y que siempre nos queríamos mucho, y no nos poníamos de acuerdo, pero éste es un rasgo grato, el hecho de poder estar en desacuerdo con alguien es mucho y ya que estoy en Francia, quiero recordar también a un hombre a quien recuerdo siempre, Pierre Drieu La Rochelle. Yo lo conocí, Victoria lo había invitado, fue uno de los dones que Victoria hizo a nuestro país, y recuerdo que salimos a caminar por los arrabales de Buenos Aires. No sé si era por Chacarita, por el puente de Alsina, por Barracas, no recuerdo muy bien dónde, pero de pronto sentimos la cercanía de la llanura, de pronto sentimos la gravitación de la llanura. Habíamos dejado las casas y estábamos entrando en el campo, entonces Drieu dijo una cosa que no recogió en ningún libro, pero que es la definición de la llanura, que todos los escritores argentinos hemos buscado, con la cual no hemos dado. Fue necesario que aquel normando viniera y nos la dijera. Dijo: *"Vertige horizontal"*, es la expresión magnífica, una hermosa metáfora.

Pues bien, a Victoria le interesaba la literatura francesa, pero no sólo los autores ilustres sino los escritores medianos, por ejemplo si yo hacía una alusión a Gide, Victoria la conocía desde luego. Si yo aludía al Sr. Sherlock Holmes y a su amigo el Dr. Watson ella indudablemente los conocía, también. Frecuentaba a Leroux también, y me parece que el hecho de conocer a los escritores menores, de conocer el *slang* de los diversos idiomas, conocer lo que viene a ser como bromas de familia de los idiomas, esa es la verdadera intimidad con un país. Y ahora sólo me resta decir que es importante honrar a Victoria, pero que es más importante ser dignos de aquella alta memoria de Victoria Ocampo. Debemos tratar de continuar su labor, debemos tratar de interesarnos no en un solo país, en un solo proceso histórico, sino iniciar esa aventura imposible y generosa de la humanidad, debemos interesarnos en el universo. Muchas gracias.

Director General,
Señor Amadou Mahtar M'Bow:

Señor Embajador, Delegado Permanente de la Argentina ante la Unesco, señoras, señores:

Emocionadamente me uno a ustedes esta tarde, para rendir homenaje a una existencia ejemplar, pero también y sobre todo para ampliar su eco en lo porvenir. En efecto, el sentido que Victoria Ocampo ha dado a la donación que ha hecho a la Unesco, es como una prolongación de la obra de toda su vida. Deseó que sus casas fueran un lugar en que los escritores y los artistas de su país y del exterior pudieran encontrarse, conocerse, dialogar. Así lo dice en sus "Testimonios": "El destino que espontáneamente ha tenido mi casa se prolongará sin mi presencia". Estas palabras muestran con claridad, tanto la amplitud de espíritu de Victoria Ocampo, como su sencillez y la generosidad de su corazón, porque si las casas que ella habitó se han convertido en lugares de encuentro y de vinculación cultural, no ha sido como ella dice modestamente, por un hecho espontáneo. En primer lugar, es porque ella lo deseó apasionadamente durante toda una vida consagrada a estimular las letras y las artes del mundo entero. Bastaba que surgiera una idea auténticamente creadora —cualesquiera fuesen su procedencia y su horizonte—, para que ella encontrara la manera de hacerla llegar a San Isidro. Es decir, que al recibir con emoción esta herencia, la Unesco concibe la prosecución de los esfuerzos de Victoria Ocampo, como una manifestación de fidelidad a sus propios ideales. Victoria Ocampo misma ha evocado las circunstancias bajo las cuales fue hecha la donación. Adoptó la decisión después de dos consultas determinantes: al primer Director General de la Unesco, Sir Julián Huxley y al Ministro de Cultura del General de Gaulle, André Malraux. De acuerdo con ellos Victoria Ocampo

decidió confiar a la Unesco la continuidad de las actividades que había encarado y llevado a cabo en sus dos casas. Y el Consejo Ejecutivo de la Organización ha tomado la iniciativa con alegría. Detalles relativos a la donación me proporcionaron el placer de recibir un día en mi oficina de la Place de Fontenoy, a Victoria Ocampo. Desde hacía largo tiempo intercambiábamos correspondencia, pero el encuentro fue deslumbrante. Encarnaba cuanto de ella se había dicho: belleza, que el paso del tiempo no había alterado, elegancia, generosidad y sobre todo esa voluntad suya de ver perpetuada a través de la Unesco, la obra de toda su vida. La obra de Victoria Ocampo coincide con la empresa que la Unesco debe acometer. Permítaseme mencionar aquí sólo algunos datos que revelan diversos aspectos de esta exigencia de diálogo sin fronteras que marcó su vida y respecto de la cual la Unesco debe ser el lugar privilegiado. En primer lugar, Victoria Ocampo es un testimonio de la prestigiosa cultura de su Argentina natal. Es significativo que los libros de que es autora y en los que brinda la visión más personal de sí misma, se titulen "Testimonios". Testimonios de una época fecunda entre todas las de una sociedad en plena expansión, de un mundo que descubre su unidad por encima de sus contradicciones y sus tensiones. Profundamente enraizada en la historia argentina, que los suyos, pujantemente, contribuyeron a forjar y que ella misma ha evocado en tonos tan vivos que parecería ser tan contemporánea de Martín Fierro como de Sarmiento. Pero al mismo tiempo ha sido constantemente receptiva ante todas las otras culturas del mundo, sensible a la calidad humana de hombres y obras. Verdadera anfitriona de la cultura mundial, contó entre sus amigos a los nombres más grandes de la literatura, de la música y las artes de todos los continentes, desde Tagore a Saint John Perse, desde Stravinsky a Le Corbusier, desde Valéry y Caillois a Ortega y Gasset. La preocupación universalista apareció como un aspecto particular durante la última reunión organizada en San Isidro, en la que participaron, llegados de Europa, Julián Marías y Keyserling, de Africa Alioune Diop, del mundo árabe Salah Stetié, de América Latina Juan Liscano y Germán Arciniegas. Se trató de un coloquio sobre el diálogo de las culturas, en el trascurso del cual fue examinada, en presencia de Victoria Ocampo, la acción futura de la donación y cuantos pudieron asistir tuvieron la alegría de verla presidir los debates pese a su enfermedad y de oirle decir que esas jornadas representaban algunas de las más bellas de su vida porque

aseguraban el porvenir. El coloquio trató también una actividad a la cual Victoria Ocampo asignaba una atención particular: la traducción. Lo consideraba un trabajo altamente creador que exigía un conocimiento profundo de dos lenguas, una comprensión de ellas y la capacidad de superar lo literal, para acometer una verdadera tarea de trasmutación. El acto de traducir representaba a sus ojos la vinculación de dos culturas diferentes, que el traductor, como por milagro, tornaba transparentes una para la otra. Es por eso que Victoria Ocampo tomó en sus manos la tarea de traducir y vincular a sus numerosos amigos. A ello consagró una parte de su trabajo literario. En uno de los números de la revista SUR se encaraban diversos aspectos de la traducción, tanto teóricos como técnicos, así como la situación moral y material del traductor. Revelaba, en el tema, la concordancia de sus puntos de vista con los de la Unesco. Dar testimonio de una cultura específica, multiplicar las formas de diálogo entre esa y todas las otras, insistir en el papel de la traducción para facilitar la apertura de cada una de ellas frente al resto del mundo, he aquí quizás las principales orientaciones de la actividad de Victoria Ocampo, que merecen ser desarrolladas y enriquecidas. Y la presencia en esta sala de personalidades también eminentes ligadas por tantas afinidades a Victoria Ocampo constituye, a este respecto, un compromiso para la Unesco.

A través de Jorge Luis Borges, por múltiples y secretas correspondencias, las calles de Buenos Aires reencuentran los laberintos del mundo, del mismo modo que por un juego de espejos se reflejan hasta el infinito las mil y una facetas de la aventura humana. Ninguna otra presencia podía traducir más cálidamente que la suya, la preocupación de Victoria Ocampo por la unidad del hombre a través de la diversidad de la especie. El testimonio de la REVISTA DE OCCIDENTE ha sido presentado por la señora Soledad Ortega, quien ha evocado también sus recuerdos de infancia y el de la Argentina por Víctor Massuh, su Delegado Permanente ante la Unesco. El Embajador Uslar Pietri ha aportado el homenaje de las letras hispano-americanas y nuestro amigo Jean d'Ormesson, el de las letras europeas.

Señoras, señores: Al morir André Malraux, Victoria Ocampo citó los versos de Dante que dicen: "reuní con amor en un volumen esas hojas esparcidas en el universo". Me parece que la imagen también condensa su destino e incita a todos aquellos que la han



De pie: Dr. Victor Massuh. *Sentados*: Embajador Dr. Arturo Uslar Pietri, Sra. Soledad Ortega, Sr. Director General de la Unesco, Amadou Mahtar M'Bow, Sr. Jorge Luis Borges, Sr. Jean d'Ormesson, Sr. Subdirector General Adjunto de la Unesco, Federico Mayor.

amado y admirado, a actuar de suerte que el gran encuentro de talentos diversos que ella suscitó continúe encontrando en "Villa Victoria" y "Villa Ocampo", un hogar luminoso y fraternal.

TESTIMONIOS

SOBRE

VICTORIA OCAMPO

1962

De Germán Arciniegas:

Nuestra Victoria del Sur

Cuando Victoria Ocampo inició la publicación de "Sur", la Argentina era un país muy rico, libre, con algunos defectos y muchas esperanzas, pocas experiencias dolorosas y perspectivas sin ninguna sombra. Lo de Rosas era una leyenda lejanísima, lo de Sarmiento un ejemplo vecinísimo. Si Europa tenía dificultades, Argentina fue el granero de las maravillas. Buenos Aires era el lugar de encuentro de filósofos, periodistas, poetas, músicos, pintores de tres continentes. París, un lugar de cita de los argentinos. No hay que decir si era otro mundo: era un mundo diferente. "Sur" nació como la revista de anchos márgenes —inclusive económicos— y a San Isidro llegaban lo mismo un príncipe bárbaro como Keyserling, o un poeta de barba de lino como Rabindranath. Por "Sur" pasaban, como por un nuevo meridiano, los grandes hombres de letras de aquel tiempo —y no es muy pleno— de todo el mundo. Y en Buenos Aires, cosmopolita, el tema nacional, de su tierra al interior, de la gente pobre, parecía ser más literario que real. Los argentinos se despreocupaban de la Argentina, y era explicable. Cuando Mallea publicó su *Historia de una Pasión Argentina*, hizo un esfuerzo heroico, inclusive sobre sí mismo, para sacar a luz una Argentina invisible, que se desdibujaba y perdía entre la Argentina deslumbrante que nos enseñaba una gran metrópoli fácil y grandiosa. Luego vino un viraje en la historia. Los viajes a Europa se hicieron difíciles. Llegaron los días en que hubo que recogerse en una más intensa meditación patria. Victoria, que lleva en su sangre reminiscencias de las luchas seculares de los pioneros de la república, fue desnudando

las intimidades de su tierra con un amor que para ella resultaba nuevo. El día en que vio el paisaje de los lagos del sur quedó sorprendida de la propia belleza de su patria, y cuando la llevaron a la cárcel y pasó un mes entre la gente más baja de los fondos turbios, supo que en las entrañas más oscuras de las desventuradas había calidades humanas admirables. "Sur", como revista libre, fue perseguida. Encogidos los márgenes, más apretadas las páginas, con una letra menuda, siendo siempre el lugar de encuentro de gentes de todo el mundo, pasó a ser símbolo de otra circunstancia, de una gente más batalladora y perseguida, de una Argentina más difícil y más grave, de un mundo más incierto, sometido como nunca antes al riesgo y al azar. Aquella mujer de los primeros testimonios, que cautivó a Ortega y Gasset, y que presidía con gracia de fresca juventud las tertulias iniciales de la revista tejiendo en una tela de trama universal nidos de colores, tuvo que pasar horas duras. Entonces se llevaba a las mujeres a la cárcel porque se atrevían a cantar en la calle cierta canción del grito sagrado donde se golpea por tres veces la palabra libertad.

"Sur", así, ha venido a ser, y se la creía muy distante, un espejo fiel, y sensible, de la historia argentina en estas décadas en que se han concentrado las horas más significativas de la nación. Victoria, así, ha venido a ser, y se la creía tan distante, una mujer por donde ha pasado todo el caudal de ilusiones y graves pensamientos de esta nueva época de América. Quien haga un estudio a través de los testimonios suyos podrá seguir con bastante exactitud la verdadera historia de una pasión argentina. La primera Victoria miró a Europa y al mundo, y siempre decía: Soy ciudadana del mundo. La segunda Victoria se detuvo delante del algarrobo de San Isidro, frente al río inmóvil, y vio que era un punto de referencia tan auténtico como la plaza de Mayo o como la sala del Congreso de Tucumán. En un cierto grado, todos los argentinos fueron así, y era natural. Victoria ha sido una mujer fiel al momento en que ha vivido, y ha vivido ese momento sin indiferencia, haciendo siempre una obra que no se olvidará. Con una libertad, una franqueza, un atrevimiento, una desenvoltura de grande escritora, deja páginas que cada vez se habrán de considerar mejores, y que son no sólo testimonios suyos, a veces intimísimamente personales, sino testimonios de esta época nuestra, época de todos los diablos, en donde la única

ventaja que los latinos llevamos a los anglosajones es la de que nosotros creemos más en el diablo que ellos, o creemos definitivamente en el diablo.

Una mujer como Victoria Ocampo que ha hecho una obra tan fundamental para las letras universales como "Sur" y con sus ediciones de libros, es un símbolo de la generosidad argentina, y su calidad humana no sólo se destaca en su patria. Cuando se la llevó a la cárcel, la protesta en París, en Londres, en Berlín, en Roma, o en Nueva York, protesta en que levantaron la voz gentes de la más alta categoría intelectual, dio la medida de hasta donde el aprecio por su obra llega a dimensiones universales. Esto va a verse ahora mismo, cuando el Pen Club le tribute un aplauso que resonará en las tierras más distantes. Después de todo, el mundo acaba por ser grato, a veces hasta cuando las personas que más merecen este calor de la amistad aún están vivas y pueden gozarlo.

Roma, mayo 1962.

De Marta Brunet:

Victoria Ocampo, la Mujer

La primera vez, en Santiago, vi de lejos su altivo perfil obstinadamente metido en el silencio.

La segunda vez la vi en San Isidro. No la reconocí. Una mujer fuerte, prestamente entrando del parque al salón, saliendo del salón a la terraza, sorprendente entre las peripuestas invitadas, vestida ella con pantalones, un camisero decorado con un ramillete de flores frescas y también con la sorprendente suntuosidad de unos grandes broches preciosos decorándole las orejas. La observaba curiosa. Con idéntica curiosidad con que miraba el interior tradicional y señorial, los libros, las obras de arte, entre el parlerío tri o cuatrilingüe y un fondo de piano en que unas manos maestras iniciaban frases de los italianos clavecinistas. Perdida en ese mundo en que a tan pocos rostros podía dar nombre.

El té nos arrimó a una mesa presidida por una señora de largos dedos y una gracia ritual en el servir, manejando teteras, tazas, azucareros. La mesa y su aderezo me embelesaron, porque era hallar presente la lejana mesa de mi infancia en casa de los abuelos chillenejos. Me acerqué a la señora.

—¿Es usted Victoria?

Sonrió con su encanto de fina acuarela.

—No, soy Angélica. Allí está Victoria.

La que iba y venía, ahora en el vano de una puerta oyendo a Guillermo de Torre.

Pero pasó el tiempo hasta que iniciamos el diálogo.

Me gustaba observarla en las múltiples reuniones en que coin-

cidíamos. Firme, poderosa, generalmente metida en ese silencio que le es grato y escuchando en una actitud porosa.

Su leyenda me envolvía, aislándome en una suerte de timidez de mujer campesina, captadora y contadora de cosas, pero que no sabe cómo hablar a gentes en las cuales prima la inteligencia, las ideas, los cartabones políticos, las escuelas filosóficas... Mil cosas llenas de misterio, subyugantes, mundo maravilloso a cuya entrada se detiene cohibida.

Una tarde, en Mar del Plata, a propósito de unas plantitas apretadas en un almácigo, Victoria dijo algo. Respondí. Contestó a su vez. Y me encontré amistosamente andando con ella hombro a hombro e interés con interés por las avenidas de un parque, en un ambiente en que deliciosos pequeños aconteceres nos identificaban.

Nunca se repitió esa hora, pero fue para mí tranquilizador y encantador saber que teníamos una común provincia en qué hallarnos.

Tal vez alguna vez debí decirlo todo esto.

La obra

Y decirle lo que ella significa para tantos como yo que aparentemente comunicativos —"amables" según la expresión de Oliverio Girondo—, nos cuesta hallar las palabras que expresen nuestra apreciación de una vida y de una obra. Lo curioso es que pasados los años, de regreso a Santiago después de casi tres lustros vividos en Buenos Aires, ordenando recuerdos, encontré palabras con qué contar a un pequeño auditorio lo que Victoria Ocampo significa en el panorama literario contemporáneo.

Una vida entregada por entero a un ideal de cultura. Persona. Tiempo. Dinero. Una temprana vocación por la belleza en sus diversas formas de plasmación artística. Una voracidad de conocer y comprender. Un ir de la obra al autor, desentrañando en aquélla las cifras de éste. Un alerta a lo nuevo apoyada en lo viejo permanente. Y, a la par que la propia obra literaria entregada sin apuro, una necesidad de hacer partícipes de sus descubrimientos, de sus entusiasmos a los demás, a todo ese mundo anónimo de gentes privadas de conocer el hecho acaecido en ese

preciso instante, por imposibilidades económicas, o idiomáticas, o de elementos informativos. Libro o revista. Conferencia o cursillo.

Con esa voluntad tesonera que revela su perfil, Victoria Ocampo lanzó una revista en que firmas universales, unas en nuestra propia lengua, otras traducidas, nos hicieron familiares sus creaciones. La divulgación en Hispano-América de los grandes valores de la literatura en habla inglesa, indiscutiblemente se debe a "Sur". Y no sólo puede circunscribirse este conocimiento a lo literario, porque el sello de la revista y de la editorial nos ha también familiarizado con cuanta obra relevante ha ido dando a través de los años la mente del hombre en la latitud que sea.

Una vida entregada a un ideal. No sólo literario: político. Un espinazo duro de mujer mantenida en su aplomo sin que críticas y cárceles la hagan vacilar.

Y sin vocinglerío. Metida en su silencio, en su escucha, en su obra personal, en su obra de divulgación.

Obra propia para conocer en especial al ser humano, complejo, arcangélico o abominable, fijarlo y justipreciarlo, calando en lo profundo, aguda de intuiciones, sagaz en resultados, vertiéndose en una prosa directa, cautivante, que se fija en la memoria y sirve como punto de referencia cuando queremos hacer nuestras personales valoraciones.

ENVÍO

Cuanta expresión de gratitud se rinda a esta criatura excepcional resulta pequeña. Yo no sé cómo expresar la mía. Tal vez sería necesario un ramillete a la antigua, de esas flores chiquitas de un apretado almácigo, no-me-olvides color de cielo con una gota de oro en el corazón.

Recíbalo, Victoria Ocampo.

Santiago, Chile, abril de 1962.

De Daniel Cosio Villegas:

Sobre la Gran Victoria

Sé muy bien que en la Argentina Victoria Ocampo ha sido por muchos años objeto de enconadas y continuas controversias, aun cuando, según creo, nunca o rara vez llegaron a hacerse públicas. Espero que hayan desaparecido, o, por lo menos, que se hayan aquietado en la última época, siquiera sea porque los argentinos habrán descubierto a estas alturas (si bien, de todos modos, muy tardíamente) que mil cosas más tienen que ser materia preferente de sus preocupaciones.

En la época larga en que viajé año tras año a la Argentina; en esa época en que, a justo título, creía yo que todo lo argentino me era familiar, estuve en la feliz situación de sustraerme a esas controversias. Y no (debo decirlo desde ahora con toda claridad) porque me colocara en la situación cómoda y prudente de "ver los toros desde la barrera". Antes bien, desde el primer instante tomé partido, y naturalmente, el partido de Victoria Ocampo. Mi amor por ella fue literalmente a primera vista, aun cuando mi admiración y mi gratitud han sido obra de muchos días y de años repetidos.

El tomar partido avivó mi deseo de entender los motivos ocultos de aquellas controversias, y para ello, entre otras cosas, provocaba a los críticos de Victoria. Puedo decir ahora (no sin algún remordimiento) que rara vez he sido tan fiel a un deporte como éste de oír hablar mal de Victoria, y estudiar después, viéndola a ella de cerca, en qué medida le sentaban esas críticas.

Para mí, en este bendito año de 1962, es clara como la luz del día la razón mayor de esas controversias: Victoria se adelantó a su época. Y como vale la pena explorar un poco este punto, comencemos por decir que ese adelantamiento puede y debe señalarse en elogio de Victoria, pero también como un lamento por el atraso increíble de la sociedad en que le tocó vivir.

Victoria ha tenido siempre genio para singularizarse, y por genio quiero decir, ciertamente, talento e imaginación, pero también instinto y carácter. Después de todo, es muy fácil singularizarse hasta el grado de ser único, digamos una persona que viste toda su vida de verde; pero, ¿tiene esto alguna gracia, para no preguntar si tiene otro sentido que el de la extravagancia sin sentido?

Lo singular de la singularidad de Victoria es que ella ha abierto, por entre la maleza, a veces desgarrándose la ropa y aun la carne, caminos por los cuales ha transitado después cómodamente mucha gente. Y no se trata, por supuesto de que ella hubiera inventado un peinado o un traje que más tarde imitaron cien o doscientas mucamas, sino cosas de sustancia y de valor permanente en su país, y algunas de las cuales (por si cupiera duda) se han dado antes, simultáneamente o después, en muchas otras partes del Globo.

Por supuesto que de vez en cuando yo debo tomarme en serio como sociólogo (mi primera actividad profesional) y aun como historiador (la última), de modo que ni de broma quiero exagerar presentando a Victoria como el caudillo del derrumbamiento de la oligarquía terrateniente de su país. Pero tampoco puedo aceptar que sea un hecho casual, y por ende, carente de significación, que ella prefiriera vivir fuera de esa clase. El hecho es tremendamente significativo: además de no haber ocurrido en forma casual, ocurrió en Victoria Ocampo, es decir, en una persona en quien lógicamente no debía ni podía haber ocurrido. Aparte de que ella ama el campo argentino como pocos argentinos (y ciertamente ningún porteño), nunca dejó de incluir en el programa de visitas de incontables viajeros a quienes dio a conocer la Argentina la de dos o tres grandes estancias. Y lo hizo, porque, para ella, eran típicas o representativas del país: de un lado estaba la riqueza prodigiosa de la pampa, y del otro, el genio creador

de los dueños de ella, que, en unos cuantos años, trazaron jardines armónicos, levantaron árboles de maravilla, y construyeron casas de un apacible refinamiento. Victoria, además, ha juzgado (racionalmente, por supuesto) a la oligarquía con benevolencia y es muy consciente de lo mucho que la Argentina le debió.

Todo esto quiere decir que, por tradición, por sentimiento y aun por la razón, Victoria ha podido y ha debido ser una oligarca en la plenitud del término. A pesar de todo, y justamente porque no cometió un error grave al juzgarla, y porque presintió a tiempo que la hora de la oligarquía había pasado, Victoria vivió una vida distinta, una vida que después se ha puesto de moda hasta el punto de haberse convertido en una vulgaridad achacarle a la oligarquía todos los males del país.

Sospecho que Victoria la abandonó, entre muchas razones, porque en ella la mujer no era el igual del hombre, un igual físico, un igual moral, y, sobre todo, un igual intelectual. Pero en esto, la situación de Victoria era mucho peor, o, si se prefiere, desesperadamente mala, pues la inferioridad y el aislamiento de la mujer argentina eran, además de generales, más marcados en las clases media y baja que en la aristocrática. Vivir como un igual, o, mejor, sin reconocer inferioridad alguna, era en este caso no sólo un desafío a una clase, sino a toda la sociedad. Significaba, en suma, condenarse a un ostracismo cabal.

Como en el caso de la separación de la oligarquía, este "feminismo" (usemos tan odiosa palabra en aras de la brevedad) de Victoria se ha puesto de moda en la Argentina (como en todo el mundo, por otra parte), hasta el punto no sólo de ser un hecho la consideración igual del hombre y la mujer, sino que nadie admitiría, o se atrevería a admitir, que hay una razón válida para que no sea así.

Lo admirabilísimo de esta grande, colosal mujer, es que ha hecho todo eso sin levantar la voz, sin hacer un gesto, sin pretender elaborar teorías para realzar su conducta, y muchísimo menos ha pretendido predicar la imitación de su ejemplo. Lisa, simple, llanamente, vivió como ella creyó que debía vivir, y siguió adelante, a pesar de que sintió, en el pecho y en el rostro, que su marcha se hacía contra el viento y contra la marea. Más todavía, nadie le ha oído una jactancia, o siquiera un comentario

satisfecho, cuando llegó a ser público y notorio que el viento, cansado de contrariarla, se había puesto de su lado.

Pero los méritos singularísimos de Victoria no terminan allí, pues queda todavía por considerar quizás el más importante de todos: su contribución sin desmayo a la cultura argentina, y más que a la cultura, al gusto por ella, que debe precederla y guiarla siempre. Esto (como todo lo que se relaciona con ella) es notable: Victoria Ocampo —como todos lo sabemos— no tuvo nunca una educación formal, y en su instrumental tiene fallas lamentables, como un dominio incierto de la expresión española escrita. Sus lecturas han sido, no ya poco sistemáticas, sino arbitrarias y aun caprichosas. Dicho esto, y bastante más que pudiera decirse, uno puede y debe reconocer apesadumbrado que nunca, o rara vez, hemos conocido a un profesor universitario que sepa y estime en el grado en que Victoria sabe y estima aquellos autores, géneros, o épocas por las que se ha interesado. Los ha leído y repasado no formal o distintamente, sino en una comunión íntima. Habla de ellos con fervor, y en no pocas ocasiones pasa por una obsesión maníaca en que todo parece girar (sus conversaciones, sus amistades), en torno del autor o la obra de su predilección.

Pero aparte de estas prendas propias, Victoria ha sabido apreciar siempre el talento ajeno, la cultura de los otros, la sensibilidad y la aptitud aun de los seres más distantes de ella. Y esto sin banderías, sin sectarismos, sin preferencias caprichosas. Con algunas gentes —dándolas por excelentes— no ha podido entenderse; pero ¿quién está a salvo de esa limitación, tan humana, por otra parte?

En esto de indagar qué gente joven tiene talento de escritor, en acercarlos, en estimularlos y en darles ocasión de escribir; en descubrir, mantener y avivar el contacto con el mundo exterior para traer a la Argentina ideas, publicaciones y personas; en suma, en esta tarea de alimentar la flama del interés por las obras de la inteligencia, Victoria Ocampo no tiene par en la Argentina u otro país de la América Hispánica. Para que resultara justa, habría que establecer la comparación no con una persona, porque todas quedarían a la zaga, sino con toda una institución. Aun así, podemos estar seguros de que saldrán mal parados varios ministerios de educación, academias de arte o consejos culturales.

Con sólo cerrar los ojos para despreocuparse de la faena del momento, se da con nuevas vetas en este riquísimo filón de prendas excepcionales de esta gran mujer: ¿alguien ha reparado en que buena parte de lo que ha escrito Victoria ha sido sobre lo que otros han escrito? Hasta ese punto increíble ella ha sido soporte, puente, o estímulo de otros. (Al llegar aquí no he podido evitar reírme estrepitosamente, pues he recordado que hace unos quince años una persona me acorraló en la esquina de un salón durante una larga hora para demostrarme que Victoria era... ¡egoísta!)

De acuerdo en que nada de lo que he dicho es muy novedoso y en que ni siquiera he logrado una presentación inteligente. Por esto, este último párrafo está dedicado a las autoridades municipales de Buenos Aires, y no a un lector simplemente intelectual: deben ustedes, mis queridos señores, ir buscando un lindo lugar, medio solitario y sombreado, en el Tigre, para levantar en él la estatua que Victoria Ocampo se ha ganado (como pocos "héroes") a pulso.

México, mayo 1962.

De Adelina del Carril de Güiraldes:

Aserción del Recuerdo Fiel

Con gozo del corazón, me adhiero al justísimo homenaje que se tributa hoy a Victoria Ocampo por su larga y sacrificada lucha por la exaltación y expansión de nuestra cultura. Y celebro que se manifieste la admiración de sus compatriotas *ahora,* cuando aún ella puede palparla, recibirla y gozarla; porque hemos de confesar que aquí somos un poco tardos en alegrarnos del bien de los otros y de lo bueno que hacen.

En general, sólo se nos ocurre reaccionar tarde, cuando ya no importa... y quizá más por atrición que por contrición, sin pensar que una palabra de aliento dicha a tiempo, multiplicaría el entusiasmo del que hace obra.

Las personas organizadoras de este homenaje me solicitan que testimonie mi pensar y mi sentir con respecto a la obra de Victoria Ocampo. Confieso que con mucha cortedad me ejecuto, en la conciencia de mi escasa importancia y valía, pero siempre tuve por norma echar por delante mi corazón y seguirlo, simplemente.

Más de cincuenta años de una hermanada amistad me ligan a Victoria Ocampo. Así puedo aseverar que desde la adolescencia fui cercano testigo del florecimiento de su personalidad, de su carácter, de su espíritu... y ese asiduo compartir de sus días en la tradicional casona de la calle Florida y la quinta de San Isidro, moradas familiares donde reinaban las bondadosas tías —de feliz memoria— verdaderas hadas madrinas cuya función era la de mimar a Victoria y sus cinco hermanas, colmando sus más mínimos deseos; mimos extendidos a las amigas que las rodeábamos.

Desde niña tuvo Victoria una voracidad por saberlo todo, y no a medias; siempre hubo en ella un consciente deseo de superación, cuya meta es la Perfección.

Sin duda, que fue extremadamente dotada por los dioses de la sabiduría, por eso el "más o menos", jamás pudo satisfacerla y todo cuanto emprendía lo llevaba a la culminación.

Esto hizo exclamar a Lugnè Poe y a Suzanne Després al oírla recitar en francés: —"¡Lástima grande es que haya Ud. nacido en un medio de privilegio, porque el Teatro Francés pierde en Ud. a una gran artista!"

Todavía suenan en mis oídos las modulaciones de su maravillosa voz en recitales suyos que tuvimos el privilegio de escuchar entonces.

Vasta es la cultura de Victoria Ocampo. La veo, niña aún, encendida de entusiasmo cuando leía y estudiaba con minucioso fervor la *Divina Comedia* de Dante en italiano.

Su curiosidad jamás quedaba saciaba y bien plantados eran sus gustos y disgustos.

Cuatro idiomas con sus literaturas le fueron familiares. La música tampoco le ocultó sus secretos.

Maravillosos años del cultivo del espíritu enriquecidos de experiencias decantadas. Luego fueron pasando para nosotras las normales etapas de la vida, hasta nuestros matrimonios.

Así, sumada a mi amistad por Victoria, nació la de Ricardo Güiraldes, profunda, tierna, grande y noble. Se admiraban, se querían, se respetaban y discutían a matar por sus amores literarios.

Muchas cosas tenían en común, sobre todo el anhelo de conocer a fondo, de ir a la raíz de los problemas que atraían su atención en todas las actividades intelectuales y vitales. Y el gran amor a sus poetas, siempre presente, con la abundancia de su propio sentir.

Ricardo le llevaba ventaja en años a Victoria y por ello en el orden de sus descubrimientos literarios; así cuando Victoria entraba a saborear los Parnasianos, ya estaba Ricardo devorando los Simbolistas... y allí se suscitaban las más tremendas discusiones... y como el tiempo no les bastara para agotarlas, se escribían siguiendo el apasionado tema de sus interminables argumentaciones.

Fui espectador y juez afortunado de estos duelos espirituales que exponiendo al parecer desavenencias, cimentaban una profunda comprensión.

Una vez le oí decir a Ricardo, contestando a alguien que, sin conocer mayormente a Victoria, por antojadizas suposiciones, la juzgaba:

—Tú no la conoces. ¡Lo que puedo decirte es que, para mí, Victoria es una gran alma!

En "Supremacía del alma y de la sangre" y en artículos y cartas ha dicho Victoria Ocampo lo que para ella fue Ricardo Güiraldes.

Pero como en el correr de la vida todo no es dicha, la guerra mundial fue hondo sufrir que compartimos.

¡Tantos seres y lugares queridos y admirados en peligro y devastados...!

Después... el resurgimiento a la vida normal, el trabajo, los viajes, las separaciones, la enfermedad... y la muerte.

Caminos bifurcados.

Para mí... aprender a estar de pie, sin suelo.

Eterno correr tras el alma y la conformidad escurridiza.

Verlo todo como por un catalejo al revés... todo empequeñecido... lejano.

Y gritarse para convencerse y no perecer: ¡Los cariños son y están!

Porque tanto amó la cultura, Victoria Ocampo se dedicó a brindarla a su país con toda su capacidad, anhelo y entusiasmo; y el mayor y mejor exponente de su dádiva generosa y constructiva son: la revista "Sur" —hoy considerada la mejor de su género en lengua hispana—, sus *Testimonios* y la Editorial "Sur", que tanto bueno nos ha hecho conocer.

Victoria Ocampo siempre abrió su corazón y tendió su mano al talento, fuera de donde fuere y viniera de donde viniere.

Quisiera ahora dilucidar un tonto reproche que he oído más de una vez sobre *Testimonios* abrogando a su autora "exhibicionismo vanidoso".

Por los motivos que ya he expuesto, su pasión por la cultura llevó a Victoria Ocampo a vincularse con los grandes artistas,

poetas, filósofos, músicos y pintores contemporáneos; la "élite" intelectual del mundo, que la amaron, valoraron y distinguieron con su más cálida amistad.

Todo artista —aunque lo declare o no— se cuenta a sí mismo, describe *sus* propias reacciones ante las circunstancias reales o ficticias en que piensa y actúa y lo hace según *su* pensar y *su* sentir.

Victoria Ocampo nos regala, narrándolas con emocionada maestría las experiencias que tuvo con los grandes del mundo, enriqueciéndonos con ellas... y de ello le debemos estar gratos.

Falaz y mezquino es, a mi juicio, ese reproche.

Y ahora retorno al escueto hilo de los hechos sucedidos cronológicamente:

Distancia, infinita distancia con los siete mares de por medio...

Después el principio del derrumbe.

Otra guerra devastadora en lo material, pero sobre todo en lo espiritual.

Todos los valores tergiversados.

La palabra, sin sentido, herido el sentir.

La lujuria del poder desatada y ejercida por hordas zafias embravecidas por odios inculcados.

El atropello a lo tradicional, refinado y elevado...

Y a su persona en particular.

La reacción de Victoria:

Ejemplar... valiente... serena... "de una gran alma".

La reacción intelectual mundial: de indignación y de conminación a la tiranía reclamando su inmediata libertad.

Con asombrosa y firme fortaleza, Victoria Ocampo luchó sin tregua, siempre y a toda hora, por los más excelsos ideales humanos, manteniendo alta la bandera de la cultura argentina.

Que la gratitud de nuestro pueblo siempre la acompañe, con la de Ricardo y la mía.

Bella Vista, marzo de 1962.

De Vittorio de Sica:

...Con profundo orgullo agradezco se haya incluido mi nombre en la Comisión de Homenaje a Victoria Ocampo. Conozco y estimo la conducta moral y política de la señora Ocampo y admiro sus dotes de artista refinada. En lo que concierne a Italia y a sus escritores, la señora Ocampo ha significado siempre un apoyo y ha sido una ferviente admiradora de nuestras obras...

Tirrenia (Pisa), julio 1962.

De Wladimir d'Ormesson:

Cuando partía rumbo a la Argentina en mayo de 1945 para reabrir la embajada de Francia, comí la noche anterior a mi partida con Paul Valéry. Me dijo: "Déle un abrazo de mi parte a Victoria Ocampo. Dígale que la quiero. Gracias a ella pude caminar al finalizar la guerra. Yo no tenía zapatos y ella me los procuró..."

No conocía a Victoria Ocampo al llegar a Buenos Aires. Le llevé el mensaje de Paul Valéry. Y fue bajo el signo de ese maravilloso poeta que se inició nuestra amistad.

Conservo un profundo recuerdo tanto de la casa de San Isidro como de la de Mar del Plata, donde mi mujer y yo pasamos a menudo horas espléndidas con Victoria y la élite argentina que supo reunir a su alrededor. No he admirado solamente el talento de escritora, la finura y seguridad de sus juicios, la fuerza de evocación de una autora cuya fama ha sobrepasado ampliamente las fronteras de la Argentina. He gustado la agilidad de su espíritu, su sensibilidad, su sentido del humor —y sobre todo— ese amor vibrante por la vida que surge en ella y esa humanidad que la lleva a comprenderlo todo...

Victoria Ocampo es una de las personalidades que gracias a Dios he tenido el privilegio de encontrar en este mundo y de la cual me enorgullezco de ser amigo.

Castillo d'Ormesson

Ormesson-Sur-Marne, Seine et Oise. Mayo 1962.

De WALDO FRANK:

Un novelista alemán del siglo XIX, cuyo nombre no recuerdo, escribió una obra titulada *La maldición de la belleza*. A esta carga de la belleza se añadieron dos más en el destino de Victoria Ocampo, que hicieron fuera arduo su camino: la "maldición" de la riqueza y la "maldición" de un pensamiento propio. Su belleza pudo haberla atrapado en el egocentrismo, la arrogancia, la falsa seguridad y las nociones equivocadas respecto de lo que significa la vida. Su riqueza pudo haberla convertido en un ser auto-indulgente y en una *dilettante*. Su inteligencia, acicateada por su condición pudo haberla llevado a una "torre de marfil", para contemplar desde arriba la batalla de la cultura en su país. Por sobre todo, las inevitables hostilidades que debió enfrentar una mujer tan profusamente agraciada, pudieron haberla llevado a mantener distancias, a ser cínica y desconfiada. La sorprendente verdad respecto de Victoria Ocampo es que ella supo manejar a la perfección todas estas restricciones y tentaciones. Su vida ha sido un constante navegar en los mares... lejos de puertos protectores... en mares borrascosos... los de su tiempo.

Los dones de que dispuso fueron "maldiciones" porque estimulaban juicios falsos. Se ha movido en una atmósfera de envidia, corrosiva hasta para su vida íntima. Y bajo cualquier circunstancia, no ha de haber sido fácil entender su personalidad. Su físico no incita a pensar que es muy sensible y retraída por temperamento. Su femenina sensibilidad oculta a menudo su coraje temerario. Ha dedicado sus medios económicos a estimular valores que estima: la calidad y la libertad del artista. Y las ideas que rigieron su vida fueron puestas a prueba en su conducta ejemplar cuando estuvo detenida, al negarse a recibir un trato privilegiado, del que no gozaban, por cierto, sus humildes hermanas de prisión.

Bajo las sofisticaciones que pueden surgir de la vida urbana, Victoria Ocampo es campesina en la magnitud que en ella adquieren las emociones simples y es una niña en sus generosas y agudas respuestas. La suya ha sido una vida vivida valientemente, cargada de problemas emanados de aquellas "maldiciones". Me siento feliz de hacer llegar mi saludo a Victoria Ocampo.

New York, mayo de 1962.

De Alberto Girri:

E N V Í O

La respuesta
al llamado de esa
casi imposible entidad
que es la existencia toda
exigiendo cada día
un renacer
está allí donde tú
supiste buscarla,
afuera, más arriba
de la frase
meramente justa,
del poema
que luego de ser hecho
rasgamos y olvidamos;

donde la busca
tu amor por lo bello
protegiéndolo
contra la verdad a medias,
contra cuanto de ambiguo
cabe en la experiencia del mundo,
intermediario siempre
entre la fantasía
y lo que el consenso general sanciona;

donde encuentras,
y permanentemente
redescubres
y festejas,
aquella que nombraste
ley primera
de tu fe:
la Palabra crea,
el Pensamiento crea,
de la palabra
y del pensamiento
excluyamos sólo
los afanes
modelados por mercenarios
("...whose hopes
are shaped by mercenaries".
¿Lo recuerdas?);

donde aprendiste
que a cada adquisición
una equivalente pérdida le sigue,
que el mérito de las cosas
no reside en ellas
sino en sus relaciones.

La respuesta, Victoria,
con destino al espíritu,
y la que tu espíritu
da con una siembra
tuya, mía, de todos,
confiada y viva
en amigos y extraños.

Buenos Aires, 1962.

De Ramón Gómez de la Serna:

A Victoria Ocampo

(Dedicatoria de la novela de Ramón Gómez de la Serna: "Polycéfalo y Sra.")

A usted, admirada amiga, dedico esta novela como homenaje puro y porque cuando en París le relataba las peripecias de mi invención —resumen de muchas experiencias entre los argentinos que pasan por Europa— usted iluminaba mi ánimo con los más radiantes "¡Sí ¡Sí!"

Después volví a sentir el fervor de la dedicatoria al visitarla en su ciudad natal, allende los mares, donde le leí algunos capítulos de la novela que llevé conmigo para ver si tenía que rectificarla, pero en la que no he tenido que retocar nada, a no ser el panorama bonaerense del primer capítulo.

Mi visión de la América que he vivido irá en otra novela que estoy escribiendo.

Reciba usted la ofrenda de mis suposiciones y mis juegos al pie de su solio de argentina con rostro de esfinge arúspice que exige respuestas en lugar de preguntas.

De Graham Greene:

CARTA ABIERTA A UNA EDITORA

Querida Victoria:

Es realmente raro que un novelista sepa algo respecto de las ediciones de sus obras en el exterior. Largas distancias lo separan de su editor y una lengua extranjera lo detiene en el juicio que puede abrir sobre las traducciones. ¡Qué feliz me sentí hace años, cuando te encontré! Debo ser el único entre muchos autores extranjeros que te miran no sólo como una editora sino como una amiga en quien se puede confiar. Sé que bajo tu guía mis libros nunca estarán expuestos a una mala traducción. Pero no quiero hablarte sólo como el autor al editor, sino de amigo a amiga. Nunca he visitado tu país, sin embargo siento que cuando llegue el momento, me sentiré como en mi hogar. Para muchos de nosotros el hogar es el sitio donde estés.

Tuyo cariñosamente.

Londres, mayo de 1962.

De Eugenio Guasta:

Los últimos años parecen habernos clausurado todavía más de lo que estábamos en los límites de un apartado arrabal del mundo. La vida, la historia, continúan más allá de nosotros. Para una enorme proporción de argentinos no tienen más existencia que la que les da la página del diario. La realidad concreta que allí se refleja, no existe. Estamos apartados, desconectados. Y lo que hacemos es negar lo verdadero, vivo, y afirmar lo que no es, el no-ser; Y así vivimos una encanijada vida, una vida que se sobrevive, una vida que lo que más da de sí es una actividad de mercaderes. Ese modo de no vivir denuncia nuestra abdicación, nuestro deterioro, nuestra aridez, el decaimiento, la chatura anónima del rebaño.

La presencia de personas capaces de existir con la cabeza fuera del marasmo invasor sostiene la esperanza. Victoria Ocampo es una de las personas que tiene el país. Puesta en medio de esta tierra, con ojos capaces de ver, de descubrir y entender y admirar lo que es de aquí y lo que está más allá de las fronteras, ojos para *mirar a lo que viene y aún no llega,* como le dijo Gabriela Mistral, ha mirado y ha dicho lo visto. Y ése ha sido su modo de ser, de afirmarse, de crecer, de existir. Desde el primer libro dio una interpretación de las cosas que la rodeaban, a las que había entrado. Aquél era un itinerario, *a través de la Divina Comedia.* La revista que funda también se transforma en un itinerario y en una interpretación. A través de ese rumbo que señala hacia nuestro sur debía establecerse una ascendente y descendente corriente que comunicando con obras y autores, establecería un diálogo con el existir concreto, sustantivo, diferente, de otros modos de existir vivos y universales.

Y aquello que se hizo antes, hoy vuelve a ser futuro. El diá-

logo, la presencia de SUR, son otra vez necesidad urgente, en medio del vacío ruidoso que nos empobrece.

Ortega le dijo a Victoria Ocampo en el epílogo de *De Francesca a Beatrice*: "Yo no sé si la sociedad que le rodea sabrá aprovechar sin pérdida la gracia normativa que hay en usted".

El interrogante subsiste. El país, detenido, pierde el ritmo de la historia y de la vida del mundo, que siguen, se transforman, crecen. Creemos que clausurándonos podemos seguir siendo, es decir, siendo este empobrecedor no-ser satisfecho, aparente, vacío. La capacidad de ver y asimilar lo ajeno —todavía hay que hablar así, aquí, como si decir *lo ajeno* tuviese todavía vigencia en el mundo—, se integra con un ser que tiene raíces en lo propio, sin necesidad de decirlo. Lo importante es ser. La lección de Victoria Ocampo, el modo de vivir que es norma, la norma de que habla Ortega, es haber sido capaz de ser en medio de quienes desconfiaron de su misma existencia, *La sociedad que la rodea* necesita ser. Inseguridad y desconfianza, afirmaciones sólo exteriores, acrecientan el no-ser, que nos vacía. La cantidad de SUR equivale a una renovada fundación. El testimonio de Victoria Ocampo es una empecinada esperanza, una contagiosa voluntad de ser.

Buenos Aires, 1962.

De Aldous Huxley:

Hay ciertas amistades que, a pesar de la ausencia y el silencio, persisten y hasta crecen a lo largo del tiempo. Durante los últimos treinta años he hablado con Victoria Ocampo no más de doce veces y en intervalos entre nuestros raros encuentros he leído muy poco de lo que ella ha escrito y he oido sólo intermitentemente y a menudo indirectamente respecto de sus actividades.

Y sin embargo, esta amistad construida sobre las que parecen débiles bases, es real y sólida. Me siento feliz de haber tenido esta oportunidad de dar testimonio de esta amistad y expresarle mi afecto y mi admiración, a través de las separaciones impuestas por el tiempo y el espacio.

Hollywood, abril de 1962.

De A. W. Lawrence:

Cuando Victoria Ocampo me buscó, en Inglaterra, hace quince años, fue porque le interesaba mi hermano, T. E. (Lawrence de Arabia) y a pesar de que la conocí, después, en términos generales y dentro del marco de su casa y de su tierra, me limitaré a escribir aquí sobre el motivo que originó nuestras relaciones. Sobre ese tema, puedo aportar una contribución que ningún otro de sus amigos podrá brindar.

El día de nuestro primer encuentro, en Cambridge, me dio su libro *338.171 T.E.*, que yo ignoraba puesto que había aparecido en Buenos Aires durante la guerra. Empecé a leerlo con cierto desgano, recordando los derivativos, y en el mejor de los casos, superficiales que había considerado los estudios dedicados a él en el continente europeo, mientras que los más ambiciosos, de acuerdo a mi criterio, interpretaban mal la personalidad del que intentaban retratar. Esta mujer, del otro confín del mundo, presumiblemente habría topado con barreras mucho más infranqueables para comprender al hombre con quien nunca se encontró, cuyos problemas surgían de un medio ambiente física y espiritualmente poco familiares para ella, y cuyas circunstancias no debían de resultarle menos extrañas que las de los acontecimientos de siglos remotos.

Descubrí que había pasado a través de todas las barreras como si no ofrecieran obstáculos y que su libro daba el más profundo y el mejor equilibrado de todos los retratos de mi hermano, no tuve, y no tengo ahora, ninguna duda sobre su penetración (y creo que yo lo conocía muy bien). Otras obras se han publicado desde entonces, y algunas utilizando datos personales sobre él, que ella ignoraba, pero la suya conserva su preeminencia y los nuevos datos no han disminuido para nada su validez.

Sorprendente me parecía este acierto cuando nuestro conocimiento mutuo era escaso; creció hasta tomar las proporciones

de un milagro cuando comprendí hasta qué punto la vida y el medio de ella habían sido distintos de los de él. No habían compartido ni una experiencia, ni una circunstancia comparables, hasta donde yo pudiera juzgar, y estaban en polos opuestos en materia de pensamiento y de acción, incluso de inclinaciones. Sus principios, la totalidad de su filosofía discrepaban respecto a casi todo. Los de él habían sido moldeados por influencias que estaban más allá del horizonte de ella: protestantismo bíblico, Grecia antigua, Edad Media, Arabia; de todo esto él escogió substancias con las que construyó su religión de austeridad. Ella, desde luego, había sido testigo de algo semejante, pues como lo ha señalado, hay una afinidad entre la pampa y el desierto, entre gauchos y beduinos, pero este roce apenas la contagió; puede sospecharse, sin embargo, que no resultó completamente inmune a través de la simpatía imaginativa que despertaron en ella quienes, como Gandhi y Teresa de Avila, prescindieron de las posesiones materiales. Así también puede haberse encontrado dispuesta a aplaudir, como espectadora, el rechazo brutal de T.E.L. de un estilo de vida que ella adoptaba. Hasta en lo referente al arte, donde hubieran podido hallar un terreno común, sus gustos rara vez coincidían; ambos se encendían de devoción idólatra por ciertos libros, pero no solían ser los mismos. Y no parece haber habido ninguna otra señal obvia de parecido entre los dos, a no ser la pasión por la libertad, con sus concomitantes (notablemente, una generosidad ilimitada) y el hecho de que la naturaleza los había dotado a los dos de una fortaleza y energía supranormales.

Sin embargo, este hombre muerto ejerció sobre ella una fascinación obsesiva. Esto la llevó no sólo a leer, sino a memorar todas las cosas reveladoras que ayudaran a entenderlo, y ajustaba, disponía todas estas piezas de información fragmentaria con la exactitud de una máquina de calcular. Además aportaba a esta tarea un tipo especial de humana percepción, invariablemente vinculada con una emoción particular. A pesar de que veía con pareja claridad las virtudes y las faltas, los éxitos y las fallas, la sabiduría y las tonterías de T.E., lo completo de su visión no reducía en lo más mínimo el atractivo ejercido por tal visión. El hecho es que ella lo quería. Este inexplicable fenómeno explica la misteriosa perfección de la obra maestra.

Londres, mayo de 1962.

De Le Corbusier:

Octubre de 1939. Después de catorce días de navegación el barco amarró en Buenos Aires. Dos damas suben a bordo: Victoria Ocampo y una cantante francesa.

Primera pregunta: "Señor Le Corbusier, ¿le gusta la música?" Respuesta: "Apasionadamente. Me gustan por sobre todo las marchas militares turcas porque desde muy lejos se oye el bombo . . ." Inquietud en mis interlocutoras (ya era yo precursor en "música concreta"). Lo cierto es que había evitado solemnizar mi desembarco.

Victoria Ocampo había organizado un ciclo de diez conferencias en Buenos Aires sobre Arquitectura. En la ciudad todo era confusión: "La señora Victoria Ocampo —y hasta ahora sólo ella— ha dado el paso decisivo construyendo una casa que causa escándalo. Pues bien, Buenos Aires es así. Sus dos millones de habitantes, emigrantes emotivamente académicos, chocan con esta mujer sola, que sabe lo que quiere. En su casa se encuentran Picasso y Léger (1929), en un ambiente de pureza que aún hoy, rara vez he encontrado . . ." *

Conocí en Argentina personas de sensibilidad, de gran inteligencia, de gran porte. He estado encantado.

Victoria, usted ha llevado a cabo un combate valiente. Todo mi respeto y mi admiración.

(*) Diez conferencias en Buenos Aires. *Précisions*. "Collection de l'Esprit Nouveau" chez Crès Editeur (1930), aujourd'hui chez Vincent et Dréal.

De Eduardo Mallea:

Un Alma Valientemente Diferente

I

Más de una vez la vi, como si no la hubiera conocido nunca, destacada en toda su figura, imagen independiente que se movía como el ser extraño que a nuestros ojos actuara proyectado a lo lejos sin que supiera que lo estamos mirando, ella iluminada y nosotros a oscuras.

La veo caminando pensativa por los verdes de San Isidro, bajando la escalinata de la Piazza d'Espagna, mostrando sus cartas y sus telegramas con cierto candor infantil, saliendo más adulta que nunca del cuarto donde durante tres horas ha consolado —llorando con él— a un niño, hijo de una servidora suya, que ese día había perdido a su madre.

La veo en sus momentos de apasionado furor y en su tristeza infinita ante la vejación de los inocentes o la injusticia habitual de los seres humanos.

La veo hincándose sin decir nada en las naves de Chartres, u oliendo con fruición las flores de la campiña toscana, en Florencia, o de su jardín, en Villa Victoria.

La veo en su casa de la Avene Malakoff —una casa dotada de esa blancura en medio de la cual ha vivido siempre— diciendo con Valéry los versos del *Cementerio Marino,* o disputando con Drieu, o yéndose cargada de las cosas que acumulaba su *esprit de l'escalier* a escribirlas en esas cartas de letra y texto agudos e inteligentes que harían —recogidas aquí y allá en todo el mundo— uno de los epistolarios más notables que se hayan escrito.

La veo escribiendo, con esa necesidad urgente y vital de expresarse parecida a su modo de elegir y de gustar, trátese de gentes, de almas o de alguna cosa dulce y delicada de comer. Escribiendo como una función más de su ser, tan orgánico, un ser en quien, a diferencia de los deformados por la especialización o por el desarrollo desparejo y monstruoso de una aptitud única —sea talento, sea genio—, todo proviene de una ideal esfericidad, en la que entran a la vez sus rasgos, su voz, sus apetitos o sea toda su naturaleza en entera función. Por lo cual, en ella el escribir ha sido, no una derivación accidental, sino un modo más de su espléndida substancia: una emanación o una prolongación de su propia vida.

La veo leyendo voraz y rápida, dotada de esa necesidad casi animal por entender, algo que parecería una contradicción *in adjecto* si no fuera la manera más humana, más impaciente, más tierna y más desesperada de *querer* entender. Lanzándose hacia eso: la reveladora claridad, con una especie de fruición —o exigencia fruitiva—, como si lo verdadero fuera algo materialmente incorporable a nuestro ser, de que nuestro ser tuviera necesidad para completarse. Recogiendo aquí y allá, proclamándolas pronto en cartas y en dedicatorias con una urgencia precisa y preciosa por darlas a otros, por compartirlas con otros, las esencias encerradas en algunas citas admirables —elegidas como quien ha hallado un ejemplar exquisito del conocimiento— ya de Dante, ya de Shakespeare o de Keats, ya de Elizabeth Barrett Browning, ya de sus amigas Virginia Woolf o la Condesa de Noailles.

La veo en Italia, o en Francia, yendo de prisa, un poco hacia adelante la obstinada cabeza —que de pronto sacude un nervioso temblor—, a buscar en una sala de los Oficios, o en el silencioso Louvre, algo ante lo que va a detenerse para ejercer una de sus funciones más inteligentes: el preferir; dispuesta a no cambiar la pieza de su preferencia, de su elección, por ninguna otra a causa de haber hallado ahí, en estado puro y propio, ese pedacito de calidad que había hallado otra vez en un objeto de Bond Street, en unos compases de Debussy o en una sonata de Ravel.

La veo, en fin, descubriendo, entendiendo, comiendo, riendo, llorando, y veo con todo eso compuesto el cuadro completo de su persona y de su vida.

II

La veo así, y el verla así me comunica en el acto la idea de sus tres grandes atributos constantes.

El mundo de la naturaleza tiene más esplendor que el mundo de las morales humanas porque es un mundo más diferenciado. En cuanto las morales humanas empiezan a diferenciarse, a contrastar entre sí, empiezan a engrandecerse y por consiguiente a mostrar el esplendor del mundo natural. Un arco iris, una vincapervinca, son bellos por lo fuertemente que son. La primera idea de grandeza consiste en una idea de diferenciación.

En el orden humano la diferenciación consiste en la autenticidad. La posibilidad de almas diferentes es inmensa; pero con tal de que las almas *se manifiesten* diferentes. Esto reclama, ante todo, un atributo: el atributo de autenticidad. En tanto que un alma no es auténtica, esa alma no es diferente. En cuanto, a la inversa, se pone a ser lo que categóricamente es, instaura en forma rotunda su eminente diferencia.

En esto de atreverse las almas a diferir radica a mi juicio el primero de los rasgos que enriquecen el universo. Las almas que no se atreven a ser del todo ellas constituyen esa grisácea formación uniforme que da al mundo tedio y a los espíritus la monocorde falta de respuesta que hace la vida tan reducida y tan árida.

El primero de los atributos constantes de Victoria Ocampo es su autenticidad. Su alma es un alma valientemente diferente porque es un alma valientemente auténtica. Su característica es una especie de obcecación, una emocionante y casi infantil terquedad en no moverse de su posición cuando su posición es la suya única o legítima. ¿Qué pacto no sería capaz de rechazar con esa voluntad feroz y ferviente de aferrarse a la verdad? Quienes la conocen la han visto muchas veces en esa posición violenta en que ella se agarra a sus convicciones para no ceder a sus conmiseraciones. Este afán de autenticidad se confunde en ella con su apetito de verdad.

El segundo atributo de Victoria Ocampo es su apetito de calidad. Poderoso como sus sentidos —los de esta persona que saborea, ve, huele, oye y toca con un talento del gusto, la vista, el

olfato, el oído y el tacto— es en ella ese apetito moral por lo verdaderamente bello y lo verdaderamente justo y lo verdaderamente cierto. La atracción que siente por la calidad de un Gandhi es para ella equiparable a la atracción que siente por una conciencia artística admirable o por el genuino fulgor de una moral imbatible o por la belleza precisa de una rigurosa y limpia arquitectura.

El tercero de los atributos de Victoria Ocampo es su credulidad. Ninguna persona de mejor fe. Ninguna persona más fácil de ser engañada, de ser sorprendida en la región central de su espíritu no prevenido. Posee ese a la vez dulce y poderoso candor o credulidad creadora que sólo tienen las naturalezas más elevadas, los grandes inspirados inocentes, los ilusos insignes y los visionarios sin sueño ni descanso que creen siempre, que creen siempre más, a pesar de todo, a pesar de todos, descubiertos a los engaños, más lejos y más allá de todo engaño.

Alguien que la conocía y quería mucho, decía que para conocerla era menester verla vivir. Toda ella, en efecto, surge a cada rato viva y espontánea de sus reacciones aparentemente más comunes, que se resuelven siempre en los términos menos comunes, o sea en los términos de la más rigurosa y delicada selección. Su amistad, sus gustos, su inteligencia se muestran sin cesar en las formas más vivaces, más naturales y más transparentes, y se la ve, en momentos, inhibida por el exceso de tono de que ella misma carga sus predilecciones: un espíritu auténtico, una obra noble, un mueble legítimo, un objeto delicado, una imagen cuya espiritualidad actuara como una armonía pensable.

III

Pero no quisiera razonar sobre ella.

Quisiera sólo describirla. Describirla aun. Describirla estudiando sus conferencias, su modo de decir la poesía, con el *obstinado rigor* vinciano, caminando horas y horas en implacable repetición de los textos hasta vencer la materia y adecuarla rigurosamente al orden. Levemente admirados, levemente sonrientes los ojos al decirlos —esos textos—, como oyéndolos, como si para repetirlos le fueran dictados por la razón, espléndida y secreta, de

esas palabras delicadamente metodizadas, delicadamente salvadas por el auxilio de su propia belleza.

Describirla en su ida, pronta y directa, a los textos, a los textos siempre enigmáticos, para despojarlos, como la criatura a la nuez, del caparazón que los aisla y hallarles, allá al fondo, la pulpa viva, la pulpa no literal, la pulpa espiritual. (Pues yo no sé casi de nadie que haya ido a los libros con tanta *necesidad* —certeza, lucidez, ansia, afán—, a recoger esa luz peculiarísima, ese resplandor de lo *espiritual*. Verla ir a los libros así de directa y así de segura, como fue desde muchacha al fondo de la *Commedia* o al fondo de Shakespeare, al fondo más fondo de todo cuanto leyó, a mí me pareció siempre una lección. Era una experiencia de la que ella salía radiante y de la que los textos mismos quedaban más iluminados, más vitales, más reveladores, más profundos. De lectores de ese tamaño salen continuamente recreados los grandes libros. De lectores así se transmuta en poesía la poesía.)

Quisiera, en fin, describirla como la he visto tantas veces: vulnerable, por sobre todas las cosas desarmada y vulnerable, descubierta ante el ataque y sorprendida ante el ataque, como el niño a quien se castiga por injusticia o el inocente a quien se culpa por aberración. Vulnerable; sobre todo vulnerable. Como aparecía algunas veces, al haber visto una feroz injusticia perpetrada contra algún justo o contra ella, con los ojos llenos de lágrimas y los labios temblando de no poder hablar. Herida, lastimada de no poder creer. Volviendo de la ciudad, del mundo, al final de algunas tardes, de su infinito esfuerzo en favor de algo o de alguien. Conmovida. Llegando a "Sur", a su casa, con los labios trémulos y los ojos humedecidos.

Para esta Victoria —como para la otra— ésas eran las alas heridas. Pero de su victoria.

Buenos Aires, mayo de 1962.

De Thomas Merton, s.j.:

"Me pregunto si hay alguien en el mundo de la cultura occidental que ignore hoy a Victoria Ocampo y que de una manera u otra, no haya caído en la esfera de su resplandor. Ella es una de esas personas maravillosas que es cada vez menos frecuente encontrar, que encarna en sí misma toda la gracia y la sabiduría de una cultura universal en un momento dado del tiempo. Deliberadamente me niego a usar la palabra cosmopolita, que en una era de auge del turismo ha sido reducida a algo sin sentido, a algo vulgar.

En ciertos aspectos Victoria Ocampo es un modelo para todos nosotros, por la amplitud de sus intereses, sus simpatías y su capacidad para la comprensión sensitiva. En nuestra era de milagrosas comunicaciones, ella es, milagrosamente, una persona que tiene algo que comunicar. El resto de nosotros, quizás use nuestros fantásticos instrumentos para ser meramente el eco de otros sonidos. Y la comunicación debe llenar siempre una condición esencial para existir: debe ser humana, debe tener resonancias que sean más profundas que las declaraciones, manifiestos y proposiciones formales. Y al mismo tiempo uno de los grandes hechos referidos a Doña Victoria es que si aún es posible dar curso a un manifiesto inteligente, dondequiera que aparezca, de algún modo es grato encontrar su nombre en él. No digo esto como manifestación de un hecho cierto, porque no estoy en situación de seguir todas las manifestaciones y declaraciones que ha hecho: sino simplemente como una forma de poética verdad respecto de Doña Victoria. Ella es un símbolo del juicio brillante y bien articulado de una persona libre y culta. Para mí simboliza América en el ancho y hemisférico sentido, el único en el cual me siento orgulloso de contarme entre los americanos. Me honra y encanta unirme a

aquellos que, proclamando su admiración y cariño por ella, de ese modo están adhiriendo quizás a una de las últimas oportunidades brindadas a los hombres para declararse a sí mismos civilizados.

Abadía de Getsemaní, Trapista, Kentucky, mayo de 1962.

De Alfred Metraux:

VICTORIA OCAMPO Y LA ETNOLOGIA

Sin duda sorprenderá la asociación de este nombre y esta ciencia. No es menos cierto que Victoria Ocampo se interesó por la etnología en una época en que nuestra disciplina aún no era respetable y no olvido que ella ayudó al joven etnólogo que yo era entonces. Creo que la evocación de viejos recuerdos le haría llegar, en el correr de los años, el testimonio de mi gratitud y ayudaría a completar la imagen que este libro debe darnos de una personalidad excepcional que, a orillas del río de la Plata, no fue ajena a ninguno de los movimientos intelectuales de nuestro tiempo.

Cuando recién egresado de la universidad vine a la Argentina, a zambullirme en el mundo algo inquietante de la "frontera india", percibí en Victoria Ocampo una simpatía y una atención que no siempre hallé entre colegas. Con su habitual generosidad contribuyó a facilitar el difícil viaje que emprendí en 1932 hacia la tierra de los enigmáticos Chipaya del desierto de Carangas. En uno de sus primeros números la revista Sur publicó el artículo en que yo describía ese "mundo perdido".

Victoria Ocampo —no tardé mucho en advertirlo— se complacía con mis relatos porque le presentaban una faceta poco familiar de la realidad argentina. Esta escritora a quien sus compatriotas reprochaban estar exclusivamente atenta a los movimientos europeos, se preocupaba por su país hasta la obsesión. Se empeñaba en descubrir los caracteres profundos que hubiese deseado expresar, un tanto a la manera de Keyserling, mediante símbolos o grandes abstracciones. Con la intransigencia de un universitario sin mayor experiencia de la vida, yo le oponía tenazmente un cuadro que creía objetivo, el que —ahora lo sé— exageraba las sombras.

La pasión que yo ponía en querer romper los mitos, nunca produjo en ella una reacción de impaciencia. Nunca percibí en su actitud la expresión de un amor propio nacional herido ante mis opiniones. Treinta años después, séame permitido agradecer su indulgencia y asegurarle que al fin he comprendido y juzgado mejor esta sociedad del "lejano Norte", para la cual fui demasiado severo. Si debiera retomar el hilo de nuestras conversaciones de antaño, le explicaría el juego de fuerzas sociales y económicas responsables de la miseria y de la apatía de esa población rural de la cual le hablé con excesivo pesimismo. Tomé tan a pecho el destino de los indígenas argentinos despiadamente oprimidos y masacrados, que no supe observar o comprender mejor el ambiente en el cual yo vivía. Lamento no haber sido mejor intérprete de aquel "lejano Norte" que ella conoció más tarde.

Pero, quizás más que por los hombres, se interesaba por el paisaje de esa Argentina todavía salvaje que no conocía. En esa época, para Victoria Ocampo la Argentina era ante todo la pampa, de la cual el carácter y las dimensiones son, según ella misma dice: "el reflejo de no sé qué paisaje interior que en nosotros se hace claro mientras nuestros ojos, abiertos o cerrados, permanecen ciegos a cuanto los rodea". La Argentina era un país de montañas y de malezas habitado por una población indígena o semi indígena. Difícilmente Victoria Ocampo hubiera podido conciliar la imagen que tenía de su tierra con el mundo andino y la melancolía de las llanuras herbáceas del Plata. Sin embargo, se empeñaba. En ese deseo de percibir, así fuese por interpósita persona, los diversos aspectos de la Argentina, se manifestaba —a mi juicio— su ferviente y discreto patriotismo.

Más que Argentina, Victoria Ocampo se deseaba también americana en el sentido continental del término. A través de las literaturas del Nuevo Mundo se complacía en descubrir temas o acentos comunes que los distinguían de los europeos. Recuerdo su alegría y su sorpresa cuando, gracias al film *Of mice and men*, comprendió que nada era tan parecido a una estancia argentina como una gran explotación del Oeste estadounidense.

La emoción que suscita en Victoria Ocampo la percepción de la realidad americana, jamás se tradujo en líricas efusiones. Haber cedido a un cierto romanticismo, permaneciendo clásica en las formas no es uno de sus méritos menores como escritora.

Pero volvamos a la etnología. ¿Es necesario recordar que gracias a Victoria Ocampo el gran público de habla española conoció la obra de Ruth Benedict *Patterns of culture*, que marca una etapa importante en la evolución de nuestra disciplina y que la revista SUR brindó siempre su hospitalidad a las ciencias humanas?

No era concebible que Victoria Ocampo, quien por la diversidad de sus dones, de su interés y de su actuación merece el bello título de humanista, permaneciera insensible a esta nueva manifestación del humanismo que la etnología intenta realizar. Ella percibió, mejor que los especialistas de su país el alcance de esta ciencia para nuestro conocimiento del hombre y las riquezas que ponía a nuestra disposición. Por ello es justo que entre los testimonios de admiración y agradecimiento reunidos en este volumen, figure también el de un etnólogo.

UNESCO, París, mayo de 1962.

De María Rosa Oliver:

Ni en Mil Páginas...

"Se trata de un homenaje a Victoria Ocampo" —me informa por teléfono una persona para mí desconocida que, a una pregunta mía, contesta: "Sí, puede ser un recuerdo, una evocación... pero que no pase de las tres páginas..." La advertencia me fragmenta en instantes una amistad que este año cumple treinta y cinco. Además, aunque en tres páginas lograra condensar con su color y su temperatura uno de aquellos instantes, la evocación sólo tendría sentido para quienes supieran medir en su extensión y profundidad el sentimiento en que ese momento se inserta.

La memoria es una pantalla en la que las imágenes se proyectan de manera muy caprichosa y sin el menor respeto por el orden cronológico. Al tratarse de Victoria, la primera que se ilumina me transporta al vestíbulo de un hotel parisino donde mi madre, diciéndome: "Mirá aquella preciosa con el que pierde el tiempo", me señala a una muchacha de pelo recogido en la nuca por un lazo de moaré negro que, sentada en el alfeizar de un ventanal, conversa con Maurice Rostand. Cambia la placa: desde el balcón de casa veo cruzar, con paso elástico y un paraguas bajo el brazo, desde la esquina de Florida y Charcas hacia la plaza San Martín, a una mujer que para mitigar el negro y la sencillez tanto de su traje como de su *canotier* se ha envuelto el cuello en un *foulard* del mismo rojo vivo que sus labios y a la que los choferes, los "mateos", el vigilante y un rezagado barrendero siguen con los ojos moviendo admirativamente la cabeza. Luego un fragmento de película sonora: oigo por primera vez la voz de Victoria.

Dice —no recita, no declama—, con cadencia que desentraña nítido el mensaje del poeta y tono cálido como ninguno, versos de Víctor Hugo, en la función que ella misma ha organizado para ayudar a los que, en ese año de 1922, padecen hambre en Rusia.

Aquella noche, quizá porque llevaba sobre la frente una media luna de brillantes, Victoria me recordó a Diana Cazadora, pero cuando, unos cinco años después, conversé con ella por primera vez durante una comida que Alfonso Reyes daba a Amado Alonso apenas llegado de España, toda analogía con algo que recordara el mármol me resultó falsa: con su piel color de damasco en sazón Victoria era frutal y la, para mi sorpresiva, timidez con que exponía su pensamiento me pareció el temblor de esos follajes lozanos pero sensibles al menor soplo.

Pasados unos meses, Victoria me llamó por teléfono: Waldo Frank le había sugerido que conversara conmigo sobre la posibilidad de editar una revista. A la tarde siguiente, en una casa con paredes de vidrio, clara, limpia de recovecos —hecha a semejanza del espíritu de su dueña— se inició sin preámbulos una amistad tan promisora de un para mí vital entendimiento que el proyecto de editar una revista se me redujo a incidental pretexto del destino para que nuestro encuentro se realizara.

Ello no obstante, a la sombra de Victoria en flor y de los copudos árboles de la barranca de San Isidro, pasamos las tardes de aquel comienzo de verano configurando, en detalle, la publicación que aún no tenía nombre pero sí una finalidad: reflejar América para el mundo, y el mundo en América. América estaba presente para mí en la fragancia de los jazmines y del heliotropo, en el Río sin otra orilla a la vista, en el México que Alfonso Reyes me descubría, en las islas del Centro a las que, llevada por su caudal de viviente cultura, Pedro Henríquez Ureña me acercaba; en el Whitman, el Chaplin y la flamante pléyade de novelistas norteamericanos de los que Waldo Frank nos había hablado; en el Buenos Aires de patios con luna y calles suburbanas que Borges iluminaba con luz nueva, en el campo que nos había limpiado de falso gauchismo Don Segundo Sombra, en la pampa rioplatense de Pedro Figari y en el hecho mismo de estar todos ahí, juntos, unidos, alentados por una esperanza ilimitada. Europa, y fuera de ella un poco del resto del mundo, eran transmitidos por Victoria, la España que comenzaba a iluminarse con nuevas luces,

era la arquitectura funcional de Gropius y Le Corbusier, era D. H. Lawrence y su afán de hallar el "corazón oscuro de la vida", era la poderosa expresión plástica de Sergio Eisenstein, era Huxley, Ortega y Gasset y eran los *spirituals* afroamericanos, y era Gandhi... Victoria buscaba un nombre para la revista. Ella cuenta cómo lo halló pero para mí lo pescó al mirar el cielo: durante una de sus largas caminatas se lo sugirió la más deslumbrante constelación austral. "Sur" nació ya bautizado, y con ajuar: bajo los jirones de corteza, los troncos de los eucaliptos nos dieron los tonos de mapa que llevarían sus tapas. Éramos previsores durante aquellas tardes estivales, serenas, transcuridas frente a un río tan color de rosa como el cristal con que yo veía entonces el acontecer del mundo...

Muchas de las voces que resonaban en los anocheceres azules se han callado, muchos de los cuerpos que en sus trajes claros animaban el jardín son ya ceniza, muchos de los entonces unidos en una idea las tenemos hoy divergentes y hasta opuestas: gran parte de lo que hoy creo mi deber decir no puedo decirlo en "Sur", y la línea política adoptada por "Sur" no está de acuerdo con mi sentir. Que así sea agrega nostalgia a mi evocación pero no amargura: al contrario, recuerdo aquellos días —y otros muchos, tantos que ni en mil páginas podría evocarlos— con trémula y siempre renovada emoción, porque en aquellos días que fueron, sin que entonces yo lo sospechara, un remanso en el curso cada vez más agitado de mi vida, arraigó para siempre en mí algo que los soplos huracanados que hoy nos sacuden y nos dispersan en distintas direcciones dejan incólume: mi cariño a Victoria Ocampo y la entrañable, confiada y fraternal amistad que me une a ella.

Buenos Aires, mayo de 1962.

De Jorge A. Paita:

A Victoria Sobre Victoria

(Carta abierta o historia de una ventana)

Querida Victoria:

En más de diez años casi no me he comunicado con usted de otro modo que así, tal vez porque compartimos una dificultad y un gusto: la de la conversación y el de las cartas.

Me conmueve y alegra poder escribirle ahora, cuando sus amigos de aquí y allá se conciertan para expresar el afecto, la admiración y la gratitud que usted supo siempre inspirar. Sólo me temo que estas líneas acaben siendo un monstruo, porque en verdad había proyectado un artículo sobre usted y he decidido ahora hacerlo convivir con esta carta. "Victoria Ocampo a través de sus ensayos". Es realmente un problema querer *objetivar* acerca de usted, pretender ejercer esa incitante imposibilidad. No somos de igual manera con todos. Cada uno despierta la vibración de ciertas cuerdas, y en algunos casos de modo exclusivo. Usted lo sabe. Pero empecé y sigo. Trataré de usurpar lo mejor posible esa facultad que es bien suya desde que decidió tomarse como tema de sus escritos.

No se equivocó Groussac al señalarle ese camino ni Montaigne (tan querido por usted) al asentir lejanamente con su ejemplo. Es *su* camino. Y aunque muy bien podría usted afirmar que no es ni más ni menos arduo que cualquier destino, a mí, desde mí, se me aparece muy de otro modo. Diría que infinitamente más complicado que hablarle a usted sobre Victoria Ocampo es ser Victoria Ocampo y hablar de ello; ser alguien así, en

función participante y compartidora, que es el modo más acentuado de su presencia. Al enunciarse ("enumerarse", estuve por decir) refiere usted a tantas cosas que, de no quedar señaladas por un estilo individualísimo, harían pensar que Victoria Ocampo no existe, que es un emblema encubridor de la participación literaria de varios escritores (apasionado cada uno por Shakespeare y Dante, por los contemporáneos, por los héroes y los santos, por la independencia de la mujer, por Ravel, Debussy y Strawinsky, por la verdad en todos los órdenes, por la libertad y la justicia, por el reino vegetal, por la arquitectura moderna, por el cine, por los libros ingleses, por los matices del francés, por las diversas lenguas que habla la poesía, por Europa en América, por América en Europa...). Claro que llevadas las cosas a este terreno se podría también aceptar esto: Victoria Ocampo existe, pero es una muchedumbre. Y no sé si en el caso de tener que elegir un error no me quedaría con el último. Pero indudablemente usted existe. Pero no voy a seguir hablándole a usted de usted sino de Victoria Ocampo.

He releído páginas de la autora de *Testimonios* (y leído otras que desde hacía tiempo me esperaban) y me he vuelto a encontrar con una inteligencia viva y varia, manifiesta en afirmaciones y negaciones de pareja energía. Encontré párrafos recorridos como por una corriente eléctrica de encarnizamiento interrogante, acotaciones saludablemente inconvencionales, paréntesis que encienden una cláusula, optimismos generosos y contagiosos, tristezas, alegrías, sonreídos escepticismos. Al tropezar en un ensayo sobre Virginia Woolf con unas palabras subrayadas hace tiempo ("¿Qué es Orlando? Tantas cosas a la vez como la literatura inglesa"), recordé un hecho reciente: cuando la recopiladora de los textos que integran este libro me hubo dicho: "escriba sobre lo que en ella le haya impresionado más, pero guarde el secreto porque no sabe nada", me quedé preguntándome frente al teléfono algo que yo creía saber sin habérmelo presentado nunca como cuestión: "¿cómo es Victoria Ocampo?". Pero empecemos (o sigamos) con lo que más me ha impresionado en ella. Enumero: su sinceridad, su afán de compartir lo que ama, su conocimiento de sí, su certero discernimiento de linajes humanos y sus reacciones frente a ellos, su inteligencia emotiva ("el intelecto y la emoción son vasos comunicantes"), su sensibilidad estética y moral, la amplia gama de esa sensibilidad, su talento

para describir situaciones anímicas, para narrar personajes de carne y hueso, su expresión directa que despierta y mantiene el interés en cualquier parte en que se abran sus ensayos, su seguro y vital saber de libros, su modulación del verso francés, la juventud esencial que implican una infatigable aptitud para la alegría y la indignación, su vehemente humorismo, capaz de convivir con la cólera, su horror por la solemnidad, su disconformismo, su honestidad con respecto a lo que no sabe o no está segura de saber, su "glotonería" frente al mundo en todas sus manifestaciones excelentes, su valentía, su fortaleza, su sensualidad espiritualizada, la madurez de sus juicios y lo infantil de sus impaciencias, su talento para admirar, su gratitud hacia los espíritus que la conmueven, su europeísmo legítimo y fecundo, su americanismo que eligió cortar por lo duro, sus estallidos siempre vivificantes en el letargo habitual del contorno, su activo respeto por lo que no comparte ("me he encontrado al encontrar nuestras diferencias", decía ya por boca de Optimio en *La laguna de los nenúfares*), su capacidad de trabajo, y esa envidiable facilidad para ser siempre ella misma por sobre los contrastes que la señalan.

Mi interés por esos contrastes subió de punto cuando creí descubrir en uno de ellos algo más que un motivo de vaga preocupación. Yo disentía con la reacción más habitual de Victoria Ocampo frente a la dualidad libro-escritor, obra de arte-artista, porque si puede ocurrirme que el conocimiento de una personalidad interesante me remita a su obra, difícilmente se dará la recíproca. Nada más lejos de la autora de "Historia de mi amistad con los libros ingleses", como es posible apreciar por este mismo ensayo: "No soy de los que creen que vale más no conocer personalmente a los escritores admirados, porque lo mejor de ellos está en sus libros y no en sus personas. No lo creo, porque no creo que sea saludable negarse a la realidad. La presencia real de los seres enseña sobre ellos lo que los libros no pueden trasmitirnos, si bien es verdad, en cambio, que los libros nos enseñan sobre ellos lo que no está a flor de mirada o a flor de palabra". Bien, no siempre estoy del todo de acuerdo con lo que Victoria Ocampo dice de Victoria Ocampo. Pero parece ser que ella tampoco: a continuación, da muestras de comprender ampliamente la posición que discute e insinúa que no es una pura curiosidad por los seres lo que la lleva a buscar su trato. Insinúa

muchas cosas; insinúa algo de lo que todavía no voy a hablar. Pero en otro artículo refiere un chasco que le valió su actitud: al conocer a Ravel (llegaba a visitarlo vivamente impresionada por su música) descubrió que "Ravel parecía ignorar a Ravel". "¿Cómo puede extrañarle?", me decía yo, y ya en otra etapa de mi excursión indagatoria hacia Victoria Ocampo: "¿qué busca?"

La presunción de que buscaba algo *a través* de los libros y obras de arte, algo que acaso no terminaba de encontrar tampoco en la relación con los creadores, me estimuló a buscar también. Lo primero que encontré fue un cuadro de oposiciones dinámicas del que doy cuenta: esta escritora siempre preocupada por lo humano vuelve a menudo los ojos a la naturaleza o a lo sobrehumano; esta ciudadana del mundo, de refinada cultura, no se puede pasar sin América, más próxima a la naturaleza, más afín al "alma y la sangre" que al espíritu; esta intelectual no termina de creer en los libros ("recuerdos más valiosos que una biblioteca") y reniega del intelectualismo académico: "Para mí los libros han sido siempre seres vivientes. Me interesaban por lo que eran para mí y poco por lo que otros decían que eran". ¡Asombrosa declaración, en un lugar donde la *cultura* suele ser cualquier cosa menos una necesidad de la vida diaria! Y también se le pueden referir las palabras con que evocó a Lorca ("¡Cuánta vida!") a quien siempre ha dicho de muchas maneras esto: "lo que se parece a la vida me gusta". Y sin embargo, qué familiaridad con la muerte, y qué veta humorística en esta denodada militante de grandes causas. Por último, esta meditativa que se recoge en reflexiones en torno de la belleza y la santidad, de "la flor y el fruto", no sólo reacciona ante los más variados acontecimientos públicos con una agilidad y agudeza que debe de llamar la atención a los mismísimos editorialistas de los diarios (diarios a los que, por otra parte, escribe abundantes cartas), también traduce el último libro que lee, se embarca en amistosas reyertas con Guillermo de Torre, con Sábato, con Murena, y dispone aún de aliento y papel para emprenderla contra algún exasperante agente del tránsito o contra los neutros amantes de las pérgolas ("pergoleros", según la designación que estuvo a un tris de proponer a la Real Academia Española...).

Reducir la serie de contrastes a una o más parejas más o menos análogas (acción-contemplación; intelecto-pasión, etc.). era un pasatiempo efímero, que hubiera parado en melancólico.

Cuando tuve ante la nariz la lista de oposiciones ya no sabía qué hacer con ella. Pero quiso el azar que se me encendiera de golpe cierto pasaje que menciona uno de mis grandes amores: una ventana. Repitiéndome "eureka" por lo bajo, busqué el párrafo en cuestión y lo encontré en *Le vert Paradis: "la redoutable leçon de français, devant une fenêtre ouverte sur des arbres"*. Bien, era algo: por esa ventana ya pude distinguir otra. Me refiero a un capítulo titulado nada menos que "El balcón", en el que se lee esto: "Aquel balcón iba a ser *su balcón* (el subrayado es del texto)... Yo sabía muy bien que lo único que podía ofrecer a Tagore era un balcón con vista al río. Que ese paisaje era el único regalo digno de él y que no olvidaría" (*Tagore en las barrancas de San Isidro*). Ya sentía miedo de estarme deslizando por un plano demasiado inclinado, cuando en un fugaz lugar de un ensayo crítico sobre la arquitectura de Buenos Aires descubrí a Victoria Ocampo tomando el té en Mar del Plata. Y ella nos dice cómo: "ante mi gran *ventana* abierta a la terraza" (el subrayado, desde luego, es mío). Poseído ya por ese particular frenesí que suele acometer a los cazaventanas, experimenté sin embargo, un ligero vértigo y decidí parar. Era bastante.

Las experiencias que comentan las palabras de *Le vert Paradis* y el párrafo referente a Tagore están muy lejos una de otra. En el tiempo. "¿De modo que le impresionan las ventanas?". Creí ver entonces que Victoria Ocampo, además de haber sido siempre una observadora penetrante, era una *distraída* fecunda.

Dicen los estudiosos de los símbolos por los cuales una naturaleza humana se expresa que la ventana es sinónimo de actividad consciente y afán de trascendencia. Es inseparable de la vista, el más intelectual de los sentidos, etc. Me parece bien, pero para lo que ahora me ocupa sólo importa algo que no sé si alguien se ha atrevido a decir, aunque se lo podría intentar de este modo: la *ventana* clasifica a los hombres en tres grandes familias: los que viven más acá, los que viven más allá y los que viven en o casi en la ventana. Al primer grupo pertenecen esos aplicados trabajadores que se dan en todas las actividades y que suelen ser bienintencionados, a veces exagerados o fanáticos, siempre un poco romos, siempre haciéndonos pensar que "no ven más allá de su nariz". Del segundo participan esos que a veces no *hacen* nada, naturalezas angélicas que, con matices, gestos, cierto desapego esencial, la proclividad a pensar todo el tiempo o a mezclar sueño

y vigilia o a obrar por medios muy sutiles suscitan a menudo la acción de los primeros y dejan siempre la impresión de no estar, de no ser del todo de este mundo. Al tercer grupo pertenece Victoria Ocampo. Se trata de una raza de eternos desgarrados o eternos belicosos o eternos conciliadores, que obra y duda, que tiene fe en la medida en que se interroga.

Son los que establecen la *ventana* que divorcia y casa dos mundos: acción-contemplación, intelecto-pasión, Europa-América, naturaleza-espíritu, libros-vida, vida-muerte, clases de francés-paisaje. En el caso de nuestra ensayista el interrogarse no es siempre literal sino vital, por eso va dejando que su intuición la divida, la lleve en distintas direcciones (eso que justamente mienta en sus raíces la palabra "distracción"). En adelante llamaré a los contrastes de Victoria Ocampo *distracciones*, distracciones fecundas, porque en el origen de su camino, en su *vert Paradis*, sigue aún sentada una niña que sobrelleva los dictados de la gramática y la tabla de multiplicar junto a una ventana abierta a los árboles.

La *ventana* se insinuaría luego en la propia labor literaria y las *distracciones* también señalarían aquí impaciencias, cansancios o disgustos por el estricto *más acá*, por el cerrado mundo de los negocios humanos. Entonces uno accede al reino de los animales para satirizar a los hombres, como en *La laguna de los nenúfares* (donde se descubre que el país de las hadas existe dentro de cada uno), o mira transcurrir a los hombres, desde la femenina serenidad de los árboles, como ocurre en *Habla el algarrobo*, o se asila en la vaga república del perfume (¿de qué flores?), durante los viajes en tren de Retiro a San Isidro. Claro que, no son más que respiros para volver a la tabla de multiplicar. En seguida habrá que decirle a la mujer que debe educarse y emanciparse si quiere salvar a la humanidad futura y acusar a la ciudad del Plata por construir casas ofensivamente feas y deplorar los horrores de la guerra y el totalitarismo en Europa y escribir aquí lo que aún se podía escribir (o lo que ya nadie sabía si se podía o no), cuando poco a poco todas las voces iban callando...

Pero también en los dominios del espíritu se iba a descubrir la línea de inquietud, y de angustia a veces, que invitaría a ver cada vez más allá. ¿Más allá de qué? Más allá del mero escritor, del artista, pobladores al fin, también ellos, de la experiencia cotidiana. Así se da el culto del héroe (T. E. Lawrence, Richard Hillary), que es siempre un esforzado tanto en el orden físico

como en el moral, y luego el del santo o cuasi santo (Gandhi, Tagore). La *ventana* tiene a veces color de noche, cuando Victoria Ocampo les dice a sus muertos queridos lo que más había querido decirles siempre. Y es por este ejemplar absoluto de *ventana* que va adquiriendo caracteres cada vez más nítidos otra dimensión de sobrehumanidad.

Victoria Ocampo fue siempre un temperamento religioso, aunque no confesional, y ella misma lo dijo o lo insinuó a veces aunque haya tardado en hablar de Dios.

Entre una vivencia y su expresión plena suele haber años: en 1941, con motivo de la muerte de Tagore, recuerda estas palabras del poeta: "Mis cantos me han llevado a lo largo del día hacia la región misteriosa del placer y del dolor, y ahora ¿hasta el portal de qué palacio me han traído en la tarde mientras mi viaje termina?", y acota: "¿Hasta el portal de qué palacio? Yo lo descubriré como él acaba de descubrirlo. Desde la reja no puedo todavía entrever nada a través de los barrotes". Más adelante, en el mismo escrito, cuenta cómo turbaron su ánimo los primeros poemas que leyó de *Gitanjali* y nos comunica sus impresiones. Copio: "Lloro. Leo. Mme. R. llega y se inquieta: '¿Qué hay?' Cómo explicarle que no hay nada, y que sin embargo lo que ya me está pasando hoy sin que yo lo sepa de manera precisa, lo que ha de pasarme mañana, acaba de serme revelado instantáneamente, como un paisaje desconocido a la luz del relámpago, en la noche. Apenas el tiempo necesario para reconocerlo, para orientarme en él: rocas al frente y un árbol solitario, una montaña, un solo sendero para escalarla". Lo singular es esto: casi veinte años después de escrito ese artículo, en *Tagore en las barrancas de San Isidro*, da otra versión del primer contacto con los poemas del indio y en ella manifiesta, ya "de manera precisa", lo que tal vez no sabía del todo al ocurrir el hecho y al narrarlo por primera vez. También es probable, creo, que sólo en esta segunda relación se haya atrevido a comunicar los pensamientos que acompañaron a las impresiones trasmitidas en la primera, pensamientos que, por otra parte, rozaban una experiencia íntima que tampoco se menciona en 1941. Copio: "Yo no creía en Dios, en el Dios vengador, exigente, mezquino, implacable, limitado que habían tratado de imponerme. Pero la incredulidad ocupaba un lugar inmenso en mi vida. Y ese lugar inmenso era un inmenso vacío, una continua presencia de Dios por ausencia". Luego viene

la evocación de aquellos versos leídos por primera vez y en seguida esta confesión: "¡Dios de Tagore —pensaba yo—, Dios que no quieres ponerme a cubierto de nada y que no temes ni me reprochas el olvido en que te dejo! ¡Dios oculto que sabes que siempre te buscaré!" Y más adelante: "¡Dios de Tagore, pensaba yo, quién ignora, sin saber a veces nombrarla, la angustia de la separación! ¡Y ese apetito de unidad que tanto en Occidente como en Oriente es amor!"

Al llegar a este punto di por resuelto mi viejo pleito. Era una etapa en el desarrollo natural de un espíritu religioso lo que impulsaba a Victoria Ocampo al comercio con los creadores cuyas obras la habían impresionado. Esa "angustia de la separación", ese "apetito de unidad" (otra vez la *ventana*, que relaciona y segrega) la movían ya hacia la instancia superior de lo humano (el hombre creador), cuando otras categorías de sobrehumanidad no habían alcanzado aún pleno desarrollo en el horizonte de su vida. No sólo el ansia de conocer almas singulares, no sólo el afán de gratitud, pues. Siempre he creído que el grande hombre sólo lo es cuando lo visita la grandeza y por ella; que el artista es artista sólo en el instante de oro de su inspiración, cuando se excede, cuando tal vez sin saberlo o quererlo del todo es algo más que él mismo. Por eso pienso que Victoria Ocampo reclamaba del creador, además de la lección que siempre procura el contacto con una existencia superior, lo que constituyendo lo mejor de él no termina de confundirse con él. Y acaso ese reclamo actúe en toda relación profunda de Victoria Ocampo con otros seres humanos. Una prueba parece ser el hecho de que nunca habló mejor con sus seres queridos o admirados que al saberlos definitivamente más allá de los días. Lo más entrañable del diálogo —pues se siente que no es monólogo— se reservó siempre para esa ocasión, cuando el verdadero interlocutor —eso de más intransferible que hay en cada cual, ese "país de las hadas" de cada uno— no sólo no ha muerto con el yo vulnerable del otro sino que ni siquiera podrá ser ya alterado por el paso de cada hora. Claro que todo esto no se me ocurrió a mí, no se me hubiera ocurrido de no habérmelo sugerido la autora de "Historia de mi amistad con los libros ingleses", en líneas inmediatas a las copiadas más arriba y que, ahora sí, ya puedo citar. Copio y subrayo: "Los héroes y los santos están obligados —a riesgo de no ser ya héroes ni santos— a poner la perfección, o lo que se le parece, en sus

vidas, mientras que los artistas pueden, sin dejar de merecer ese título, ponerla sólo en sus obras. Es lo que en ellos suele desencantarnos y es lo que parece justificar a quienes prefieren no exponerse a esa decepción.

"*Los que hemos transferido a los grandes escritores nuestra parte de credulidad* hemos tenido que soportar decepciones de esa clase. Con todo, *un buen día acabamos por comprender que es nuestra la culpa y que si lo que necesitábamos eran héroes y santos, no teníamos más que buscarlos en otra parte.* Pero la cuestión es que son precisamente los escritores los que nos interesaban y nos siguen interesando de manera particular. *Quizás esté en el destino del hombre exigir o por lo menos desear siempre lo imposible, es decir, lo absoluto, lo perfecto, mientras su naturaleza está hecha para lo relativo, lo imperfecto; ese relativo, ese imperfecto que, a pesar de estar de acuerdo con su naturaleza, no satisface nunca al hombre y le parece con frecuencia intolerable*". Estas observaciones son parte de una conferencia pronunciada en 1940, es decir considerablemente anteriores al escrito sobre Tagore en que se menciona expresamente una vivencia de tipo religioso, aunque en rigor no se trate de fechas de almanaque sino de una cronología interior menos susceptible de datas precisas. Tampoco se concluye de esto que ese desarrollo de un espíritu religioso, a que aludí, se haya cerrado en un misticismo excluyente. Nada, por ahora, parece más ajeno a Victoria Ocampo. Los sucesivos hitos de la trayectoria que desemboca en la mención del "Dios de Tagore" siguen teniendo vigencia y a lo sumo es probable que se hayan ordenado interiormente en planos jerárquicos. Así, pues, en la historia de esta *ventana* hay capítulos: *El artista, El héroe, El santo, El "Dios de Tagore"* ... Al iniciar a Sócrates en los misterios del amor, Diotima le explicaba que era necesario amar primero a los cuerpos bellos para llegar a amar la belleza de las almas. Tal vez otra Diotima (o la misma) le fue enseñando a Victoria Ocampo que, entre lo bello y lo divino, también se ordenan etapas para el amor.

Hay capítulos y hay correlaciones: tal vez al interés por el mundo animal (es posible hallar en algunos ensayos explicaciones de rostros y actitudes humanas hechas a partir de la zoología) corresponda el culto del héroe y al amor por las plantas y los árboles ("usted, a su edad, todavía no sabe verlos", me dijo Victoria una vez) el creciente interés por el santo. No es nada impo-

sible que los héroes estén en baja, y si es cierto que la admiración hacia ellos estuvo siempre acompañada de una maternal y a ratos burlona ternura, este último rasgo aparece acentuado en *Habla el algarrobo*, donde sorprende que dos personajes, Mariquita Telle Echea y el algarrobo, en distintos lugares y con referencia a San Martín y Pueyrredón, pronuncien la misma frase: "mis dos generales". La sorpresa remite en seguida a un tercer *personaje* que comparte con los otros esa enternecida ironía y que no me parece muy difícil de identificar.

Si en el itinerario esbozado se han ido sucediendo temas y motivos, el instrumento expresivo se ha transformado también. Si "inteligencia y emoción son vasos comunicantes", la etapa del *santo y el árbol* —la plena madurez de un estilo, creo yo— significa una transferencia de valores a favor del primer término de esa dualidad. No es que la prosa de Victoria Ocampo se haya vuelto simplemente más intelectual; diría, sí, que es más serena, como son más serenas la santidad y las plantas en comparación con los héroes y la animalidad. La emoción se ha adelgazado y trasfundido a la inteligencia sin perder intensidad. Parecería que ya no hay cierta prisa por decirlo todo a la vez, índice quien sabe de pugna entre ambas facultades. Ahora colaboran, por lo que abunda el relato indirecto en contraposición a las frecuentes (y sabrosas) interpolaciones coloquiales de los primeros tiempos. La frase se desnuda en descripciones más precisas y demoradas, donde el sentimiento es más llegador, tal vez por más contenido. El *tempo* elocutivo, de vivaz y fluctuante, se ha vuelto caudaloso y acelerado en direcciones más precisas y el tono, frecuentemente cargado de melancolías, deja emerger cautelas, aclaraciones (menos belicosas, tal vez más amargas) frente a sospechadas incomprensiones del prójimo. No he ahondado estas observaciones, que por ello anoto como muy provisionales; el azar que me llevó a cotejar dos escritos de distinta fecha sobre Tagore me permitió apenas rozarlas. Pero precisamente en esos dos ensayos hay un ejemplo de los cambios que menciono: en el primero, el retrato del poeta, tal como fue visto por primera vez por la autora, es muy vivaz y breve y concluye cortado por estas palabras: "Tardé bastante en vencer la timidez que me paralizaba en su presencia". En el segundo retrato, escrito con años de diferencia, la gran subjetiva hace derroches de objetividad. La referencia al estado de ánimo se hace al principio, como para que no estorbe a la descripción.

Después sigue un párrafo hermoso y recordable, en el que todo se hace presente y visible, aun lo que la autora no podía *ver*. Pero lo único importante de todo esto es que lo fundamental no ha variado: la feliz coincidencia de Victoria Ocampo consigo misma. Esa viva correspondencia entre un movimiento interior del ánimo y un trazo expresivo exterior que es lo único que nos permite hablar en rigor de estilo.

De todos modos, si resultare verificable ese proceso de intelectualización o acendramiento de los sentimientos, bordearíamos otro problema que apenas quiero apuntar: Con facilidad se habla en literatura de "sentimentales" e "intelectuales", "cálidos" y "fríos", etc., pero ocurre que algunos escritores notoriamente intelectuales se mueven *a partir* de vivencias de orden emocional; son los sentimientos los que generan en ellos la actividad de la inteligencia (pienso en Borges, que habló precisamente de su "pensativo sentir"), en tanto que otros autores que podrían pasar por emotivos puros suelen ser de índole intelectual y manifestación patética. Aunque en este caso, como en otros análogos, sean inencontrables en la realidad los tipos puros, yo creo que Victoria Ocampo se halla más próxima al último de los polos que he señalado. No es infrecuente encontrar en sus escritos que las ideas que maneja vayan acelerando y encendiendo el discurso hasta quedar a veces sobrepasadas por el mismo proceso que desencadenaron. He creído observarlo en artículos de vieja data, no en los últimos en que, como ya dije, las emociones parecen ir conducidas de buen grado por la inteligencia. Para quien se interesare por este punto señalo expresamente un ensayo fechado en 1935 y titulado "El despuntar de una vida" (*Testimonios*, segunda serie). Hacia el final de ese trabajo la propia autora advierte y declara algo que está en directa relación con lo aquí comentado.

Ha llegado la hora de cerrar la *ventana* (y no sobra aclarar —no nos ocurra lo que a Keyserling— que toda esta historia no pretende ser otra cosa que una ficción aproximativa, refutable, fantástica, parcial, malignamente "interpretativa", provisional, tuerta, telescópica, etc., etc., etc.), y debo confesarme y confesar que no tengo una definición satisfactoria de Victoria Ocampo. Claro que tampoco hubiera podido proponerme seriamente encontrarla, porque si la tarea de rotular no está acaso del todo desprovista de moderados encantos, es imposible dejar de reconocer que los rótulos son irremediablemente odiosos. Por ello, arrostrando

el peligro de ser odioso de la mejor manera posible en materia de rótulos, es decir, adoptando el rótulo más general y cierto, podría aventurar que, si *Orlando* es "tantas cosas a la vez como la literatura inglesa", Victoria Ocampo es tantas cosas a la vez como la revista que fundó y dirige. Y si se considera que "Sur" acogió en treinta años manifestaciones de lo más importante del quehacer intelectual mundial y ha sido al mismo tiempo el medio de expresión más representativo de la literatura local, todo está dicho. Pero no todo: en plena posesión de su madurez expresiva, Victoria Ocampo nos promete páginas tan valiosas como las muchas escritas hasta hoy, ensayos de indudable perduración en nuestras letras, como algunos ya mencionados, o como ese excelente titulado *Supremacía del alma y de la sangre* o como los dedicados a esclarecer la misión que compete a la mujer en esta etapa de la historia y a establecer y destacar la obligación primera del intelectual: la verdad según su conciencia. Nos promete confidencias de indignado humorismo, como las que describen a un Keyserling que la llamaba "anaconda" y que se enfurecía cuando ella le comparaba la boca con la del mandril. Nos promete fábulas para el teatro como las dos que conocemos, y aun, en el marco del ensayo, esos ricos fragmentos que desbordan hacia otras zonas de la literatura: situaciones de corte novelesco o dramático que son al mismo tiempo documentos preciosos, como el encuentro de Gide con Tagore, o re-creaciones de personajes de carne y hueso como Lawrence de Arabia o descripciones logradas y diálogos precisos y vívidos o verdaderas narraciones como "Racine et Mademoiselle", "El árbol", "Malandanzas de una autodidacta" y ese estupendo relato que es "Fani", acaso sólo comparable en valores emotivos a las "naderías" que le concede a Ricardo Baeza *post mortem*, luego de haber escrito "nadas" y al evocar las cariñosas guerras libradas con él por motivos lingüísticos. Pero yo no sé ni puedo saber cómo será lo que Victoria Ocampo nos escribirá ahora (acaso todo eso de otro modo, acaso algo totalmente distinto), ahora que me parece oir, no leer, estas palabras suyas: "la capacidad de crear no es sino una facultad adivinatoria, una manera de inscribir nuestro enigma en el universo y entrar en comunicación con él".

Victoria: Pensaba hace un momento en un hecho relacionado con la deuda que todos tenemos con usted en este rincón del mundo. Al salir con una amiga de la representación de *Recordan-*

do con ira, comentábamos que, de lo bueno que aquí se ve y se lee, una parte muy valiosa se ve y se lee porque usted la ha leído antes y se ha tomado el trabajo de señalarlo o traducirlo. Creo que hasta quienes discrepen con usted deberán convenir en esto.

No sé cómo hubiera sido el lugar geográfico en que mal o bien nos movemos ("mal o bien", como todo lugar común, nos ahorra difíciles y a veces indecorosas precisiones) sin la influencia rectora y alertante de "Sur". Todo hubiera sido muy distinto, y sobre todo más arduo, para los poquísimos que aquí, como en todo lugar y tiempo, se interesan de veras por la literatura.

Acaso nunca le dije esto e ignoro si otros, se lo han dicho. Pero usted ve: la voz no cuesta cuando está poblado el silencio. Y no puedo omitir, aunque no se me escape su inoportunidad, la referencia a otra deuda, mía exclusivamente: de no haber fundado usted su revista no sólo yo no escribiría ahora estas líneas: no sé si escribiría ni si hubiera escrito nunca. Usted, sin tener yo más mérito que la audacia ni más recomendación que mi impulso, tuvo la generosidad y la paciencia de corregir mis primeros palotes literarios. No lo he olvidado ni lo olvidaré nunca, Victoria. Pero no es eso solo: al releerla descubrí que he aprendido de usted muchas cosas, muchas que tal vez creía haber pensado yo solo o haber sacado de no sabía dónde, y descubrí que no había aprendido del todo otras o las había olvidado. Y sé que sólo reconozco la deuda. No la pago, ni quiero. Por debilidad, porque pertenece al único género de deudas que nos enriquece, no he podido dejar de nombrarla aquí, junto a los muchos motivos de admiración y reconocimiento que con tantos comparto.

Afectuosamente.

Buenos Aires, junio de 1962.

De Octavio Paz:

El nombre y la persona de Victoria Ocampo evocan una columna, una cariátide o un alto monumento conmemorativo en el centro de una gran plaza. Sol, luz y un espacio regido por una arquitectura noble. Estas imágenes no son caprichosas ni fortuitas. Para casi todos los escritores hispanoamericanos la vida y la obra de Victoria Ocampo son inseparables de la revista "Sur". Y "Sur" fue para nosotros templo, casa, lugar de reunión y confrontación. ¿Cómo no ver en su directora al Pilar de la casa de las letras? Pilar, soporte o cariátide, Victoria es algo más: la fundadora de un espacio espiritual. Porque "Sur" no es sólo una revista o una institución: es una tradición del espíritu. Publiqué algo en la revista, por primera vez, hacia 1939, invitado por José Bianco (un nombre y un hombre que también se confunden con "Sur"). Desde entonces, escribir para "Sur" nunca ha significado para mí colaborar en una revista literaria sino participar en una empresa que, si no es la verdadera vida espiritual, tampoco es la vida literaria en su acepción corriente. Lo que fue para los europeos la "Nouvelle Revue Française", es para mí "Sur": las letras concebidas como un mundo propio —no aparte ni enfrente de los otros mundos—, pero jamás sometidas a ellos. Las literaturas de la libertad dependen siempre de esta o aquella idea de la libertad: "Sur" es la libertad de la literatura frente a los poderes terrestres. Algo menos que una religión y algo más que una secta.

La otra tarde un hombre inteligente y sensible me decía que el único monstruo bello creado por el helenismo era la Victoria de Samotracia, y eso gracias a que el azar le había roto los brazos: antes, algo sobraba, las alas o los brazos. Victoria Ocampo es un Pilar pero no es una criatura mitológica: tiene brazos y manos, voluntad e imaginación, cólera y generosidad. Y con

todo eso ha hecho lo que nadie antes había hecho en América. No le sobran las manos: con ellas escribe y con ellas construye. Cuando pienso en ella, la veo en su ademán más noble: la mano abierta, dispuesta a estrechar otra mano.

París, 8 de abril de 1962.

De Marguerite Yourcenar:

...Yo admiro todo lo que Victoria Ocampo ha logrado hacer en la Argentina y de manera general en los países de habla hispana, por la literatura francesa; manifiesto una vez más el gran placer que tuve cuando apareció en Sur en 1952, la traducción de uno de mis ensayos. Sin embargo, estoy poco informada sobre la génesis de Sur, su acción y su programa actual para escribir unas líneas respecto de la revista. Me indignó la odiosa persecución de que fue objeto Victoria Ocampo durante el régimen peronista y en su momento tuve ocasión de escribirle más de una vez para hacerle llegar mi simpatía, pero como todos los hechos los conozco a medias y desde lejos, no puedo tampoco a este respecto, escribir largamente. Como no deseo caer en simples generalidades, me excuso, en consecuencia, de que sólo pueda encontrarse en estas líneas la expresión de mi admirativa simpatía por una de las personalidades de nuestra época que más ha contribuido a mantener vivo el concepto de literatura, con todo lo que ello comporta de intercambio entre los espíritus y por encima de las fronteras.

Northeast Harbor, Maine, agosto 1962.

1979 - 1980

RECUERDO

(*de una carta a una amiga argentina*)

Febrero 24, 1979

Recién hoy me he enterado por una carta de Krishna Kripalani (quien fue secretario de Tagore y después se casó con Nandita, nieta de éste), de la desaparición de Victoria Ocampo. Esta noticia me ha producido una enorme tristeza.

Su casa, encantadora, era un trozo de India en la lejana Argentina. Ella fue muy buena amiga de mi país, y tenía una profunda comprensión de nuestra cultura. Durante mi viaje a Buenos Aires, organizó un almuerzo espléndido en el que tuve ocasión de conocer un grupo de argentinos brillantes.

No tengo dirección ni he quedado vinculada a ningún miembro de su familia, sólo a usted puedo hacerle llegar mi pena.

Sinceramente,

INDIRA GANDHI

De Silvia Angélica García Ocampo:

Para Victoria Ocampo que tantas cosas me ha enseñado, tiernamente.

Cuando en otoño
las hojas de los árboles
cambien de color,
cada árbol
será como el ocaso de una diosa.
Cuando luego las hojas caigan,
cada hoja será una lágrima
derramada para vos.
Cuando la última flor de caña
exhale su último perfume,
será para vos.
Cuando la última retama
exhale su último perfume,
será para vos.
Cuando todas las flores
exhalen sus últimos perfumes,
serán para vos.
Cuando florezca la santa rita,
florecerá para vos.

Te extrañan las barrancas
y te extraña el río.
Te extraña el cielo
y te extraña el sol.
Te extrañan las palmeras y el ombú.
Te extrañan las tipas
y te extraña el tilo.
Te extrañan los jazmines.
Te extrañan las tumbergias.
Te extraña el verde césped.
Te extrañan los caminos tantas veces
transitados con amor.
Te extraña el eucalipto centenario.
Te extraña la glorieta solitaria.
Te extraña el solitario cedro azul.
Y yo te extraño.
Te extrañan mi infancia, mi adolescencia,
mi vejez.
Te extrañan tus anteojos
y los libros que has leído.
También te extrañan los libros que no
has leído.
Te extraña el dolor que has sufrido.
Te extraña la pluma con la cual escribías
y el papel en el cual escribías.
Te extraña la música
que no volverás a oir
(o que tal vez oigas ahora mejor que yo).
Te extrañan las palabras de poetas
por vos dichas,
que siempre mejoraste con tu inolvidable voz.

1979.

De KRISHNA KRIPALANI:

VICTORIA OCAMPO

Puente cultural entre tres continentes

El 27 de enero de este año el mundo perdió una de las más talentosas y destacadas mujeres del siglo. Nacida en la Argentina, Victoria Ocampo se convirtió en un puente cultural entre tres continentes: las Américas, Europa y Asia. Es una pena que una noticia como ésta no haya sido comentada por la prensa de India, ya que se trata de la partida definitiva de una personalidad tan notable, que no solamente encontró inspiración en nuestro país, sino que inspiró en gran medida la poesía lírica del poeta moderno más grande de India. Citando a St. John Perse, ella escribió en sus Memorias: "Sólo hay historia del alma". Y en la historia de su alma dos de las influencias más perdurables fueron Gandhi y Tagore.

Nacida en 1890 en una vieja familia aristocrática, Victoria Ocampo fue educada en la casa paterna por institutrices francesas e inglesas y pronto adquirió maestría en estos idiomas, a los que agregó más tarde el italiano, para leer a Dante. Joven, hermosa, enérgica, inteligente y rica, la tentación de dejarse arrastrar a una intensa vida social ha de haber sido grande. Y por un tiempo participó de ella. Pero una innata sensibilidad espiritual la alejó de las frivolidades sociales y la llevó a enfrentar la vida con fervor. Un matrimonio desdichado, junto a la desilusión amorosa, desembocaron en una crisis espiritual en la que cayó cuando recién había entrado en sus veinte años. Fue entonces, en 1944, cuando tuvo lugar su primera aproximación a Tagore, a través de la hermosa traducción del *Gitanjali*, que realizó André Gide. En un artículo escrito a mi pedido para el volumen que en el Centenario de Tagore,

en 1961, editó la Sahitya Akademi, ella misma describe la experiencia:

"Cuando *Gitanjali* llegó a mis manos, fue una doble bendición, porque en ese tiempo yo estaba pasando por una de esas crisis de las que uno imagina que nunca podrá salir con vida. Yo sentía la necesidad de confiar en alguien y ese alguien sólo podía ser Dios. Yo no creía en Dios, en el Dios vengador, exigente, mezquino, implacable, limitado que habían tratado de imponerme. Pero la incredulidad ocupaba un lugar inmenso en mi vida. Y ese lugar inmenso era un inmenso vacío, una continua presencia de Dios por ausencia. La ausencia hablaba: 'Sólo hubieras podido confiarte a mí. Sólo conmigo puedes hablar. Sin mí quedarás perdida en la soledad. Sólo un dios podría entender tu sobrehumana congoja'. Abrí el *Gitanjali* en ese estado de ánimo: 'Vienen con sus leyes y su código para atarme estrechamente; pero yo me escapo para siempre, porque sólo espero al amor para entregarme al fin en sus manos.'"

"El amor de que hablaba Tagore en sus poemas no era el que me angustiaba; pero se dirigía a Aquél a quien se podía hablar de ese amor profano y, para mí, sagrado; ese amor que según Péguy, el gran católico, es como 'la imagen y el comienzo, el cuerpo y el ensayo' de otro amor. Otro amor en donde ya no domina esa sangre de la arteria, esa sangre de la vena que tan pesados y terrenos nos vuelven. Yo era el 'gibier traqué dans les battues' por el que rezaba Péguy. Estaba amasado con una humilde arcilla, y lo sabía. Por eso lloraba de alegría y de enternecimiento al leer unos poemas que llegaban a mí de tan alto y de tan lejos sin darme la sensación de la extranjería."

Pasaron diez años antes que se produjera el encuentro con Tagore cara a cara. Fue en noviembre de 1924. Entre tanto Victoria se había iniciado como escritora y sus artículos sobre "Dante", "Ruskin" y "Mahatma Gandhi" habían sido publicados en "La Nación", uno de los principales diarios de la Argentina. Es interesante recordar que escribió sobre el Mahatma mucho antes que sobre Tagore. Al conocimiento del Mahatma había llegado al leer el libro de Romain Rolland sobre Gandhi e inmediatamente comprendió su mensaje. Esa comprensión creció con los años. Aunque nunca estuvo con el Mahatma cara a cara, lo vio a la distancia en ocasión de una conferencia de Gandhiji en París, en su viaje de re-

greso a India después de la Conferencia de la Mesa Redonda en Londres.

Tagore estaba en viaje a Lima, invitado por el gobierno peruano para participar en la celebración del centenario de la independencia de ese país. Cuando el barco alcanzó la costa argentina, el poeta enfermó seriamente de gripe. Su compañero y secretario, el brillante y talentoso inglés Leonard Elmhirst, insistió en la conveniencia de desembarcar en Buenos Aires y se alojaron en el Plaza Hotel. Atentos al estado de salud del poeta, los médicos temieron que su corazón no pudiera soportar el cruce de los Andes y Tagore se vio obligado a cancelar su visita al Perú. No conocía a nadie en Buenos Aires, pero Victoria, al enterarse por los diarios que el ídolo de sus primeros años juveniles estaba en la ciudad, no perdió tiempo en correr al hotel y persuadir a ambos, Tagore y Elmhirst, a aceptar la hospitalidad que les ofrecía al brindar su casa en San Isidro, fuera de la ciudad.

Dejemos que ella misma cuente la historia:

"Cuando los ocho días que en principio tenía que pasar Tagore en San Isidro se transformaron en meses, no puedo asegurar que en mi fuero interno no bendecía esa gripe oportuna, que por otro lado me inquietaba. Yo no vivía en Miralrío. (Nombre de la villa donde estaba él). Dormía en la quinta de mis padres. Pero iba diariamente a casa de Tagore y almorzaba, o comía con él. Como mi cocinero y toda la gente que estaba a mi servicio había pasado a Miralrío, incluso cacerolas, cubiertos y platos, no me quedaba otro remedio. Feliz cocinero, feliz mucama y mucamo, pensaba yo. En la medida de lo posible, quería que Tagore se sintiera como en su propia casa. Mi presencia continua podía molestarlo —temía yo—. Me eliminé en ciertas ocasiones por eso. Me habría retorcido el corazón para serle agradable.

Lo cierto es que cada instante pasado lejos de Gurudev me parecía irremediablemente desperdiciado, perdido. Era algo así como si después de haber sacado la grande me contentara con llevar el billete en el bolsillo, sin atreverme a cobrarlo. Maldecía mis escrúpulos.

Desgarrada entre mi discreción y mi avidez, entre mi timidez y mis deseos de no perder ni una migaja de aquella 'presencia', iba a menudo a hablar con el cocinero, o alguno de los otros dos sir-

vientes para consolarme. Ellos tenían el privilegio de vivir más que yo con mi huésped.

Poco a poco aprendí a conocer personalmente a Tagore, a adivinar sus estados de ánimo. Poco a poco Tagore domesticó al joven animal salvaje y dócil a la vez que era yo, y que no dormía, de noche, en el piso de baldosa, detrás de su puerta, como un perrito cualquiera, simplemente porque estaba fuera de los usos y costumbres."

Ni los dioses pueden resistir devoción tal. Eso aseguran los santos. Tagore era solamente un ser humano. Estaba profundament conmovido y agradecido. Que también era feliz en un sentido verdaderamente creativo surge de la abundante poesía tierna y exquisita que escribió durante su estadía en San Isidro y tiempo después. Esos poemas fueron publicados al año siguiente bajo el significativo título: *Purabi*, la cariñosa melodía del atardecer de su vida y dedicado a Vijaya (Victoria en sánscrito), nombre que empleaba al dirigirse a ella. En un ejemplar del libro que le enviara desde Calcuta, Tagore escribió: "Le envío un libro de poemas en bengalí que desearía poner personalmente en sus manos. Se lo he dedicado a usted, aunque nunca podrá saber lo que ellos dicen. Un gran número de estos poemas fue escrito mientras estuve en San Isidro... Espero que este libro tenga la suerte de estar con usted más tiempo del que tuvo su autor."

Reclinado en un cómodo sillón en el balcón de la villa frente al río de la Plata que fluía ante él. Tagore estuvo tan descansado y feliz que pronto recuperó su salud. Pero como ocurría a menudo en su caso, cuando se sentía feliz la conciencia le aguijoneaba. ¿Tenía el derecho de ser tan feliz cuando en su país la agitación política crecía y estaba siendo despiadadamente humillado por gobernantes extranjeros? Así, el 4 de enero de 1925 él y Elmhirst emprendieron el regreso. Tagore pensaba que esa era una respuesta valiente al deber que él tenía ante la situación de su país. Pero no tardó en comprender que su estadía en San Isidro había estado lejos de ser ociosa o inútil. En realidad, había sido altamente creadora. Escribiéndole a Victoria desde Santiniketan confiesa: "Usted manifiesta pena en su carta porque no pude permanecer en su hermosa casa del río hasta el fin del verano. No sabe cuánto y con qué frecuencia he deseado que así fuera. Tenía yo una sensación de deber no cumplido que me llevaba a considerar ese dulce rincón como un sitio

de aparentemente fútil ociosidad; sin embargo, hoy he descubierto que mientras estaba allí, mi canasta estuvo llenándose diariamente con recatados ramos de poemas nacidos a la sombra de esas horas que yo creía ociosas. Puedo asegurarle que la mayoría de ellos seguirán mostrando su frescura mientras las torres laboriosamente construídas de mis actos benéficos se hayan perdido en el olvido".

Parte de esta "aparentemente fútil ociosidad" fue que el poeta mismo hubiese advertido otro aspecto de su genio, hasta entonces ignorado. Era ya viejo su hábito de hacer "doodles" (manera inglesa de denominar los garabatos que uno hace cuando está distraído o preocupado por otra cosa), convirtiendo las tachaduras en los manuscritos de sus poemas en dibujos de formas extrañas. Al verlos, Victoria quedó fascinada. Con su perspicacia femenina, advirtió de inmediato el talento de Tagore como pintor, y lo persuadió para que pintara por el placer de pintar. Al carecer de entrenamiento formal, Tagore necesitaba confianza para atreverse a esgrimir el pincel, aunque sobraban imágenes y formas flotando ante sus ojos de poeta. Fue Victoria quien lo estimuló a vigorizar esta faceta de su genio y prometió organizar una exposición de sus pinturas en París si él estaba dispuesto a que se hiciera y en ese caso, cuando él quisiera. Así fue que en mayo de 1930 se inauguró la exposición en la Galería Pigalle, que tomó por sorpresa a los sofisticados críticos franceses que la elogiaron sin reservas.

Este fue el segundo y último encuentro de Victoria y Tagore.

"Abracé a Tagore por última vez en el andén de la Gare du Nord, en París, en junio de 1930" recuerda ella. El quería que lo acompañara en su visita a otros países de Europa, pero ella debía regresar inmediatamente a la Argentina, para acometer la empresa de dar forma a la revista SUR, cosa que hizo en 1931. Nunca volvieron a verse. Hubiera hecho feliz al poeta recibirla en Santiniketan, pero Victoria nunca visitó la India.

En 1936, cuando el Congreso del P.E.N. Internacional tuvo lugar en Buenos Aires, Victoria Ocampo fue vicepresidenta. Cuando Tagore lo supo, "me reprochó no haberlo invitado. Dijo que se hubiera preparado para emprender nuevamente el viaje, pese a sus años y a su estado de salud". ¿Lo dijo por decirlo o lo dijo seriamente? En ese año no hubiera sido fácil para él emprender un viaje tan largo. Pero su corazón era aún joven y le proporcionaba alas igualmente jóvenes que le habrían ayudado a volar.

Las huellas de la última melodía en el atardecer de su vida permanecieron con él hasta el final y encontraron un eco años más tarde, poco tiempo antes de su muerte, en uno de sus últimos poemas: "¡Cómo desearía poder encontrar otra vez mi camino hacia esa tierra extranjera donde espera por mí el mensaje de amor! Los sueños de ayer emprenderán volando el camino del regreso y ondulando suavemente construirán otra vez su nido. Dulces recuerdos devolverán a la flauta su melodía perdida... No conocí su idioma, pero lo que sus ojos decían permanecerá por siempre en la elocuencia de su angustia".

Cuando Tagore y Elmhirst decidieron regresar a India, Victoria insistió en que el sillón que el poeta usaba en el balcón de San Isidro, debía acompañarlo. La puerta del camarote era demasiado angosta para que el sillón pasara por ella, pero nada resultaba imposible para Victoria, quien envió carpinteros que retiraron la puerta y facilitaron la entrada del sillón que acompañó a Tagore hasta Santiniketan, siguió siendo su sitio favorito de descanso y hoy es pieza de exhibición en el Museo Tagore. Cuando la última y fatal enfermedad obligó al poeta a permanecer en cama, pidió que el sillón estuviese cerca de él. Su vaciedad lo obsesionaba. Lo miraba sin cesar y escribió en uno de sus últimos poemas:

La luz del sol flamea, caliente,
en este solitario mediodía.
Mira el sillón vacío,
ni hay rastro de consuelo.

Llenándolo, palabras desesperadas parecen surgir en lamento;
la voz del vacío
cargada de compasión
y cuyo sentido interior no puede asirse.

Después de la exposición de pinturas de Tagore en Paris, Victoria regresó a Argentina y —como ya dije— fundó la que habría de convertirse en muy conocida revista literaria SUR, que creció hasta ser un verdadero puente entre tres continentes. En ella escribieron algunas de las más prominentes personalidades de América, Europa e India, incluidos Gandhi, Tagore y Jawaharlal Nehru. Victoria publicó además un gran número de traducciones del francés y el inglés. Fue premiada con la medalla de oro de la Sociedad Argentina de Escritores y fue Oficial de la Legión de Honor de Francia. Fue intrépida luchadora por la causa

de las mujeres y por los derechos humanos y sufrió prisión bajo el régimen peronista. Si no estoy equivocado, la intervención de Jawaharlal Nehru, muy delicadamente manejada, significó mucho para que le devolvieran la libertad.

Llegó a ser universalmente respetada como la "primera dama de las letras argentinas". Hermann Keyserling la describió como la más "evocativa mujer" que hubiera conocido. En 1967 la Universidad de Harvard le confirió el Doctorado Honoris Causa en Letras, mencionándola como "Valiente dama; brillante y abrasado espíritu; ejemplar defensora del pensamiento libre . . ." Su lucha de toda la vida por la defensa de los valores humanos, por los derechos de las mujeres y su interés apasionado en las mejores tradiciones de la literatura occidental, le hicieron ganar la admiración y la amistad de muchos contemporáneos ilustres como Shaw, Faulkner, José Ortega y Gasset, Virginia Woolf, André Gide, Paul Valéry y otros.

En diciembre de 1967 (el mismo año que Harvard), la Universidad Visva-Bharati fundada por Tagore en Santiniketan, confirió a Victoria Ocampo: *Desikottama* o Doctorado Honoris Causa en Literatura. Indira Gandhi, entonces Canciller de la Universidad, la invitó a visitar India y recibir personalmente el doctorado. Lamentablemente, Victoria no pudo viajar y el grado le fue conferido *in absentia*. Antes, en 1961, cuando Jawaharlal Nehru era Presidente de la Sahitya Akademi la había invitado a participar en un Seminario Internacional sobre Tagore que tuvo lugar en New Delhi en ocasión del primer centenario del poeta, pero tampoco entonces nos visitó. Algún reparo, alguna compulsión muy profunda parece haber existido impidiendo su viaje a la tierra de Tagore después de la muerte de éste, como tampoco pudo hacerlo cuando él vivía.

¿Fue su timidez cuando Tagore vivía ante la posibilidad de que hubiera habido una recepción abrumadoramente cariñosa? Que Victoria era extremadamente tímida y reticente, puede haber pocas dudas. Recuerdo que ella le envió a mi esposa Nandita una fotografía en la que aparece sentada junto a Tagore en su casa de San Isidro. Luce hermosa y joven como para sentirse orgullosa y sin embargo en la fotografía ella misma se ha tachado la cara. ¿Miedo de que se reflejara demasiado vivamente lo que sentía su corazón? ¿Quién puede decirlo?

Cuando en 1968 Indira Gandhi, entonces Primer Ministro de India, estuvo en Buenos Aires, visitó la casa de Victoria en San Isidro y luego en la Embajada de India "en una breve y sencilla aunque encantadora ceremonia" —para citar palabras de Indira Gandhi— en su condición de Canciller de Visva Bharati entregó a Victoria Ocampo la estola ceremonial de batik y los símbolos tradicionales del grado que se le había conferido antes, *in absentia*. Recordando la visita a Argentina, Indira Gandhi me escribió: "En su hogar (el de Victoria Ocampo) tenía numerosos recuerdos de Tagore y otras grandes figuras y me mostró el cuarto en que él estuvo, casi como un santuario". Posteriormente, durante el Año Internacional de la Mujer, el gobierno y el pueblo de India honraron a Victoria Ocampo como una de las mujeres extranjeras que más había contribuido al mejor conocimiento de India.

Cualesquiera sea su recuerdo en otros sitios, en la literatura bengalí Vijaya siempre será apreciada como una figura semimítica que constituyó el último amor platónico de Tagore y le inspiró algunos de sus más líricos poemas. Hace muchos años, mucho antes de conocerla y casi como en anticipación de ello, él había escrito una muy conocida canción: *"Ami chini go chini tomare, O go videshini . . ."* (Lo sé, oh! dama de una tierra extraña —tu hogar está más allá del mar . . .) Debe haberla cantado para ella cuando fue su huésped en San Isidro porque ella recordaba estas líneas años más tarde.

Como un último gesto de devoción deseó que la casa en la que Tagore fue su huésped y donde ella vivió hasta su último día, fuera preservada como un Museo y Tagore tuviera un lugar en él. En su propia tierra o dondequiera, el poeta indio no ha tenido admirador más grande ni devoto más sincero que esta dama de una tierra extranjera cuyo hogar estaba más allá de los mares, que no conocía la lengua del poeta y cuyo idioma él tampoco conocía. La única palabra bengalí que aprendió y recordaba fue *Bhalobasa*. "Sólo hay historia del alma".

Calcuta (India), mayo 1979.

Nota: *Este texto fue escrito por Krishna Kripalani, apenas se enteró del fallecimiento de Victoria Ocampo. Se publicó en diarios, periódicos y revistas de India en inglés y en idiomas regionales. El original inglés —cuya versión en español ofrecemos— llegó espontáneamente a* SUR *en julio de 1979, por intermedio de la Señora Indira Gandhi. Hacia ella y al autor va nuestro sincero y cálido reconocimiento.*

De Silvina Ocampo:

El Ramo

Era tarde y la luz de las barrancas
hasta el río bajaba atentamente.
De aquel ramo te di sólo un jazmín.
La flor primera que junté, una rosa
no abría más de dos o cuatro pétalos
y la segunda un agapanto azul
no era del todo azul sino violeta.
La tercera una flor desconocida,
no conocer su nombre la borraba.
¡Qué dicha otorga un incipiente ramo!
Hojas de malva-rosa lo envolvían.
Cada flor agregada lo colmaba.
La cuarta parecía un arlequín
con guirnalda de mudos cascabeles.
La quinta aquel jazmín del Cabo, exiguo
de una blancura de algodón lavado.
Por mirar otras flores en las plantas
no miraba ya el ramo entre mis manos
hasta que lo miré y lo vi marchito.
No fue el calor que pudo marchitarlo.
Las flores no querían avenirse
Vanamente estudié yo aquel ramo
cambié de posición tallo por tallo.
La flor que perduraba era el jazmín
Y me reí. ¡Ah, por qué me reí
de aquella incongruencia tan humana!
Todo es humano y duele hasta en las flores.
De no entenderse o demasiado a veces.

Todo muere de ser, de sed y de hambre,
todo lleva a vivir de varias muertes.
Oscuramente lo pensé aquel día:
en cada día están los otros días
que ya pasaron o que sobrevienen.
Quedan después estatuas y retratos
palabras y la fiel metempsicosis.

Te regalé el jazmín pero rodeada
estabas ese día de jazmines:
uno en tu broche, otro dentro de un guante,
montones en tu mesa de trabajo
miles y miles rodeaban tu casa.
No conocías las vicisitudes
del jazmín de ese ramo malogrado
que a su virtud agregó mi sentimiento.
Yo no te conté nada. Sabías todo.
Reinabas sobre el mundo más adverso
como si no te hubiera lastimado.

Nos une siempre la naturaleza:
el árbol una flor las tardes las barrancas
misterios que no rompen la armonía.
¿Lo habrá sabido aquel esquivo ramo
color de mar de mármol y de rosa
color de sol de verde y de naranja?
Andará en busca de su integridad
en busca de esa tarde con nosotros,
pobres nosotros, sin nosotros mismos
en los actuales días, bajo el sol
bajo la luna, en la orilla del mar
con músicas que ya no puedo oir
sin dedicarte lágrimas Victoria
cada una con nombres diferentes
como las cuentas de un collar sin fin.

Buenos Aires, mayo de 1980.

De Alba Omil:

Victoria Ocampo: Soledad y Absoluto

Uno de los interrogantes que se nos plantean en torno a la figura de Victoria Ocampo es el de su honda soledad, y el epíteto no es gratuito, al contrario, porque quien la lea con detenimiento descubrirá que tras de lo que se vio, o de lo que se conoció de ella, late una realidad diametralmente distinta a su apariencia. Tal vez su Autobiografía pueda despejar parte de esta incógnita. Porque es lícito preguntarse cómo es que una mujer hermosa, adinerada, llena de mundo, llena de amigos, rodeada siempre de voces familiares y queridas, se muestre en la hondura desnuda de sus libros —donde no caben ocultamientos—, cercada por la soledad. ¿Por qué el desasosiego y la insatisfacción asoman a veces en las entrelíneas? ¿Por qué esa perpetua búsqueda por los caminos de la cultura, de la hospitalidad o por los literales caminos del planeta? Cada ser humano adecua su conducta y vibra de acuerdo a su sensibilidad interior. Victoria Ocampo entendió perfectamente bien, y desde muy temprano, que para trascender, para comunicar su mensaje sin cortapisas ni presiones exteriores, debía replegarse sobre sí misma y romper con los compromisos de la sociabilidad fácil y rutinaria, atada a los estereotipos del conformismo y de la medianía asfixiante, aplastadores de cualquier intento de originalidad o superación. Cada quien debe buscar en su propia intimidad su imagen real y su sendero único de perfección y recorrerlo sin flaquezas ni debilidades; sin temor a los ladridos intempestivos ni a las piedras imprevistas. Y ella lo entendió así, por eso su voz, para quien sabe leer en la hondura del plano connotativo, o descifrar la referencialidad de las palabras es portadora de oscuras, misteriosas revelaciones en esa incesante exploración de lo absoluto que coronó su existencia.

No resulta difícil advertir que esta mujer refinada (el refinamiento es, también, una forma de profundidad), exigente tanto consigo misma como con los demás, ha sentido muchas veces

el escozor de la insatisfacción, ha deseado para sí y para los otros una forma de comunicación a otro nivel, donde no hiciesen falta las palabras y donde se vislumbrara el espíritu total. Esa forma, ese "estado" de comunicación exigía, sin duda, su propio instrumento —quizás, budísticamente, en la esfera del silencio— porque es evidente que no podía expresarse a través de las palabras. Y esto explica sus nutridas cartas a los amigos muertos y explica también el "entendimiento" con gente que no perteneció a su época y con la que, a pesar de las barreras aparentemente insoslayables, pudo "comunicarse", "fundirse" en otro nivel, en el ámbito de la música, por ejemplo:

> "¿No es maravilloso que nosotros, los que queremos a Bach, podamos por medio de esa música que su mano dejó escrita, saber hoy de sus dolores y alegrías, que son también los nuestros?" [1].

Ella debió de saber que su ansidad y su búsqueda estaban más allá de este mundo, por eso hablaba del "peso de lo humano", del "alivio" que supone liberarse de él [2] y de la muerte como forma de liberación [3]. Cuando entra en este terreno sus palabras son conmovedoras por lo densas y por lo aparentemente paradójicas: con símiles realistas trata de expresar lo imponderable y lo logra:

> "(La música). Afloja, por un momento, mientras flotamos a su nivel, ese nudo tremendo de la carne, aligera ese peso de la sangre que nos atan dolorosamente a la condición humana" [4].

Hasta podría decirse que hay cierto misticismo en este afán, en esta búsqueda: no en vano se vale de un símbolo de los místicos para expresarlos:

> "el milagro de un apaciguamiento espiritual que corta las amarras con su espada de luz, una liberación final, sin temores ni pesares" [5].

[1] J. S. Bach, Sur, junio de 1964.
[2] Ibíd., p. 26; VI, p. 186.
[3] Testimonios, VI[a] serie, p. 186.
[4] J. S. Bach, p. 37.
[5] Ibíd., ibíd.

Muchas veces vamos a encontrar en la prosa de Victoria Ocampo la alusión, directa o indirecta, a ese otro plano ideal donde residen los arquetipos:

> "su música nace de otra música que arde y canta en una octava impropia para nuestro oído" [6].

Y así llegamos a una posible explicación de su soledad: esta búsqueda —este atisbo— de lo absoluto que, desde el punto de vista de los comportamientos humanos siempre escapa a las condiciones efímeras de nuestros actos y a la precariedad de nuestro existir y surge como el factor normativo al que algunos tendemos.

Tucumán, 1980.

[6] Ibid., p. 38.

De Enrique Pezzoni:

Distraída del mal

Hablar de usted, Victoria, me es casi imposible por ahora. Sólo podré hacerlo cuando sea capaz de conciliar el lenguaje de la pasión —el único que le es digno— con el del análisis paciente. Ahora sólo puedo hablar *con* usted. Sigue usted para siempre conmigo, con nosotros; inclusive con quienes insisten en enojarse con usted por lo que no hizo o no trató de hacer. Precisamente porque todavía la reclaman como al contrario dialéctico necesario para afirmarse en lo que ellos hacen o tratan de hacer. Sin duda usted los comprende, Victoria. Usted misma ha sido siempre un espacio donde los contrarios más opuestos han luchado sin cesar. Sólo su "apetito de unidad" (como usted misma lo definió), nunca saciado, pudo hacer que en su alma esos opuestos coincidieran sin reconciliarse. Renunciar a la elección es también una forma de coraje cuando significa exponerse sin cesar a la batalla. Asumir la vastedad de lo real y condenar todo intento —religioso, estético, político— que lo encasille en una sola posibilidad fue siempre su empresa. Claro que tuvo usted más posibilidades que muchos, y se atrevió una y otra vez a admitirlo. Sus *mea culpa*, si lo fueron, nunca la tentaron con elecciones, siquiera transitorias, que tal vez le habrían allanado el camino y por lo menos le habrían evitado la amenaza de los amigos dudosos: los bienintencionados y también los que se protegían en usted, unos y otros levantando su monumento como bien pensante y salvaguardia del decoro. Usted supo muy bien que tanto para el coraje de la no elección como para el de la elección muchas veces hay que pagar el precio de la injusticia. Rechazar la elección nada tuvo que ver en usted con la comodidad del vacilar permanente: en su caso, era no congelar en deseo satisfecho ese apetito de unidad, era no resignarse a soluciones perentorias para los obstinados males de nuestro tiempo. Con altivez no exenta de naturalidad, usted aceptó y esgrimió sus pri-

vilegios, se negó a pactar, no se consideró obligada a excusar la mediocridad, se condenó a la soledad que es el lote de quien rehúsa paliar la gran injusticia con injusticias diversificadas. Usted lo tuvo todo, Victoria, y se obstinó en compartir lo que tenía, aun sabiendo que eso era imposible. Injusta, terca, generosa, fiel a usted misma; dándose sin cesar, pero con la certeza de que no acabaría sino escatimándose a muchos necesitada de todo y de todos, pero implacable: con los demás, con usted misma. Ya vendrán, Victoria, los trabajos serios sobre su labor de escritora, sobre ese infatigable calidoscopio del mundo que son sus ensayos, sobre su nostalgia y recuperación de los poderes infantiles para abarcar y entender ("...y nos pasamos la vida orillando milagros y negando su existencia por su misma cotidianidad... necesitamos, en una palabra, que el santo nos subraye el milagro para advertir que existe, como necesitamos del poeta, del pintor y hasta del hombre de ciencia para agregar al sabor de la fruta el milagro de las estrellas. El niño, maestro en arte de alquimia, vive en un mundo de trasmutaciones que le permite prescindir de los buenos oficios de esos intérpretes, tan indispensables para los adultos").

Ya vendrán nuevos exámenes de SUR, quizá no menos enconados que los actuales, pero tal vez menos patéticos que esos intentos de negarnos entre nosotros mismos mientras ignoramos a nuestros peores enemigos. Ahora, Victoria, quiero seguir hablando de usted y viéndola en sus contradicciones, pero en otro espacio que el de su obra escrita: en el de esa experiencia, inagotablemente sorpresiva, que ha sido ir conociéndola durante más de treinta años.

En los artistas, en los escritores ("no soy de los que creen que vale más no conocer personalmente a los escritores admirados, porque lo mejor de ellos está en sus libros y no en sus personas. No lo creo, porque no creo que sea saludable negarse a la realidad"), en los héroes "con o sin escafandra" por quienes usted ha profesado tan rendida admiración, usted ha exaltado, Victoria, precisamente, rasgos y virtudes de que se creía o estaba desprovista. No pienso ya en su reiterada autoexclusión del mundo de los creadores ("habría deseado escribir novelas, pero ése no era mi sino... no escribo poemas, aunque todo el mundo que me circunda, por humilde y aparentemente prosaico que sea me parece materia poética, porque la siento misteriosa"). Tampoco pienso

en la ternura cómplice con que mira a quienes, como usted, no pueden elegir ("...ver sólo la flor o sólo el fruto significa una economía de conflictos interiores que da gran poder: Shakespeare, Gandhi. Pero cuánto suele conmovernos la turbación de hombres que, tentados por la santidad, se alejan alternativamente del arte"). Pienso más bien que su exuberancia, en la glotonería que la precipitaba con la misma premura hacia un nuevo libro que hacía un plato de frambuesas, en su gusto certero y en su costumbre del lujo (el más arduo, el de los grandes espacios verdes y de los grandes cuartos con muebles austeros donde, sin saber por qué, todos entraban hablando en voz baja), en la engañosa, refinada displicencia con que se vestía, en sus amores ya míticos, en sus arrebatos de furia. Pero en sus héroes usted admiraba por encima de todo el despojamiento, la renuncia, el desamparo. En Lawrence de Arabia, la negativa al amor y la fama; en Gandhi, la frugal santidad y la no violencia. A usted, Victoria, desde el principio la conocí dando rienda suelta a esas cóleras que eran saludables descargas de su exceso de vitalidad y que después sabía hacer olvidar con sutiles maniobras de seducción.

En 1946, Raimundo Lida, gran amigo suyo y por entonces profesor mío, me propuso que lo ayudara por algún tiempo (justo antes de mi ingreso al servicio militar) a ocuparse de SUR: Pepe Bianco estaba en París y usted aún no había vuelto de uno de sus viajes. Una tarde, en la redacción de SUR, un llamado telefónico me anunció que se aparecería usted de un momento a otro. Yo no la conocía. Llamé a Raimundo Lida al Instituto de Filología, a la vuelta de SUR, en procura de ayuda. "Tranquilícese", se rió Lida. "Victoria no se lo comerá. No le pasará nada". No me pasó nada; es decir, me pasó ese encuentro con usted que me ha marcado para siempre. La puerta de la redacción de SUR se abrió y usted entró. Octavio Paz la ha asociado alguna vez con la Victoria de Samotracia: "el único monstruo bello creado por el helenismo... una columna, una cariátide o un alto monumento en el centro de una gran plaza". Pero esa presencia que entró en el cuarto nada tenía de mineral: era un empuje de savia, un fervor de humus que lo impregnó todo. Gigantesca, ágil y veloz, usted se arrojó en un sillón y sin mirarme empezó a abrir los sobres de la correspondencia que la esperaba. De pronto alzó la voz (menos broncínea que cuando decía versos

en francés, pero no menos impresionante) y gritó: "Algún día encontrarán muerto a Pepe Bianco y desde ahora lo anuncio: ¡seré yo quien lo habrá estrangulado!" La razón del estallido era baladí: mucho más trivial, en todo caso, que las formidables disputas a que después asistiría yo durante años en la redacción de SUR entre usted y Pepe Bianco, cada uno defendiendo sus preferencias literarias y a la vez coincidiendo en ellas. Después del estallido, Victoria, resolvió usted reparar en mí. O ya había reparado y la divertía verme paralizado de asombro tras el escritorio que me parapetaba. Lo cierto es que me miró y me conminó: "Mañana lo espero a almorzar en San Isidro". Fui. La encontré esperándome en el jardín, toda violencia disipada, todo encanto a flor de piel. Nos paseamos entre los árboles. De cuando en cuando restregaba usted entre los dedos una rama de romero, una flor del jazmín del país, y con no menos vehemencia me restregaba con ellas la nariz para enseñarme a oler el romero y el jazmín. Durante el almuerzo (con deleite comprobó usted que por de pronto la gula nos unía) habló de sus entusiasmos y de sus proyectos. Más tarde se sentó al piano y como pudo tocó una y otra vez la misma frase de Chopin, la misma frase de *Carmen*, la misma frase de *Pelléas*. Obsesivamente, como hacía todo lo que le gustaba hacer. Aquella vez me fui de su casa ya para siempre conquistado. A lo largo de treinta años he presenciado, he protagonizado, he padecido esas mismas oscilaciones entre los arrebatos de cólera y las argucias irresistibles de la seducción. Nunca pude perder mi capacidad de asombro ante sus salidas wagnerianas de un cuarto, después del estallido, y los portazos cataclísmicos que subrayan sus mutis. ¿Recuerda aquellos espléndidos veranos en su casa de Mar del Plata, con María Rosa Oliver, Angélica —dulce e incansable mediadora—, Pepe Bianco, Marietta y el Petiso González Garaño, Ricardo Baeza? Baeza nunca se resistía a la tentación masoquista de irritarla para arrancarle insultos bajo los cuales ponía en seguida los ojos en blanco.

Por ejemplo, ante la magnitud cósmica que su figura, Victoria, adquiría siempre en los grandes cuartos de sus casas, Baeza insistía en hacer el elogio de la mujer pequeña y citaba el viejo refrán español: "La mujer, como la galga, en la manga". Usted sabía tomarse sus venganzas. En la época en que apareció el *Canto general* de Neruda, María Rosa Oliver y Baeza se lo pasaban con el libro entre manos. En la playa, en el comedor, en la galería

frente al jardín de Villa Victoria, leían versos, se extasiaban. Usted, que también admiraba buena parte del *Canto*, pero que estaba cada vez más exasperada ante ese exceso de devoción (por lo demás, rasgo suyo con las cosas que más le gustan *a usted*), encontraba por fin el momento de la venganza. Arrebataba el libro de las manos de Baeza y echaba a un lado a Neruda calcando el molde del viejo refrán español: "Al Machu, como el Pichu, en el nichu".

Ha quedado en mí para siempre la intensa felicidad de aquellos *odi et amo* suyos que habrían hecho añicos el verso de Catulo. Con qué gracia sabía usted reírse de sí misma después de la cólera. Una noche jugábamos a las cartas en su casa. Los adversarios se atrevieron a ganarle más de una partida. Acabó usted pateando la mesa y subiendo a marchas forzadas la escalera rumbo al Walhalla de sus cuartos. Consternados, nos preguntamos si debíamos irnos, si acaso reaparecería usted junto a nosotros. Reapareció. Disfrazada..' de usted misma, Victoria, tal como la mostraban en las paredes de su casa los retratos de Helleu, en su radiante juventud. Reapareció usted con un sombrero de grandes alas, una boa al cuello, una sonrisa adolescente. Nos reímos, se acabó la furia y al rato ya hablábamos de otras cosas, usted olvidada de la capelina y la boa que conservaba puestas.

Cólera y risa eran los momentos privilegiados de sus contradicciones, Victoria. No había mezquindad en el medio. No se tenía rencor por los demás. Las flaquezas, las traiciones, los desengaños no la enfurecían. La entristecían en silencio. O acababa neutralizándolos en una especie de negligencia olímpica. Durante un verano pasó usted largas tardes leyéndome sus memorias, esa gran crónica que hasta ahora se ha negado a publicar. En ellas habla usted de sus amores con una vehemencia lírica, con una destreza narrativa que desmienten su voluntario exilio de la literatura de creación. Pero en sus memorias nunca habla usted del final de esos amores. Todos permanecen en el ápice del encuentro de la fusión amorosa. "¿Por qué ese silencio ante cada final?", me atreví a preguntarle una vez. Usted levantó los ojos de la página que leía, me miró sonriendo y se encogió de hombros. Creo que de veras había relegado al olvido cada despedida final. Negligencia que, en el fondo, era una saludable norma espiritual y que, curiosamente, coincidía en usted con la otra norma, todo rigor ético, que le impuso siempre defender y prolongar el amor. Y la vida.

La vi a usted casi hasta el último momento. La vi defendiendo ese más digno objeto de amor. Defender la vida no era para usted temer la muerte. La muerte se quedó en esa vasta zona indiferenciada de la negligencia. Defendió usted su vida, su lucidez, su belleza. El pelo cepillado hacia atrás descubría su frente amplia y tersa. Desechados los anteojos negros podían vérsele los ojos ya como celestes, salpicados de reflejos dorados, siempre curiosos y atentos, a veces despreciando al dolor físico que subía en oleadas tras ellos y que usted procuraba relegar al anonimato de la negligencia. Sólo una vez aludió usted a la muerte. Fue cuando proyectó traducir la Oda jubilar de Paul Claudel. "Esto es lo que yo quisiera escribir *ahora*, si fuera capaz", dijo. Y se lanzó a la traducción con el obstinado ímpetu de siempre.

Toda en el mal el alma divertida...

Muchas veces la he asociado con este verso de Sor Juana. *Divertida*, Victoria, mantiene usted el sentido actual de la alegría y la risa, y también el antiguo que tiene en Sor Juana: *divertida* es trasladada, precipitada de un lugar a otro, concentrada de pronto en algo durante la permanente busca del objeto del amor. Distraída del mal, divertida en el amor. Así ha sido usted siempre, Victoria. "Toda en amor el alma divertida", la habría definido Sor Juana.

Me he prohibido llorarla. Llorarla significaría, en verdad, llorar nuestra juventud, nuestro tiempo junto a usted, en los años de SUR y las fecundas disputas. ¿Por qué llorarla a usted? Usted lo tuvo todo y se atrevió, llena de gozo y alegría, a afirmar que lo tendría siempre. "En el valle final —escribe usted al terminar un ensayo sobre Shakespeare— se nos transparentará el corazón, como a los pejerreyes esa línea azulada que subraya su arquitectura. Recordaremos entonces, por haber vuelto a la carne, lo que más nos gustó en la tierra desaparecida. Siento ya que estaré diciendo mi querida rama, mi querido cielo, mi querido día, mi querida noche, mis queridos canto del gallo y la chicharra, mi querido olor a lluvia en el jardín, mis queridas palomas, mi querido verano, mi querido mar, mi querido amor".

Abril de 1979.

De Jean Claude Piguet:

Homenaje a Victoria Ocampo

En memoria de Ernest Ansermet (1883-1969)

Pienso que Victoria Ocampo y, por su intermedio, Buenos Aires y la Argentina en la medida en que ella encarnó de manera tan amplia la vida cultural de ese país y su capital, dieron a Ansermet el sentido de la cultura universal. Y por cultura entiendo, evidentemente, mucho más que la sola música. Ansermet fue director de orquesta y Victoria Ocampo, escritora; sin embargo, detrás de cada una de sus respectivas actividades específicas, ambos entendían la cultura en el mismo sentido.

Ansermet, que fue siempre algo más que un "músico", —licenciado en matemáticas, curioso de la física relativista, esteta, filósofo e incluso teólogo—, buscaba ávidamente lo que se esconde detrás de los hechos positivos que la vida del espíritu nos ofrece y a los que, demasiado a menudo, se tiende a hacerla volver. Sensible, como todo espíritu latino, a la pureza de las formas, Ansermet tendía ante todo a la expresión sin descuidar jamás el rigor; con ayuda de la intuición, remontaba a los orígenes mismos de la expresión y del método buscando su identidad individual de compositor. Para Ansermet, quien siempre pensó que una obra definida era algo más que su solo contenido estético, la música fue siempre mucho más que arte a secas. Este mucho más, sin embargo exigía de él una intuición específica, diferente de la manera como el oído percibe los sonidos ordenados y diferente también de la forma como la inteligencia analítica desglosa las finezas técnicas. Ese "mucho más" constituye así una *trascendencia*, y es ella la que fundamenta el sentido de la cultura universal.

En efecto, Ansermet, originariamente, había vivido bajo la égida de otra concepción de la cultura, que compartía con Ramuz

y Strawinsky de los primeros años. Su modelo histórico fue la *Historia del Soldado*. La idea era encontrar un sujeto lo más adherido posible a las contingencias geográficas ("Entre Denges et Denezy...") e históricas, es decir, una obra susceptible de ser presentada en 1918, después de cuatro años de guerra, sin trajes, sin decorados, con la menor cantidad posible de músicos y actores. La idea suplementaria, enunciada como una apuesta (una apuesta que quedó firme) era que únicamente esta inserción en lo particular permitiría promocionar valores lo bastante generales como para ser reconocidos fuera del lugar de origen de la obra. El acceso a la generalidad de la cultura se hizo pues así, mediante el rodeo de una forma refleja de provincialismo. En esa época, Strawinsky proclamaba su arraigo a las leyendas y a sus orígenes rusos; Ramuz celebraba, con el vino de la región, su apego al terruño, y el mismo Ansermet permanecía auténticamente *vaudois*, nacido en un pueblito sobre el lago Leman, donde se cultivaba ante todo la música popular del lugar. Ansermet jamás renegó de sus orígenes, al contrario de Strawinsky. A menudo afirmaba que si había llegado a la música "grande", fue a partir de la "pequeña": le encantaban las marchas militares.

Luego, en la segunda etapa de su evolución cultural, Ansermet fue tentado por los incentivos de una cultura internacionalista o, yo diría, cosmopolita. La descubrió, al mismo tiempo que Strawinsky, por intermedio de los ballets rusos. Lo que cambió entonces, fue la finalidad de la cultura. En lugar de que sus logros se contentaran con procurar superar el particularismo local donde nacieron, se instalaron de pronto como inmutables estéticas, independientes de sus orígenes y de sus objetivos. Al mismo tiempo, la cultura viaja; no existían aún los Hilton de nuestros días ni los aeropuertos, todos hechos sobre el mismo modelo, pero existía ya la "tournée" internacional: trenes caldeados en Méjico y ciudades de Estados Unidos que desfilan a razón de un concierto cada noche. Al particularismo cultural y al provincialismo, sucede así una idea de la cultura percibida en su generalidad — una generalidad un poco abstracta. Una vez creada, la obra (por ejemplo, *Apollon Musagète*) es considerada como válida según sus propias normas estéticas; en proporción, el lazo con sus orígenes geográficos o históricos queda roto: podría provenir de cualquier parte ya que se dirigía, indiferentemente, a cada uno.

Fue por oposición a este concepto internacionalista de la cultura, y gracias a Victoria Ocampo, que Ansermet tuvo la revelación de la cultura universal, lo que es algo totalmente diferente. Señalemos, por otra parte, que si no la hubiera encontrado puede ser que Ansermet hubiera terminado como Strawinsky: ávido del máximo esteticismo y de cosmopolitismo. A este efecto Strawinsky fue para Ansermet el tentador de quien lo alejó (entre otros) ese ángel guardián que fue "Vic" (así la llamó siempre Ansermet). Gran cantidad de las cartas de Ansermet terminan en efecto por esta frase de saludo, bastante inhabitual en él: "Bendita seas, querida Vic".

¿Cuál fue entonces ese mensaje que Vic le legó? Yo lo llamo aquí el sentido de la cultura universal, por oposición al internacionalismo o al provincialismo. Vic testimoniaba, ante todo con su persona, esa universalidad. En efecto, ella realizaba un tipo de inserción (nuevo para Ansermet) en el tiempo y en el espacio. Primeramente Victoria se incorporaba al pasado ya que no solamente su familia hundía sus raíces muy lejos en el tiempo, sino que condensaba ella misma grandes momentos de la historia de su país. Además la geografía cultural cambiaba de aspecto: ya no se trataba de productos de cultura, más o menos estereotipados en sus normas estéticas abstractas, que estaban destinados a viajar, sino que era la casa de Victoria la que se convertía en el lugar donde convergían espontáneamente toda clase de culturas vivientes y toda clase de hombres portadores de esas culturas. En San Isidro, la cultura venía hacia Ansermet. Una cultura, por otra parte, muy diversificada en cuanto a sus orígenes pero, sobre todo, diversificada en cuanto a sus formas. Generalmente en efecto, los centros culturales o literarios conocidos presentan defectos que parecen haber estado ausentes del círculo formado alrededor de Victoria. Es frecuente que hombres de una misma disciplina o de una misma especialidad se encuentren: es el caso de los congresos o de los coloquios. Ocurre también que alrededor de una personalidad más o menos fuerte se encuentren admiradores, discípulos, seguidores: es el caso de los ateneos. Alrededor de Vic no había ni ateneo ni especialistas estrechos, sino solamente esos hombres que las Universidades no llegan nunca a catalogar. ¿Puede decirse en efecto que los Keyserling, los Unamuno, los Ortega y Gasset, hayan sido filósofos, estetas, filólogos o escritores? Todo eso a la vez, cierto, y nada de eso separadamente.

Así cambiaban para Ansermet el tiempo y el espacio. El tiempo dejaba de ser ese flujo bergsoniano que debía traerle cada año un nuevo producto estético destinado a viajar, para convertirse en la presencia sensible del pasado (¡de un ancho y lejano pasado!) vivido en el presente. Y el espacio dejaba de ser la redondez indiferente de la Tierra alrededor de la cual giran barcos, aviones y partituras, para ser un conjunto de puntos discretos, cada uno portador de una forma específica de cultura, y convergiendo providencialmente hacia San Isidro en nombre de una trascendencia común. En el fondo allí fue donde Ansermet descubrió verdaderamente el sentido universal de la cultura. Una cultura que ya no se trata de elevar al nivel internacional ya que cada uno de nosotros debe elevarse a su nivel.

Como diría Leibnitz, esta nueva forma de la cultura presenta las características del máximo de unidad en el máximo de diversidad. Diversidad. Diversidad que se podría medir como un conjunto aritmético de provincialismos donde, cada uno en su región y en su tiempo, diría exactamente lo que tiene que decir según esa región y ese tiempo. Y por lo que concierne a la unidad, se podría comprender como lo fue en París entre las dos guerras: un conglomerado de obras llamadas "de arte", replegadas sobre su esteticismo y portadoras de un mensaje invariable susceptible de dirigirse a todo el mundo. Lo difícil, en materias culturales, es comprender realmente que la cultura universal es unidad en la multiplicidad. Es ciertamente en lo diverso y en lo singular donde se sella la perennidad y la universalidad del hombre; pero esta perpetuidad y esta universalidad quedarían en la abstracción si se las tomara por separado. Por otra parte, este descubrimiento no fue siempre fácil para Ansermet: así lo testimonia un intercambio de cartas significativo de cómo Vic intenta hacer apreciar a Ansermet la persona y la obra de R. Tagore. Ansermet escribe entonces: "Veo bien cómo actúa un príncipe de Bengala, pero, ¡ay! yo no lo soy. Nacido entre el queso y la salchicha, el vino, los muebles pulidos por los años, es con todo eso que debo hacerme mi camino" (18.12.1925). Y, plena de mordaz ironía, Vic le contesta (el 21.1.1927): "¡Hombre nacido entre el queso y la salchicha, le daría un tirón de orejas! ¡Hombre a quien el esplendor oriental no deslumbra ya, yo lo pondría a pan y agua!".

Si, a pesar de esos raros dardos (siempre afectuosos por otra parte), Ansermet y Victoria se encontraron siempre, se reencontraron y nunca se dejaron, es porque tenían en común un sentido de la trascendencia que se funda sólo en el sentido de la cultura universal. Para ellos, la cultura fue siempre trascendente en relación con los hechos de ésta que son las obras de arte. De 1930 a 1940, Ansermet no hizo más que profundizar en este descubrimiento aplicándolo esencialmente a la música: más allá de los sonidos, buscó el sentido; más allá del presente, encontró el pasado: él se preguntó entonces por qué, si Strawinsky era quien era, Bach y Beethoven permanecían siendo lo que habían sido. El tomó de Keyserling, descubierto en Buenos Aires, esa noción importante del "ethos" (del ser), por la que Ansermet comprende esas formas específicas y calificadas mediante las cuales la cultura universal se encarna en un tiempo y en un espacio definidos. Desde 1940 sueña con escribir un libro para dar a conocer a los demás ese descubrimiento. Comienza a escribirlo en 1945, lo corrige incesantemente, vuelve a empezarlo tres veces. Y fue así como, en 1961, se publicó *Fondements de la musique dans la conscience humaine*.

Cierto, la sed de cultura, de verdad, de trascendencia, había estado siempre presente en Ansermet: ella es un rasgo profundo de su naturaleza. Pero fue nutrida en Buenos Aires y por Victoria Ocampo. Permaneció intacta hasta el último día de la vida de este hombre que fue compositor, director de orquesta, matemático, esteta, filósofo y teólogo; verdaderamente un hombre de cultura. Al lado del sillón donde lo encontraron muerto había, todavía abierto, un libro de historia de la filosofía que yo le había prestado.

Agrego unas palabras: nací en 1924 y, en consecuencia no he vivido nada de la época (1924-1930) ni del país (la Argentina) a los que me refiero. Pero conocí muy bien a Ansermet desde 1945 hasta su muerte. He pues intuído el sentido de la cultura universal de la que aquí hablo, a partir de mi conocimiento del hombre, así como a partir de la correspondencia intercambiada entre Victoria Ocampo y él. En diciembre de 1978 había pedido en efecto a Vic-

toria las cartas de Ansermet que ella poseía, y de las que, gracias a la hidalguía del señor Benoît Junod de la Embajada de Suiza, recibí fotocopias. A principios de 1979 me preparaba a viajar a Buenos Aires para encontrarme con Victoria Ocampo cuando me llegó la noticia de su muerte.

J. C. P.

Traducción
Beatriz Pardo y
Benoit Junod

Esta colaboración llegó a la redacción de SUR cuando este número de la revista estaba a punto de aparecer. Fue entregada personalmente por el profesor Piguet, apenas llegado a Buenos Aires en el mes de julio.

El propósito de ésta, su primera visita a la Argentina consiste en consultar y reunir todo el material sobre las estadías de Ernest Ansermet en nuestro país, entre 1917 y 1958 y en su carácter de Vicepresidente de la "Asociación Ernest Ansermet", establecer contactos con personas interesadas en colaborar en la obra de la mencionada Asociación, con sede en Avenue de la Gare Nº 6, Lausanne, Suiza.

Bio-Bibliografía de Victoria Ocampo

Por Carlos Adam

Fryda Schultz de Mantovani señaló que la biografía de Victoria Ocampo debemos buscarla en sus actos y, además, que sus "datos biográficos los hallaremos en sus libros". Siguiendo este prudente consejo, me atreví a hurgar silenciosamente los libros y los artículos dispersos de Victoria Ocampo. Intenté, en las páginas que siguen, una síntesis cronológica lograda con una visión personal.

Pido perdón, por tamaña osadía, al lector. Pero confieso que me cabe una justificación: no he querido escribir *yo* la biografía de Victoria Ocampo. Preferí seguir la advertencia de la señora de Mantovani: transcribir los textos de la autora de *Testimonios* para que ellos hablaran; es decir, para que hable Victoria Ocampo.

Berisso, 14 de febrero de 1980.

"La vida del hombre está en la obra".
VICTORIA OCAMPO

1890: Mi madre.

"...La Morena, mi madre, había heredado la alegría de los Herrera, pero acompañada por un temperamento y una finura, un aguante terco y una altivez secreta que denunciaban una copiosa dosis de Aguirre en su constitución. Su optimismo y su risa contagiosa (tenía una encantadora sonrisa) contrastaban con la tendencia a la melancolía y al pesimismo de mi padre..."

1890: Mi padre.

"...En cuanto a mi padre, sé que estaba tan ansioso e impaciente por verme llegar al mundo que temía morirse antes. Yo fui la mayor de sus hijas. En aquellos días de abril, habrá mirado por la ventana de nuestra casa las palomas que se pasean sobre las cornisas de las Catalinas, como a menudo iba a mirarlas yo. Esas campanas, destinadas a ser la música de fondo de muchas crisis interiores y exteriores, sonarían una tarde de abril, como todas las tardes, cuando a las cuatro y media, más o menos, empecé a llorar..."

1890: 7 de abril: Nacimiento.

"...Las campañas de las Catalinas habían dado las cuatro de la tarde desde hacía unos minutos cuando alguien partió a la carrera (me lo figuro) del 482 al 500 de Viamonte, entró, sofocado, por el portón, se precipitó en el cuarto de Tata Ocampo (abriría sin golpear, porque la puerta de ese cuarto, en abril, estaría cerrada) y anunció: 'Es mujer'..."

1890: Padre e hija.

"...Pero de las palomas que revoloteaban y se posaban en las cornisas; de las campanas tan cercanas cuyo tañido iba a acom-

pañarme buena parte de mi vida (como acompañaron mi nacimiento); del cielo que encuadraba la cúpula azul de las Catalinas; de los ojos de color pardo dorado que me miraban atónitos de verme por primera vez en este valle de lágrimas, nada supe aquella tarde de abril. No tenía más nombre que los que la ternura inventa. Dormía con los puños cerrados y un ingeniero joven, que había hecho un puente, allá lejos, en un San Luis desierto, miraba el el dormir de esta desconocida, su hija, y estoy segura de que ya se preguntaba: '¿Qué vida le espera? ¿Qué será de ella?'. Ha sido necesario que pasaran muchos años y que yo participara en grandes transformaciones del mundo y de mí misma para contestar estas preguntas que mentalmente me dirigía un 7 de abril el único hombre que me quiso antes de yo nacer..."

1903: Silvina Ocampo.

"...Hace ya mucho tiempo que conozco a Silvina Ocampo. Hasta recuerdo mejor que ella ciertos acontecimientos de su vida: su bautismo, por ejemplo. En esta ceremonia yo era, después de ella, el personaje más importante, como que era yo quien la sostenía sobre la pila bautismal, no sin vivas inquietudes por la manera como se comportaría en el trance y cómo me desempeñaría yo misma..."

1905: Calificativos

"...Hacia mis quince años, ningún poder humano me habría hecho emplear los calificativos 'bello' o 'hermoso'; 'lindo" me parecía el único término que no era pedante... La estancia era, no podía ser, para mí, más que un océano de tierra donde soñaba todo el año en hundirme. Que se pudiera llamar estancia a un cuarto me sublevaba, me ofendía..."

1906: *Lectura de algunos pasajes del Infierno.*

"...Acababa de cumplir dieciséis años cuando la profesora de italiano me hizo leer algunos pasajes del *Infierno*. La impresión que me causó la lectura sólo es comparable a lo que sentí, de muy niña, la primera vez que, bañándome en el mar, fui envuelta y derribada sobre la arena por el magnífico ímpetu de una ola. En todo mi ser recibí el bautismo de aquellas *parole di colore oscuro*, como tan cabalmente dice el mismo poeta, y salí de la inmersión tambaleándome, saturados los labios de amargura..."

1908: Una noche...

"...Mi padre me dio el primer libro de Conan Doyle, como me dio el primer cuento de Poe que leí: *Le crime de la rue Morgue*, en francés. Conan Doyle en inglés. Con mi padre fuimos a ver, en Londres, *The speckled band*, una noche del año 1908 que se extiende hasta 1975. ¡Cuánto le agradezco aquellos entusiasmos! Como no me llevaba frecuentemente al teatro, era un acontecimiento cada vez (ley de compensaciones) y los comentarios duraban semanas..."

1915: *El cencerro de cristal.*

"...Cuando Güiraldes empezó a publicar, en 1915, mucho lo hirió la incomprensión del público lector. *El cencerro de cristal* fue acogido con indiferencias o con burlas y menosprecio. Recuerdo las risotadas con que se comentaba aquella comparación de la luna con un 'pulcro botón de calzoncillo'. La gente no se sonreía como Güiraldes había planeado; se reía con el estrépito de la estupidez o de la incomprensión..."

1916: Conoce a José Ortega y Gasset.

"...Conocí a Ortega al final de su primera estadía en Buenos Aires. No fui a ninguna de sus conferencias. Oía continuamente ponderaciones de él como orador, como pensador; pero la verdad es que nada de esto me inspiró curiosidad..."

1916: Descubrimiento tardío.

"...Sólo en 1916, cuando el primer viaje de Ortega, después de haber conversado largamente con él, advertía gradualmente mi tontería. Comenzaba a descubrir que todo podía decirse en lengua española sin por ello volverse automáticamente pesado, afectado, grandilocuente. Pero este descubrimiento llegaba demasiado tarde. Hacía ya mucho tiempo que era prisionera del francés..."

1917: Don Hipólito.

"...Vi una sola vez a Yrigoyen, cuando murió mi abuelo: 'Ahí ha llegado don Hipólito. Vayan a saludarlo y háganlo pasar'. Lo vi como en las fotos de los darios, sin más realidad. Otra vez, mucho antes, había subido de a dos los escalones de la escalera *principal* de Florida y Viamonte para avisarles a las tías

abuelas (yo era cachorra): 'Madrina, abuela, ahí abajo está el general Roca'. Eran siempre visitas de pésame a mi familia. Yo no he tenido relación personal con ningún político o gobernante, a no ser Alvear y Nicolás Repetto..."

1918 Muerte de Debussy.

"...Cuando Debussy murió, en 1918, fue grande mi amargura al pensar que nunca lo conocería. La idea de que ese hombre, cuya música me tuteaba desde la adolescencia, se había ido para siempre sin que yo hubiese estrechado su mano, mirado su mirada, sin que yo le hubiese dicho mi fervor y mi gratitud, me llenaba de tristeza. La felicidad de haber sido contemporánea suya, de haber hecho "el viaje" junto a él, no la había podido aprovechar completamente..."

1920: Una carta de Groussac.

.."...La carta de Groussac fue de las más duras de tragar que he recibido. Ante todo, por el respeto que su opinión me merecía. Quedé mustia, como las plantas de hortensia después de un día de viento norte. Desde el punto de vista de su lógica, Groussac tenía razón. Desde el punto de vista de la escolar *'à la recherche de son âme'* que fue a consultarlo, creo que no..."

1920: 4 de abril. Primer artículo.

"...tuve la osadía de escribir mi primer artículo en *La Nación* sobre el canto XV del Purgatorio. Lo titulé *Babel*. En contestación a este primer grito de colegiala maravillada ante un tesoro recién descubierto, recibí una carta hostil en que se me acusaba de querer mantener entre los hombres una odiosa desigualdad y odiosos privilegios..."

1921: *De Francesca a Beatrice.*

"...Este comentario de *La Divina Comedia* apareció con motivo del sexto centenario de Dante (septiembre 1921). En un principio fue un Baedeker compuesto para mi uso particular y forma parte de mis malandanzas de autodidacta. No recuerdo cómo pasó a inspirarme otras ambiciones; por lo pronto, la de salir de un cajón de mi escritorio..."

1922: Ricardo Baeza.

"...Pero gracias a él aprendí mucho. Por lo pronto, cosa indispensable, a desobedecer *a sabiendas*, en materia de vocablos y otras hierbas gramaticales..."

1922-1957: Héctor Basaldúa.

"...nos entreteníamos con unos amigos imaginando cómo podría representarse una 'féerie' que yo había escrito, y con qué escenografía. Uno de los amigos dijo: 'Voy a hablarle de esto a un muchacho muy dotado que pinta. Hará algo, si quiere". El muchacho muy dotado que me presentaron era usted, Basaldúa...

"...Pasaron los años (no tienen otro destino) y aquí me encuentra usted fiel en una silla, en la trastienda de Bonino. Esta vez junto con los años pasaron muchas otras cosas. Lo que no ha pasado es el deleite de mis ojos al mirar el mundo a través de los suyos, Basaldúa. ¿Será, de veras, el placer de los *ojos*? Se me ocurre que son sólo humildes intermediarios..."

1923: Evocador del pasado: Pedro Figari.

"...Y así, por obra y gracia de tal terquedad, me encontré una tarde en medio de los negros, de las lunas, de los gauchos, de los tucanes, de los jamelgos, de los pericones, de los minués de las casas coloniales, de los mazorqueros y de las estancias de Figari. Y allí estoy todavía. Ese mundo re-creado por su pincel se parecía demasiado al que yo había visto, o al que me habían descrito en mi infancia, para no conmoverme, tanto por lo que en efecto era como por lo que me recordaba. Las palabras con que Figari acompañaba la presentación de cada serie de cartones —es decir, de cada tema, fuente de imágenes frescas— aumentaban en mí la sensación de lo ya vivido..."

1924: Primer libro: *De Francesca a Beatrice*.

"...Y un buen día Ortega lo recogió de la calle, como quien dice, y pasó a ser el segundo tomo de la *Revista de Occidente* (julio 1924). Le agregó un epílogo. Y Ricardo Baeza lo castellanizó, con la extremada pulcritud que lo caracterizaba..."

1924: Al margen de *Puravi*.

"...El año de su partida de Buenos Aires, Tagore me es-

cribió anunciándome que había publicado un libro de poemas y me lo había dedicado. La mayoría de los poemas fueron escritos en San Isidro. Casi se los he visto escribir, si no todos, buena parte. Cuando yo entraba a su cuarto a darle los buenos días, o cuando conversábamos a la tarde, a la noche, ahí estaba el cuaderno sobre la mesa..."

1924: Fani y Tagore en San Isidro.

"...Mi vieja Fani había intimado con Tagore a quien iba a visitar todas las mañanas... Conversaba con él, a pesar de que él sólo entendía inglés, y ella español. La única palabra inglesa que conocía Fani era 'colador' (porque siempre lo pedía yo en los hoteles y los barcos). No creo que a base de esta palabra pudieran hablar mucho. Pero el hecho es que hablaban; por señas, imagino..."

1925: Comienzo de la amistad con Juan José y José María Castro.

"...Ansermet empezó a hablarme con insistencia de unos muchachos —*des garçons*, decía— de extraordinaria sensibilidad musical: los Castro. Hace cuarenta años de esto y hace cuarenta años empezó nuestra amistad..."

1925: Otra carta de Groussac.

"...Algunos años después de la primera carta de Groussac, recibí otra, espontánea, cuando hicimos con Ansermet *Le Roi David*. Groussac fue a oírlo y a la vuelta del concierto me escribió las palabras más halagadoras que haya recibido en mi vida sobre mi dicción e interpretación de un texto. De nuevo quedé anonadada. También esta vez es sincero, pensé, de modo que yo estaba en lo cierto: habré fracasado en mi vida. Mi verdadera vocación eran las tablas..."

1925: *El Hacedor*. Jorge Luis Borges.

"...En 1925, se publica *Luna de enfrente* (poemas). Ese mismo año sale la revista *Proa*, destinada a un año de existencia. Fue la época en que 'Georgie' conoció a Ricardo Güiraldes y yo a Georgie, por intermedio de Ricardo. Era un muchacho de unos veinticinco años, con cierta timidez en el andar, el hablar, el dar la mano, y ojos de vidente o de médium, como su preciosa hermana Norah..."

1925-1930-1941: Despedidas a Tagore.

"...Aquí estoy, diciéndole mi adiós silencioso, como un día de 1925, en el puerto de Buenos Aires, como un día de 1930, en París, en la Gare du Nord. La llanura vacía es el muelle y el andén que me hacían falta para esta última despedida..."

1926: Encuentro con María de Maeztu.

"...Fue en la antigua sala de los 'Amigos del Arte', en 1926. Acababa yo de dar mi primera conferencia. Menuda, perdida en su abrigo de *petit-gris*, una mujer desconocida se acercó a mí y me estrechó la mano con efusión. Su mirada, muy azul, me seguía y me intimidaba. Empezó a hablar con palabra rápida y elocuente. Yo la escuchaba, cohibida por aquel don verbal tan ajeno a mi naturaleza. Este juego iba a durar años..."

1926: *La laguna de los nenúfares.*

"...Pero, cuando el cielo está tan azul, el sol tan dorado y tibio, que no se puede pensar en otra cosa... Parece, afuera, como si se respirase el azul del cielo y el sol se nos entrara por la piel... Si lo que yo siento pudiera verse, me parece que resplandecería..."

1927: Muerte de Ricardo Güiraldes.

"...Supe de su muerte un día de octubre. Cuántas veces habremos pasado juntos por ese día, sin saber que sería *el día*, pensé (las lilas estaban en flor). Así estaremos, pasando sobre el nuestro, escondido en alguna estación..."

1928: Visita a Maurice Ravel, en Montfort l'Amaury.

"...Recuerdo esa mañana de frío, el sol de invierno de hace diez años... Al ver a ese hombrecito menudo, pulcro, con su cara perfectamente afeitada, perfectamente dibujada, perfectamente cerrada (no creo haber conocido una cara con mejor cierre) me sentí detenida como ante un muro. Sentí que ahí estaba Ravel, pero un Ravel sin las comillas que a ese nombre agregaba su genio musical, un Ravel sin comillas, y que hacer alusión a esas comillas, en esos momentos, estaba fuera de lugar..."

1929: Encuentro con Keyserling.

"...La fecha fue fijada: enero 1929. El lugar: Versailles... Keyserling había puesto condiciones que (yo no lo conocía aún

sino por escrito) me divirtieron como me divertían aquellas exigencias..."

1929-1943: Drieu la Rochelle.

"...Conocí a Drieu en enero de 1929. Su última carta —carta de adiós— me llegó en noviembre de 1943. Una amistad de catorce años, que se mantuvo a pesar de las más violentas discusiones y que atravesó milagrosamente la barrera de los mutuos rencores, me obliga a hablar de él. Demasiados son los que, no conociéndolo, se ponen a juzgarlo, para que quienes lo conocieron puedan decorosamente callar..."

1929: Primera visita a Anna de Noailles.

"... No sin emoción me dirigí una tarde muy fría de 1929, a la rue Scheffer. Allí vivía Anna. Advertida por un amigo común de que pasaba yo por París, me había escrito invitándome a que fuera a verla. Acepté inmediatamente la cita, aunque hacía años me había alejado de sus libros y de su manera de pensar. Me parecía ir a visitarla en nombre de alguien que la había querido mucho... Esa noche me fui de la rue Scheffer totalmente desconcertada... A partir de ese primer encuentro, volví a ver muchas veces a Anna de Noailles, en su casa, en la de sus amigos, en la mía..."

1929: Keyserling en Buenos Aires.

"... Yo no me peleaba. Lo ponía en su lugar, simplemente. ¿Cómo podía yo tolerar que en mi casa, invitado por mí, pusiera los pies sobre el tapizado de las sillas y lo que es peor, conversara displicentemente con el pie en la silla y una mano apoyada sobre la cabeza de Alfonso Reyes? Que era bajito, sí, pero digno de todo respeto. Y no porque fuera Alfonso Reyes, sino porque era un ser humano..."

1929: Le Corbusier en Buenos Aires.

"...Durante su estada en Buenos Aires hablamos diariamente de una posible transformación de nuestra capital. Comenzaría por algún edificio de muestra, por algún rascacielito frente a Palermo. Esto serviría para darles a las gentes y a las autoridades (aún escandalizadas de la arquitectura moderna) un pregusto de lo que podría realizarse, y tal vez un deseo de seguir adelante..."

1929: Waldo Frank.

"...Conocí a Frank después de una conferencia sobre su amigo Chaplin, en la Facultad de Filosofía, creo. Esas conferencias leídas por él en español y traducidas por Mallea interesaron mucho. Eran excelentes. Por primera vez nos hablaba un norteamericano en español, con mala pronunciación pero acento convincente, de la literatura y del cine de su país. Por primera vez, también, un escritor norteamericano nos tomaba en serio, sentía simpatía por nosotros y olvidaba el "color local". No era necesario que nos envolviéramos en ponchos vistosos y bailáramos el pericón por escrito para despertar su curiosidad..."

1930: *La voz humana.*

"...Sin embargo, hacia 1930, ocurrieron milagros en mi vida. Uno de ellos fue conocer personalmente a Strawinsky y a Cocteau. El poeta vivía entonces detrás de la Madeleine, y allí lo visité. Fue a comer a mi departamento Boulevard Flandrin. En una palabra, lo vi de cerca, lo oí. Y quien no ha oído a Cocteau, aunque lo haya leído, no tiene idea de su seducción. Su talento estaba en la palabra hablada, tanto o más que en su palabra escrita..."

1930: Gropius.

"...Cuando me encontré con Gropius, en el Berlín de 1930, es decir, cuando fui a verlo, yo no sospechaba que a nuestro mundo le esperaba, a corto plazo, una tremenda sacudida y que estos trastornos alejarían al arquitecto de su ciudad natal... Yo no vería a Gropius sino en el nuevo continente: Cambridge, Massachusetts, donde se instaló, siguió su enseñanza... Por último, en Buenos Aires, en mi casa y en la de Amancio Williams. Aunque victorioso y fatigado, era el Gropius que conocí en Berlín..."

1930: Federico de Onís.

"...'El Gallego' —como solía llamarlo en broma—, por gallego que fuera, tenía un espíritu que no cabía en ínsulas o peninsulas. Le hacía falta un espacio vital mayor. Sin embargo, se parecía como pocos a su tierra natal. Su hispanidad era patente e inconscientemente agresiva. Cuando yo lo veía en su casa de campo, escarbando la tierra de Massachusetts en beneficio de sus plantas —ocupación que le deleitaba— me repetía a mí misma:

'¡Qué ha de ser este suelo americano! En cuanto estas manos lo remueven, es suelo español. Estas manos pueden más que la tierra extranjera. ¡Qué tozudez tiene metida en la sangre este hombre! Argumentaba hasta carpiendo y arrancando las malas hierbas, y le ganaba a la tierra de puro porfiado'..."

1930: Jules Supervielle; 1960: Saint-John Perse.

"...En mi *bungalow de madera,* frente al Atlántico, vivieron estos dos hombres en distintos veranos marplatenses. Dos franceses que vieron la luz de América al nacer. Que recibieron en sus cuerpos de recién nacidos el bautismo de la luz americana, esa luz que el agua tropical transforma en sol verde. No me reproche el de las Antillas si sospecho que algo de esa luz nuestra, esplendorosa, quedó en él también.

Partout errante sur les grèves, partout errants sur les / mers, Tais-toi, douceur...

Que no nos diga: *'Tais-toi, lumière'*. Esta luz estaba en su palabra, allí frente al Atlántico, del lado de nuestra orilla..."

1930: Viaje a los Estados Unidos.

"...En la primavera me arranqué de París para desembarcar, una mañana, de acuerdo con lo prometido, en Nueva York y hablar allí de una revista con Frank. Pero, la ciudad, lo inédito de su grandeza (a partir ya de la entrada en el puerto) me asombró a tal punto que olvidé casi el resto..."

1930: Junio. Lima.

"...Tengo gran curiosidad por Lima (del Cuzco vino mi gente en el siglo XVIII), ciudad fundada por la magnífica bestia que debió ser Pizarro. Pizarro, con sus 180 españoles, frente a un imperio desconocido de un millón de indios. Pizarro, asesino de los incas..."

1930: Proyecto de una revista.

"...He aquí el proyecto: publicar una revista que se ocupe principalmente de los problemas americanos, bajo varios aspectos y donde colaboren americanos que tengan algo que decir y los europeos que se interesen por América..."

1930: El proyecto y mi padre.

"...Conocía mi proyecto. 'Te vas a fundir con la revista' —me dijo—. 'Te conozco'. Me hablaba como a un hijo jugador..."

1930: Opiniones.

"...La revista duraría poco —aseguraban—. Era un pasatiempo de oligarca, destinado a terminar cuando dejara de ser un juguete nuevo. Todos los lugares comunes que florecen para descorazonar desfilaron. Además era una mujer que se metía en camisa de once varas..."

1930: Negocio con la "cultura".

"...Los extraños creían que yo disponía de capitales inagotables e incluso que ganaba dinero con la difusión de la 'cultura'..."

1930: Nombre.

"...Teníamos varios nombres en la cabeza, pero no lográbamos ponernos de acuerdo... Entonces llamé por teléfono a Ortega, en España. Esas gentes tienen costumbre de bautizarnos... Así, Ortega no vaciló y, entre los nombres enumerados, sintió en seguida una preferencia: SUR me gritaba desde Madrid... Volví con ese nombre de mi pesca telefónica y lo clavamos con una flecha en la tapa de la revista..."

1931: La flecha.

"...Con María Rosa hemos hablado horas de SUR antes de que existiera. Y hasta hemos elegido los colores de la flecha cuya punta hemos tenido buen cuidado de no clavarnos mutuamente. ¡Ah! No siempre nos hemos librado de otros arqueros. Y a menudo he sido el San Sebastián de mi flecha..."

1930-1931: SUR.

"...El primer número de SUR apareció en el verano de 1930-1931. Era entonces una revista de 19 centímetros por 24, de tapa blanca sobre la cual Eduardo Bullrich había dibujado una flecha de 12 centímetros y medio (recuerdo que todas esas medidas se discutieron). Esa flecha clavaba con su punta verde tres letras. SUR era trimestral, con ilustraciones, un poco más de doscientas páginas, y costaba dos pesos (de la antigua moneda, desde luego). Colombo la imprimía..."

1931: Consejo Extranjero de SUR.

"...El Consejo Extranjero de SUR estaba compuesto por el dominicano Henríquez Ureña, el mexicano Alfonso Reyes, el italiano Leo Ferrero, el francés Drieu la Rochelle, el español Ortega y Gasset, el uruguayo-francés Jules Supervielle, el norteamericano Waldo Frank, el suizo Ernest Ansermet. Todos amigos personales míos..."

1931: Consejo de Redacción de SUR.

"...En el Consejo de Redacción estaban Jorge Luis Borges, Eduardo J. Bullrich, Oliverio Girondo, Alfredo González Garaño, Eduardo Mallea, María Rosa Oliver y Guillermo de Torre. Pero Mallea, iniciador de SUR, y de Torre, secretario, ocupaban un lugar mucho más importante que el de simples consejeros: juntos hacíamos la revista..."

1931: Eduardo Mallea y Guillermo de Torre.

"...Al hablar de esfuerzo me refiero al de todas las personas que sucesiva y simultáneamente han trabajado y colaborado en SUR. En primer orden Eduardo Mallea, sin cuya insistencia no hubiera aparecido la revista. Su dedicación a la tarea de poner en marcha y mantener en marcha esta empresa cultural fue completa y totalmente desinteresada. SUR le debe tanto a su ayuda, durante los primeros años (los más difíciles y brillantes), que sólo es justo afirmar que sin ella no hubiera subsistido... Guillermo de Torre fue el primer e inmejorable secretario nuestro. SUR lo recordará siempre con la gratitud que merece..."

1931: María Rosa Oliver.

"...Si entramos en el capítulo de la fidelidad, es preciso que deje aquí escrito el nombre de María Rosa Oliver. Hemos navegado en aguas borrascosas sin que por eso se haya empañado un límpido afecto fraternal. Data de la fundación de SUR. Tal vez de bastante antes..."

1931: Carta a Waldo Frank. SUR, Nº 1.

"...Una tarde, hacia octubre de 1929, caminábamos juntos por Palermo. Había en el aire pesadez de tormenta y el olor de las rosas y de la tierra era compacto como niebla; pero atravesábamos sin sentirla esa dulzura. Usted me reprochaba con vio-

lencia mi inactividad, y yo le reprochaba, no menos violentamente, que me supusiera usted apta para ciertas labores. Entonces, el nombre de esta revista —que no tenía nombre— fue pronunciado... Nunca se me hubiera ocurrido por sí sola la idea de fundar una revista... Durante la última semana de su estadía en Buenos Aires, el tema de la revista volvió constantemente a nuestras conversaciones... Llegó el día de su partida... Todavía no me había inclinado usted hacia ninguna decisión definitiva. Pero me había llenado, en cambio, de inquietudes, de escrúpulos, de proyectos. Esto era el alba de su triunfo... La revista era para mí, al embarcarme hacia Europa, como los dolores neurálgicos que no se localizan y que uno siente a veces en la espalda, a veces en el codo o en los dedos Las gentes... me interrogaban... Y yo los miraba azorada como si hubieran entrado en mi cuarto sin llamar a la puerta... Ya en París, vi que el proyecto de revista me había precedido... Usted, Waldo, me ha impuesto esa tarea. Finalmente vencida, la he aceptado de usted como un don precioso. He creído poderla aceptar debido a los amigos que están junto a mí y en quienes tengo confianza... Esta revista no será mi revista sino porque es la revista de ellos y la revista de usted. Ella será el lugar constante de nuestro encuentro..."

1931: Sobre la Revista.

"...Aquí la revista ha sido acogida como si todas las semanas salieran revistas semejantes. Han dicho que bien podía pagarme ese lujo..."

1931-1975: La familia de las Letras.

"...En la fe de bautismo de SUR, consta que Waldo y Mallea fueron sus padrinos. Nació del deseo de poner a la disposición de un grupo... de escritores jóvenes ese lugar de reunión, de unión, y de posibilidad de encuentros con otros escritores extranjeros. La familia de las letras es una. Nuestro grupo fue cambiando. Se agrandó, se achicó, se agrandó de nuevo. Hubo discusiones. Peleas. Partidas. Retornos. Afectos a los que no les hicieron mella las diferencias ideológicas. No todos pensábamos lo mismo y por ello pasábamos malos ratos. Muchos buenos ratos, igualmente. En una palabra, no éramos figuras de cera en un museo representando tal o cual personaje, éramos de carne y

hueso, llenos de cualidades y de defectos exasperantes. Los escritores tienen tendencia a ser exasperantes..."

1931: Gandhi.

"...Descubro que no deseo nada, salvo permanecer así a su sombra... Al salir del Magic City, el 5 de diciembre de 1931, fue exactamente lo que sentíamos y decíamos una amiga francesa y yo. Gandhi, de paso en París, acababa de explicar a una sala repleta lo que entendía por no-violencia. Lo habían acosado a preguntas embarazosas, o que lo habrían sido para otro cualquiera. Gandhi sin desconcertarse ni titubear las contestó todas con una presencia de espíritu, una justeza, una sinceridad, una paciencia inalterables..."

1932: Primer paseo con Huxley, por las calles de Londres.

"...Al día siguiente de mi llegada vino a buscarme Aldous Huxley al *flat* de *Albermal Street*, donde yo paraba, y nos fuimos caminando por *Picadilly* y el *Strand* hasta el *Savoy*. Iba yo bastante cohibida junto a ese inglés tan alto (casi nunca tengo ocasión de mirar hacia arriba cuando me dirijo a alguien), cortés y distante... La tumultuosa y nunca vencida timidez de mi adolescencia se avivó esa tarde, desesperándome. Aldous habló y yo tartamudeé. Hablamos de *Point Counter Point*; D. H. Lawrence, su amigo, muerto hacía poco..."

1933: T. S. Eliot.

"...Fue hacia 1933. En la oficina de Russel Square. Alguien, un inglés, se sorprendió: '¡Pretende usted ser tímida y se larga a visitar a T. S. Eliot!' Qué tendrá que ver —pensaba yo—. Si me dijeran que Dios anda por esta ciudad, también trataría de verlo. No por curiosidad. No soy curiosa. Por amor..."

1933: Creación de la Editorial.

"...Como SUR daba un serio déficit, Ortega me aconsejó que publicara libros para amenguarlo. Su experiencia de la *Revista de Occidente* le había demostrado que los libros podían equilibrar las finanzas de una revista. La idea me pareció brillante y la puse inmediatamente en práctica. Pero, desde el saque, elegí (porque me gustaban) obras que otras editoriales no se atrevían

a publicar por lo voluminosas y el riesgo de perder dinero que implicaban..."

1934: La historia viva.

"...Las primeras palabras que cambiamos no me son más fáciles de recordar que la mesa, la silla, la lámpara... Poco importan, lo que importa es 'esa presencia' que el visitante debe tragarse como la boa constrictor traga a su presa: entera. (La digestión, para más tarde). Lo que se 'oye' es esa presencia: es maciza, compacta. Se soporta como un choque. Ocupa tanto lugar que es como si poblara por sí sola la inmensa sala del Palacio Venecia... Mussolini creía y cree en la fecundidad del odio, no del amor. Yo no. Se lo digo..."

1934: Virginia Woolf; Man Ray.

"...Man Ray hacía una exposición de fotografías en Londres... Aldous Huxley me invitó a ir con él y me confió que 'Virginia Woolf vendría también, quizá'... De pronto, oí su nombre y el mío pronunciado por una amiga y al volver la cabeza hacia esa voz, el rostro maravilloso ya estaba vuelto hacia el mío...

1934: París.

"...Vinieron a almorzar los surrealistas Breton, Eluard. Eluard se golpeó la frente y se le hizo un chichón que necesitó hielo. Fani decía después: '¡Estos israelitas!'..."

1934: Octubre. Una visita a Jung.

"...En octubre de 1934 di un pequeño rodeo al regresar de Roma a París; me detuve en Zurich para ver al autor de *Tipos psicológicos*. Llovía a cántaros esa tarde cuando mi taxímetro atravesó, en Küsnacht, un jardín que olía a tierra mojada y me dejó, armada de un paraguas y desarmada por emociones contradictorias, ante una puerta: la del Dr. Jung. ¿Era debido a las largas horas del tren, del brusco cambio de temperatura, a la lluvia, a la proximidad de un gran hombre? No lo sé. Ello es que sentía yo crecer y desarrollarse en mí uno de esos complejos de inferioridad que nos hacen sentir y representar el papel de una idiota a las mil maravillas. En estas lamentables condiciones entramos yo, mi paraguas y mis emociones en la casa del célebre

psiquiatra suizo. Pero mi paraguas —cuya suerte envidiaba en ese momento— quedó en el 'hall", mientras que nosotras (mis emociones y yo) nos vimos obligadas a subir la escalera..."

1935: *Testimonios*, I.

"...yo no soy una escritora. Soy simplemente un ser humano en busca de expresión. Escribo porque no puedo impedírmelo, porque siento la necesidad de ello y porque ésa es mi única manera de comunicarme con algunos seres, conmigo misma. Mi única manera...

1936: *Perséphone*.

"...Todo llega, hasta lo que deseamos, dicen los franceses. Así fue, en este caso... Strawinsky vino. Hicimos *Perséphone*, una vez en Buenos Aires, dos en Río. El 21 de mayo de 1939, lo hicimos en el Maggio Musicale Fiorentino, con una orquesta, unos coros, un solista, Anspach, dignos de ese festival. Entre los que he marcado con una piedra blanca, está ese día..."

1936: Setiembre. Habla en el P.E.N. Club (Congreso Internacional).

"...En ocasión del Congreso de los P.E.N. Clubes en Buenos Aires, sabiendo yo que tendría que hablar ante una brillante asamblea de literatos y habiendo transferido a estos señores mi parte de credulidad, me creí en el deber de advertirles que sólo me atrevía a dirigirme a ellos a título de 'common reader'..."

1936: Con Maritain y con Michaux. (Congreso del P.E.N. Club).

"...Hablo con Maritain de la inconcebible actitud de la curia con motivo del beneficio de las madres cristianas en que Arrau y yo teníamos que tomar parte...

"Con Michaux, fuimos a oír misa, a las siete de la mañana. Don Orione en persona la decía. Me pareció que por primera vez oía misa..."

1937: Enero. Alfonso Reyes le dedica un romance.

"...El Alfonso de Buenos Aires, de Mar del Plata, dedica un risueño poema a nuestras caminatas mañaneras..."

"Mar del Plata y mes de enero
cuando las grandes calores.
Sale a paseo Victoria
con sus cuatro entrenadores."

1937: 7 de abril. Cumpleaños de Gabriela Mistral y Victoria Ocampo, en Mar del Plata.

"...Y sucedió que descubrimos también, pocos días antes del 7, que habíamos nacido el mismo día, si no el mismo año. Para conmemorar la fecha y la coincidencia, me dedicó un poema cuyos originales, garabateados con lápiz, guardo preciosamente..."

1937: Federico.

"... '¡Cuánta vida!'. Porque en tí todo era abundancia, riqueza de vida, alegría siempre renovada de vivir... Y entonces no puedo creer que...

'Trescientas rosas morenas
lleva tu pechera blanca'.

Parecías tan poco hecho para esa clase de cosas, Federico. Tan poco hecho para lo que las derramó, atrozmente... Las trescientas rosas, ibas tú a dárnoslas a tu manera. Pero te las han arrancado estúpidamente, bárbaramente del corazón, impidiendo así que florecieran..."

1937: *Viaje olvidado* (Silvina Ocampo).

"...Descubrí más tarde que Silvina tenía, en efecto, algo mejor que hacer que ilustrar mis recuerdos. Tenía que contar los suyos propios, a su manera. Y es lo que un día me trajo... Estos recuerdos, relatados bajo forma de cuentos y mezclados de abundantes invenciones, habrían podido ser los míos, pero eran distintos, muy distintos de tono... Desde el fondo de un pasado común, vivido en la misma casa, inclinado sobre el mismo catecismo, abrigado por los mismos árboles y las mismas miradas, estos recuerdos me lanzaban señales en el lenguaje cifrado de la infancia, que es el del sueño y el de la poesía..."

1938: Leopoldo Lugones.

"... Por casualidad, han caído en mis manos, últimamente, unos artículos de Lugones escritos en su juventud (cuando yo andaba por los siete años). Uno sobre la mujer me llamó la atención y me ha hecho desesperarme de no haber tenido ocasión de ver a este hombre sino una sola vez, de paso... Con una gran diferencia de edades, hemos vivido, sin embargo, en los mismos tiempos, el mismo continente, la misma ciudad; yo ignorando lo

que él pensaba a este respecto; él, ignorando (naturalmente) que yo existía . . . "

1939: Junio. Visita a Notre-Dâme con Valéry.

" . . . Pocos días después, habiendo salido una mañana, con Valéry, me propuso entrar en Notre-Dâme para ver los nuevos *vitraux* . . . Entré con él en la catedral. Me asombró el no estar más asombrada, pues estaba viviendo un cuento de hadas. Habiendo soñado durante toda mi adolescencia con acercarme a esos príncipes que eran para mí los hombres de letras, aquí me encontraba, en el corazón de París, de Francia, de Europa, del mundo, yo, venida de tierras distantes y que había hecho tan poco para merecerlo, en compañía de un rey; ese rey me servía de guía. Paul Valéry me está enseñando esta mañana Notre-Dâme, decía yo a esa lejana adolescente que se trepaba, sin perder el aliento, hasta las gárgolas de las grandes torres . . . "

1939: Ultima conversación con Fondane.

" . . . La última vez que conversé con Fondane, en juno de 1939, puso en mis manos un gran paquete: su correspondencia con Chestov. Tenía el presentimiento de que algo le iba a pasar. No tomé en serio aquélla premonición. ¡Cuánto me lo reproché con el correr del tiempo! . . . "

1939: Yorkshire.

" . . . Recordé otra peregrinación semejante, a la rectoría de Haworth, en 1939. Allí en Yorkshire, otras personas la recorrían también la tarde que yo llegué. Pero como nada me obligaba a dirigirles la palabra, no turbaban mi acompañada soledad. Estaba realmente en casa de Emily y Charlotte Brontë. Aquella casa era de ellas. Estaba con ellas . . . "

1939: Setiembre. La guerra.

" . . . El 26 de septiembre a las 11 de la noche llegué a Londres, donde me esperaba mi hermana. Al pasar delante de Green Park, vi, con sorpresa, que en el césped estaban cavando refugios contra los bombardeos aéreos. En el cuarto conocido, y siempre idéntico del hotel de Halfmoon Street, me llamó la atención ver sobre la mesa en que tiré mi sombrero una especie de prospecto, una hoja impresa cuyo título era el siguiente: 'City of Westmin-

ster. Air Raid Precautions. Fitting gas mask". En ese papel se me pedía que fuese a probarme y a recoger una máscara contra gases antes del 1º de octubre... Éste fue mi primer contacto carnal con la idea de guerra. Con la idea hecha carne amenazada. Desde aquella noche la guerra no se me aparece ya como una de esas realidades abstractas, cuya existencia reconocemos hasta el punto de admitir que pueden convertirse, para nosotros también, en algo concreto, pero que tocamos sólo con la imaginación. Había tocado la idea de guerra hecha carne amenazada con la imaginación..."

1939: Un arreglo desgraciado.

"... Se funda la *Sudamericana* con el fondo editorial de SUR. Pero a poco andar me doy cuenta que hay incompatibilidad en este matrimonio. Me voy de la Editorial. Pero, como le había vendido los libros de SUR tengo que volver a empezar desde cero..."

1940: Deber de América.

"... Lo que defendemos hoy, en esta gran catástrofe humana, es algo más importante, más esencial que nuestra tierra, que nuestros derechos, que la justicia y la libertad: defendemos nuestra alma..."

1941: Abril. Muerte de Virginia Woolf.

"... Los muertos a quienes queremos nos habitan. El cariño que les tenemos los hace vivir en nosotros con sus cualidades y defectos (sí, sus defectos: parte de todo ser que es esencial conocer bien, pues es el impuesto que se paga para gozar legítimamente de una posesión total). Pero como sólo viven en nuestra vida porque hemos vivido la de ellos, hay un momento, más duro de sufrir que ningún otro, en que nos es preciso abandonar su morada y regresar con ellos, para siempre, a la nuestra, tan poblada ya... Y decimos a uno: 'Ese ademán con que me llamabas cuando yo era chica, lo veo'. Y a otra: '¡Tus pasos detrás de la puerta cuando venías temprano a besarme el día de mi cumpleaños! ¡Tus pasos, los oigo, aunque no abras la puerta!'. Esto, en nosotros, es la eternidad..."

1941: Junio. *San Isidro.*

"... Pienso en aquellos a quienes les gustará guardar este

libro porque quieren como yo a San Isidro. Pienso en aquellos que lo hubieran recibido con alegría, como un regalo de la chica de delantal, trenzas y manos sucias de tierra y tinta; la chica que seguían viendo en mí, a pesar de correr los años. Pienso en ellos al oir pasar el carrito del panadero por el camino de los paraísos; al sentir en el aire el olor de jazmines y de la ólea fragans. Hoy, ese ruido del carrito, ese olor a jazmines y de ólea fragans, ese río cambiante, ya no son como ayer cosas que me rodeaban sin retenerme y a través de las cuales pasaba yo rápida y distraída, con el empuje maravilloso de una juventud que toma posesión del mundo. Hoy esas cosas son presencias conmovedoras. Casi personas . . . "

1941: Ernesto Sábato.

"... Pedro Henríquez Ureña me trajo hoy, a San Isidro, un joven que seguramente hará carrera: Ernesto Sábato . . . "

1941: Diciembre. *Testimonios,* II.

"... Para mí, los artículos que siguen han sido una manera de vivir conmigo misma durante una parte de mis días. Una manera, también, de respiración. Poco importa que estas hojas ennegrecidas sean caducas como las demás, las del plátano que asoma por mi ventana . . . Habrán cumplido su función. El árbol habrá respirado por ellas. Por ellas habrá ofrecido su sombra amiga, su verdor al transeúnte, si alguno llega a haber que aproveche este follaje. Pero aun cuando este transeúnte problemático no existiera . . . Estos testimonios no tienen más pretensión que un afán de honestidad . . . "

1942: *338171 T. E. Lawrence.*

"... [Lawrence] era un enamorado de las grandes llanuras. Y en esa región, poblada de ausencias, tuvo lugar nuestro encuentro . . . "

1943: Encuentro con St. John Perse.

"... El año en que me encontré personalmente con St. John Perse, en Washington, me contó, con ese sabor que toma el más pequeño detalle por él observado, algo que acababa de ocurrir: una mañana, en medio de la gran capital estadounidense, con su movimiento, su gentío y tránsito de la gran ciudad, se asomó

a la ventana de su cuarto una ardilla. Nada más que una ardilla. Nada menos. Aquello no hubiera podido suceder en París, ni en Londres; ni en Berlín —me decía St. John Perse—. Pero sí en Washington. 'Esto es América', agregó..."

1944: *Lettres Françaises.*

"...En Londres, en 1944, se hace de *Lettres Françaises* una edición antológica en papel Biblia y de formato reducido. Esta edición es arrojada por aviones en la Francia ocupada...".

1944: Herederos.

"... No hay riqueza espiritual que pueda disminuir con el reparto. Este es destino exclusivo de los bienes materiales. Querer reducir nuestra herencia a los pensadores y artistas que nuestros países han producido, sea cual fuere nuestra nacionalidad, es el absurdo por excelencia, puesto que todos somos herederos de Shakespeare y de Dante, de Platón y de Cervantes, de Bach y de Miguel Angel, de Beethoven y de Leonardo. Heredamos lo que han dejado de sí a la humanidad entera, lo heredamos en la estricta medida en que somos capaces de comprenderlo y gozarlo..."

1944: 23 de agosto. Liberación de París.

"... No es éste el momento de contentarse con llorar a los desaparecidos y depositar, en desagravio, flores sobre sus tumbas. Es el momento de hacer revivir su espíritu en nosotros..."

1945: Gabriela Mistral y el Premio Nobel.

"... La noticia del premio Nobel acordado a la autora de *Tala,* que publicamos en 1938, me encuentra, después de tantos cataclismos, sentada en el mismo lugar. Tengo un instante la impresión de que nada ha cambiado desde el día en que Gabriela caminaba por este césped. Pero los niños de "Recado".

'La casa y el jardín cruzan los niños...'

no son ya niños. Ella no los reconocería..."

1946: Enero. *Testimonios,* III.

"... Te estimo demasiado, querido lector, para no separar tu causa de la del mero comprador de libros. Por nada del mundo trataré de darte gato por liebre... Ya escriba sobre América o Cochinchina sobre Valéry o Caperucita Roja, lo que verás en mi cali-

doscopio bajo forma de greca o de festones, de arabescos o de damero, será siempre un testimonio. ¿Soy un buen o mal testigo? Eso es lo que importa averiguar, a ti te toca dar el fallo... Cada autor, grande o pequeño, genial o mediocre, escribe un solo libro a lo largo de su vida, aun cuando cambie de título y de tema..."

1946: Presencia de ausentes.

"... Me despedí de Londres en junio de 1939 con malos presentimientos. Mi regreso, mayo de 1946, iba a encontrar en esa capital como en París muchos amigos ausentes. Es decir, dolorosamente presentes por esa misma ausencia..."

1946: Clouds Hill.

"... Yo esperaba, de acuerdo con mis experiencias anteriores y mi intuición de tales misterios, encontrar huellas de T. E. en las cosas que rodearon su vida diaria, así como un traje usado guarda la forma de nuestro cuerpo. Lawrence había usado Clouds Hill durante muchos años..."

1946: Mayo. Con la Reina Elizabeth.

"... Entré en taxi a Buckingham Palace, para una audiencia con la reina Elizabeth, sin más santo y seña que mi nombre y el del Consejo Británico, Subí sola en el ascensor (chico) de los apartamentos privados. *Esto* es Inglaterra..."

1946: El juicio de Nuremberg.

"... Por primera vez en la vida, mis ojos tocan esos célebres rostros alemanes en carne y hueso. Pero siempre vuelven a los cuatro primeros, sentados en el extremo del banco que queda a mi lado: Goering, Hess, Keitel, Ribbentrop. Sobre todo el primero. Diría 'Hermann', casi sin alzar la voz, y él me oiría..."

1946: El caso de Drieu la Rochelle.

"... He optado por llamar *Testimonios* a casi todo lo que he escrito. Estas páginas no tienen más pretensión ni intención que la de ser un testimonio verídico y necesario. Se trata de la tragedia de un hombre, de un escritor..."

1946: Marguerite Moreno-Louis Jouvet.

"... En aquel camarín me quedé un rato que aún perdura. Jouvet, disfrazado de atorrante, sonreía a Marguerite vestida

de loca, de verdadera loca. (Nunca vi un traje que tradujera con tanta elocuencia el lenguaje de la locura). Y yo, entre los dos, rodeada del 'temps retrouvé' no sabía si al reirme lloraría..."

1946: Paul Claudel.

"... Conversé una sola vez con Claudel en 1946. Nos invitó a almorzar un amigo común, Wladimir d'Ormesson, en el campo. Claudel me trajo de vuelta a París. Este encuentro no agregó nada a lo que de él intuía. Estaba *ya*, si mal no recuerdo, bastante sordo, lo que no facilitaba el diálogo con esta fuerza de la naturaleza. Me alegró poderlo saludar, me entristeció no poder comunicarme con él como me había comunicado con sus Poemas..."

1947: Sartre y Simone de Beauvoir.

"... Almuerzo con Sartre y Simone de Beauvoir. ¡Cómo borra la fealdad física la inteligencia! Sartre es el ejemplo más patente de este fenómeno..."

1948: María de Maeztu.

"... No la he conocido muerta y es imposible imaginar su rostro enmudecido por la ausencia de lo que lo mantenía al alcance de nuestra voz. En mi memoria María lleva aún su abrigo de *petit gris* y levanta hacia mí sus ojos claros. Se me aparece como cuando pasaba la cabeza por la rendija de la puerta, tempranito, en Madrid. Y me remordía el prolongar mi sueño mientras ella comenzaba su tarea. También esto tendré que agredecerle. Esta gran trabajadora no cesa de trabajar en la imagen que de ella guardo..."

1948: T. S. Eliot. Premio Nobel.

"... Por eso sentimos una especial alegría y un gran consuelo al saber que quien ha recibido esta vez el premio Nobel es aquel poeta exigente consigo mismo y los demás (desde el punto de vista literario); aquel poeta que bajo ningún pretexto admite que se sacrifique a sea lo que fuere (persona o cosa) el nivel artístico de una obra, aquel poeta que sostiene que la cultura habrá de ser mantenida, en nuestra época, por un pequeño número de personas —generalmente provistas de ventajas materiales— y por revistas y periódicos de escasísima difusión, casi exclusivamente leídos por sus propios colaboradores..."

1949: Acerca de la amistad.

"... Amistad es ante todo elección. No elige uno a sus padres, a sus parientes, tampoco elige uno siempre a su amor, y por amor entiendo, en este caso, la atracción amorosa que arrastra a un hombre hacia una mujer o a una mujer hacia un hombre. Pero uno elige siempre a sus amigos. La amistad, la grande, está hecha, como el gran amor, de una suma de coincidencias dificilísimas de darse. A ella se refiere Montaigne cuando escribe: *"Parce que c'etait lui, parce que c'etait moi..."*

1949: El león y el mosquito.

"... Ahora podré tirar alegremente al canasto aquellas notas que mi pereza dejó inconclusas e impresentables en letras de molde. Simone de Beauvoir, en un ensayo publicado en *Temps Modernes*. 'Le mythe de la femme et les écrivains', dice al ilustre autor de *Solstice de juin* todo lo que yo quería decirle. Y se lo dice mejor. Lo pone definitivamente en su lugar con implacable lógica. (Ese lugar no es, por cierto, el pomposo pedestal que Montherlant se adjudica). Examina con minucia feroz y justa todo cuanto ha escrito sobre nosotras (madres, hermanas, amantes) en su obra entera. Ningún matiz, ningún detalle se le escapa, y con esos matices, esos detalles, y con todo lo demás, fabrica una cachiporra (que maneja diestramente a la manera de un matamoscas) y aplasta, legalmente, legítimamente al león, al semidiós..."

1950: Mayo. *Testimonio,* IV. (*Soledad Sonora*)

"... La soledad, subsuelo de este libro, se puebla en él de reflexiones que a veces quedan en las capas superficiales de tierra, a veces van (o tratan de ir) a las capas profundas. De ahí esta mezcla de comentarios sobre las molestias y desabrimientos de la vida cotidiana que terminan por hacer gracia —fealdad de las pérgolas o severidad desmesurada de un agente que nos encaja una multa——; sobre la atracción que ejerce cierta música o cierto árbol; sobre la conciencia atormentada de los hombres; sobre el martirio de un joven héroe que no se tenía por tal; sobre el asesinato del hombre más admirable de nuestra época (el más lúcido en su exaltación, el más cuerdo en su mística, el más eficaz en su candor). Hasta qué punto habré logrado hacer sonora para los

demás esa soledad que resuena en mí, no puedo saberlo ni preverlo..."

1950: 13 de junio. Premio de honor de la S.A.D.E.

"... Cuando Borges me anunció, digo, esta decisión, pensé, al colgar el tubo, sin haber vuelto de mi asombro: 'Y ahora, ¿les fabricaré un discursito de agradecimento convencional o les diré lo que realmento siento?' Después de reflexionar he optado por lo segundo..."

1951: Abril. *El viajero y una de sus sombras. (Keyserling en mis Memorias).*

"...Nunca he compartido tampoco la superstición singular que nos hace pensar en un muerto atribuyéndole las virtudes y las cualidades que no tuvo en vida. Se quiere a quien se quiere a pesar de sus defectos y de sus vicios (con tal que sea el tipo de vicios y defectos que no nos son particularmente intolerables). Y al evocar a los muertos se los evoca íntegros, como viven en nosotros, sin mentiras convencionales, sin transformarlos en espíritus celestes que nunca fueron...".

1951: 7 de agosto. El hablar de Martínez Estrada.

"... El hablar de Martínez Estrada es de una elocuencia que desprecia la elocuencia. Única elocuencia lícita en estos casos y en estos hombres. Nos habla desde el fondo de una 'amarga, oscura y sonora cisterna', y por eso oímos en sus palabras, sin que él se lo proponga, 'el eco de una grandeza interna', De una grandeza que nos comunica. De pronto nos sentimos portadores de ella como el aire ha de sentirse portador del sonido... sin posible vanidad... Oir hablar a Martínez Estrada, ese día, ha sido para mí una pura alegría inesperada..."

1952: Cesare Zavattini.

"... el poeta Zavattini es... uno de los hombres de más simpatía humana que darse pueda...

1952: Conocedor de palabras: Amado Alonso.

"... Esa voz que me trasmitía a distancia y por el sonido el cambio de un rostro familiar es la única imagen que conservo (y la última) de Amado Alonso enfermo. De Amado Alonso, gran conocedor de las palabras, de sus raíces, su tronco, sus ramas.

Esas palabras que ya no sirven para nada cuando se toca fondo en la condición humana. Esas palabras que flotan en la superficie de nuestros sentimientos, secas como corcho, en cuanto un hecho inevitable, cruel, previsible y siempre creíble nos hunde en el abismo. Un abismo adonde nunca podrán acompañarnos..."

1953: Mayo. En la cárcel del Buen Pastor.

"... Cuando en 1953 encerraron en el Buen Pastor a un grupo de mujeres, la madre Gertrudis nos pidió a todas que nos pusiéramos una marca en nuestros delantales de presas, para reconocerlos. Se nos ocurrió entonces que más valía escribir nuestro nombre entero, y llevarlo sobre el pecho, donde se viera bien. Una compañera de cárcel, María Rosa González, bordó el mío con hilo verde, sobre una cinta de hilera blanca. Al irme de la cárcel quise comprar mi delantal, testigo de una inolvidable experiencia. No me lo dieron. Entonces descosí el nombre y me lo llevé..."

1953: En El Buen Patsor.

"... Como no podía dormir... me preguntaba qué hora sería. Una de mis compañeras al verme sentada en la cama y tapándome los oídos, tuvo la bondad de venir a preguntarme si me sentía mal... Tu camisón blanco, de tela burda, lencería del Buen Pastor, concentró por un momento los débiles rayos de luz que entraban desde fuera. No bien te aproximaste a mi cama, la cabeza de una celadora que montaba guardia en el patio surgió contra el vidrio de la puerta enrejada. Sólo me quedó tiempo para decirte entre dientes: 'No es nada. Son ronquidos. Andate'. Fingiste entonces ir a beber una taza de agua... Luego volviste a acostarte como una niña desobediente que se siente culpable. ¡Y qué culpa! Un gesto de humanidad cuya dulzura no olvidaré nunca (y que todavía me llena los ojos de lágrimas)..."

1953: Nehru.

"... El *dear,* usual en inglés, fórmula hueca de ésas que usamos a diario sin atribuirles más sentido que un '¿cómo le va?', tenía significado en esa circunstancia. Para mí, su nombre, desde hace años, iba acompañado por ese participio pasivo, nada pasivo, querido. Querido de veras. En efecto, yo lo quería a usted. Como la de Gandhi y la de Tagore, en distintos grados y con distintos matices, su presencia en el mundo, y en mi vida personal, habían tenido, tenían y tendrían siempre una gran resonancia..."

1953: Muerte de Fani.

"... Ella tenía más coraje que yo: lloraba. Se atrevía a vivir la verdad, se atrevía a no eludir la despedida (aunque yo le había ocultado su mal). Ese fue su verdadero adiós, pues nunca más volvió a mencionar que se sentía morir. Me abrazó llorando. Yo esperé que saliera del cuarto para llorar..."

1953: La casa de la calle México.

"...La Comisión organizadora de esta fiesta me ha pedido que les hable sobre el pasado de esta casa en que nos reunimos hoy. Hace varios años que es la Casa del Escritor, pero fue la de mi madre durante su infancia y adolescencia. Mis abuelos la ocuparon hacia 1870... En esta misma casa, ... vivió mi madre en su juventud. Ella nos hablaba siempre de la 'calle México' con nostalgia y el nombre de la calle ha quedado ligado, en mí, al sonido de su voz..."

1954: Una nueva ley.

"... Hoy, 30 de septiembre, leo en *La Nación* que un nuevo proyecto de ley sobre la situación legal de los hijos suprime toda discriminación entre los nacidos de un matrimonio y de los otros. Es éste un acto de pura y simple justicia: para cumplirlo, sin embargo, era aún necesario vencer prejuicios e 'intereses creados'. Por lo demás, bien quisiera uno saber en nombre de qué moral puede sostenerse que los inocentes deben ser castigados, so pretexto de que hay que castigar o amenazar a los culpables..."

1954: *Virginia Woolf en su diario.*

"... De los veintiséis volúmenes que forman el texto del *Diario* de Virginia Woolf, su marido y admirador (las dos cosas, por desgracia, no siempre andan juntas) ha extraído un libro de trescientas sesenta y cinco páginas... Nada de lo que se refiere al oficio de escritor, a sus esperanzas y decepciones, a la expectativa nerviosa de la crítica, al sentimiento de triunfo o de duda, al goce y a los tormentos de la cosa escrita ha sido suprimido. Se desprende del *Diario*, en primer término, que el arte de escribir fue lo esencial en esta vida consagrada a convertirlo todo, casi inconscientemente, en materia literaria. Para quienes conocieron a Virginia Woolf esto no es una revelación, pues supongo que algún día les habrá dicho ella lo que me dijo en su 'living-room'

de Tavistock Square, de paredes decoradas por los arabescos de Vanessa Bell, hermana y amiga: 'escribir es mi vida'..."

1955: *The Mint.*

"...Traducir *The Mint* es una empresa de locos. A. W. Lawrence me escribía: 'Cuando pienso en el libro, más imposible me parece de traducir'. Era indispensable que alguien con tiempo, paciencia y devoción por el autor de los *Siete Pilares* se consagrara a la tarea Por eso la emprendí yo..."

1955: Homenaje a T. E. Lawrense.

"... Yo no tenía palmas, ni coronas, ni flores para depositar a la efigie. Laurence no está enterrado allí [Iglesia de St. Martin], sino en Moretone. Al pasar junto a un cerco, había cortado y prendido de mi solapa una ramita de hiedra. La puse sobre el puñal. Las hojas, de un verde deslumbrante (eran muy tiernitas), triangulares y de borde ondulado, prestaron, durante un instante, vida a la mano pálida cerrada sobre el arma..."

1956: Otros tiempos.

"... He vivido en la época en que una mujer no podía encender un cigarrillo en la confitería París, sin que un mozo le pidiera que lo apagara, ni seguir una carrera, o reclamar el voto sin que se rieran de sus pretensiones, ni manejar un auto sin que le gritaran algo insultante en cada bocacalle..."

1956: Muerte de Baeza.

"... Con Baeza, se me muere un poco de Shakespeare, un poco de Shelley, un poco de Cervantes y de Wilde y de Nietzsche y de Tolstoy. Se me muere incluso mucho más de un personaje que él creaba y que llevaba mi nombre..."

1956: Carta a Alfonso Reyes.

"... Gracias por tu cartita que me dio una gran alegría del corazón. No creas que no te escribo *porque no te pienso* (como diría Gabriela). Pero soy más capaz de escribirle a una persona con quien he conversado la víspera, en la playa y aquí en Mar del Plata, que a una persona que no he visto desde hace... ¿cuántos años? y a quien tengo necesidad de contar tantas, tantas, tantas cosas: un mundo de cosas. La verdad es que no sé qué decirte por lo mucho que tengo que decirte..."

1957: *Testimonios,* V.

"... Este quinto volumen de *Testimonios* (para complacer al editor, el cuarto volumen llevó otro título: *Soledad sonora*; le parecía peligroso para la venta seguir repitiendo el mismo título) trata de personas, libros y acontecimientos inconexos en apariencia. Para mí están todos profundamente ligados ya que fueron parte de mi vida desde el año 1950 hasta lo que va de 1957..."

1957: Los adioses.

"... Los adioses se dicen de antemano, nunca se sabe cuándo, hasta después..."

1958: Boris Pasternak.

"... el autor de *El doctor Jivago* es esencialmente un hombre de su tiempo, y hace literatura de su tiempo: trae un testimonio. Pero es más que un testigo: es un gran poeta y un gran creador. Por serlo, supera su tiempo..."

1959: La pampa de Hudson.

"... No basta ser argentino para descubrir de sopetón nuestras recónditas bellezas (las hay claras y evidentes para el más distraído: Iguazú, Nahuel Huapí), como la incomparable pampa que Hudson llevó en pedacitos a Inglaterra y reconstruyó con minuciosa ternura..."

1959: La Morena.

"... 'Chicas, dejen en paz a Celedonia y vayan a jugar', ordenaba una mujer joven, sonriente y linda asomada a una ventana... Aquella mujer, la señora para Celedonia, era para nosotras el centro de la vida..."

1959: Lo que cuenta o lo que vale.

"... Lo único que cuenta es lo que cada uno ha hecho de su vida después del accidente del nacimiento, a partir de él. Cómo se han aprovechado o desaprovechado las oportunidades, cómo se ha luchado para vencer obstáculos..."

1960: *Habla el algarrobo.*

"... En la quinta (ex-chacra) Pueyrredón ocurrieron muchas cosas de mucho peso para nuestro destino, para el de Hispano-

américa. Aquella quinta que yo solía visitar de niña, cuando era de mi tío abuelo Manuel Aguirre, representa para mí la *quinta-esencia* de San Isidro. Yo conocía su historia por tradición oral, fragmentariamente. Después empecé a documentarme: empecé a preguntarme, también, qué habría visto y oído el algarrobo centenario situado en lo alto de la barranca. Y he terminado escribiendo un texto titulado *Habla el algarrobo* porque en realidad son cosas que el algarrobo sabe mejor que cualquiera de nosotros. Yo me he limitado a repetir lo que me dijo..."

1960: Muerte de Alfonso Reyes.

"... ¡Cómo pueden doler las grandes ciudades, Londres, París, Madrid, Nueva York, Calcuta, Florencia, Río, México, Amsterdam, Roma, Buenos Aires! ¡Cómo pueden doler hasta los pueblitos perdidos en un descampado, hasta un pedacito de jardín, un pedacito de bosque, unos metros de arena frente a mucho mar! Y cómo pueden dolernos nuestros amigos. Vivos o muertos. Vivos, cuando se nos van, sea por la separación de la distancia material, sea por la otra distancia: por no haber podido marchar juntos sino en una etapa de la vida, porque no los conocíamos, o no nos conocíamos a nosotros mismos, ¡qué sé yo! Si de alguna manera teníamos que perderlos, tal vez en la forma terrible de la muerte los perdemos menos. Pero esto no es un consuelo..."

1960: *L'Etranger.*

"... En un ejemplar de *L'Etranger,* con 29 aguafuertes, que Camus me regaló en París, en noviembre de ese mismo año, releo esta dedicatoria: 'Ce livre qui n'explique rien avec l'amitié qui résoud tout: celle du coeur'.

1. *L'Etranger.*
2. New York.
3. París.
4. Buenos Aires. Août 1949.
5. ?

El número cuatro se refería a un viaje a Buenos Aires ya proyectado. El número cinco, un punto de interrogación solitario, es ahora, más que nunca, una pregunta: ¿dónde? ¿y es posible que exista un absurdo tan perfecto como el que no haya un dónde?..."

1964: Enero-febrero: Treinta años de SUR.

"... En 1951, festejamos los veinte años de SUR, con un volumen voluminoso (*especial*) y muchas fotografías de colaboradores. Este año, para festejar sus treinta años, seremos más modestos, en cuanto a la cantidad, y suprimiremos la iconografía. Tres flechas en la tapa, único lujo que nos permitiremos, señalan cada una diez años de labor..."

1961: Alturas.

"... Una revista literaria argentina no puede vivir a la altura de una revista literaria extranjera, de primera calidad, desde luego. Y cuando vive es porque está viviendo de puente entre dos, tres, cuatro o cinco literaturas. Por transfusiones. Esta no es una operación con riesgo de muerte, ni una misión que traicione los intereses de la cultura argentina. Me iré al otro mundo (donde espero verme libre, por lo menos, de estas discusiones zafias e interpretaciones aviesas de un nacionalismo mal entendido y peor practicado) repitiéndolo. Y me iré harta de tener que repetirlo..."

1962: Condecoración de Comendador de la Orden de Artes y Letras.

".Lo que los franceses me dan, lo acepto como un certificado de amor a Francia. Como tal, recibo este valioso don a que otras razones no me hacen acreedora. Como tal, puedo aceptarlo sin retroceder ante su desmesura, ante el desequilibrio que existe entre mis merecimientos y su significado. A mi amor se dirige, y es mi amor, no yo, quien se siente digno de él..."

1962: *Testimonios sobre Victoria Ocampo.*

"... Comprendo que estos *Testimonios* sobre, no *de* V. O. están dictados, la mayoría, por el cariño. Y debo confesar que sin ese libro no me hubiese enterado en mi vida —probablemente— de lo que pensaban algunas personas cuya opinión cuenta muchísimo para mí..."

1962: Un homenaje no merecido.

"... Cuando supe, en París, que mis amigos de Buenos Aires me estaban preparando un libro y que habían pedido colaboraciones a muchas personas, me disgusté profundamente. Sabía que lo hacían por cariño y por figurarse que tenían algo que agradecer-

me. Pero como yo sólo he hecho, durante toda mi vida, lo que más me gustaba e interesaba, no existe razón alguna para que me lo agradezcan. Mis amigos me colocaban —pensaba yo— en una situación falsa: la de aceptar un homenaje no merecido..."

1963: Von Braun. Etiemble.

"... Von Braun, caminando por mi jardín de San Isidro, me explica que es fácil aterrizar en la luna. Me parece que está hablando de algo imposible. Para él es pan comido...

... Etiemble (mi huésped, que llegó para dar conferencias) también me habla de cosas que me parecen imposibles como el aterrizaje en la luna: el entendimiento entre la Unión Soviética y los Estados Unidos de América..."

1963: Muerte de Métraux.

"... Su desaparición nos empobrece a nosotros, sus amigos. Nos aflige y apesadumbra. Las circunstancias de la vida, de sus trabajos, mis tareas, sus Chipayas, los míos (ha resultado que somos parientes cercanos de los Chipayas) nos han permitido poco trato en estos últimos años. Pero nuestra amistad ya no dependía de eso. Y usted no ha muerto para mí..."

1963:*De Francesca a Beatrice*. (3ra. ed.)

"... Acabo de revisar el texto español, confrontándolo con el francés (escrito en primer término y publicado por Bossard en 1926). Lo he argentinizado levemente. He quitado adjetivos que sentía ajenos. Por fortuna, no se me ha presentado la oportunidad de recurrir a mi varita de virtudes (o de vicios): convertir las judías en chauchas, las manitas en manitos, etc. El siempre recordado amigo Baeza quiso darme lo mejor del idioma castellano; yo, por no sé qué instinto de conservación, opuse una resistencia más o menos pasiva..."

1963: Sobre el epílogo de Ortega.

"...En cuanto al epílogo de Ortega..., sentí, consternada, al leerlo que en mi comentario sobre la *Commedia* lo esencial de mi pensamiento se me debió quedar en el tintero... Frases de esta índole lo proclamaban '... un fino respeto hacia Dante —quién lo conociera como usted— le hace reprimir sus más personales inspiraciones'. Yo no había reprimido nada por fino respeto. El

respeto nunca me impidió contradecir —¡y quién mejor que Ortega para saberlo!—. 'Al servirnos de guía suscita usted problemas que *voluntariamente* deja sin resolver' ¿Yo dejar voluntariamente un problema sin resolver? ¡Ay, mi querido Ortega, cómo trataba de disculpar mis insuficiencias!..."

1963: Cocteau.

"...No volví a ver a Cocteau. Otras corrientes me arrastraron hacia otros mares de poesía. Pero nunca dejé de recordarlo con admiración y nostalgia, porque formó parte, en mí, de la gloria de ser joven. Está presente en mí como, a pesar de los años, sigue presente mi juventud. Cocteau fue un compatriota en ese país: fuimos jóvenes en la misma época. Vimos las eternas nubes a la misma hora, en el cielo eterno. Pero la hora fue nuestra. Oímos soplar el viento eterno en los mismos árboles. Pero los árboles fueron nuestros. A nuestras vidas se asomaron eternas flores y las eternas mareas. Pero los pétalos que se marchitaron y el movimiento de las crecientes fueron nuestros. Tuvieron, para nosotros, que somos instante, el rostro inolvidable del instante, sin dejar de ser eternos..."

1963: Conversación con Gabriel Marcel.

"... Y Gabriel Marcel, en una conversación que tuve con él en diciembre, y en que le pedí su opinión [sobre *El Vicario* de Rolf Hochhut] no se mostró adverso a la obra. Me dijo que el planteo y el tema eran innegablemente interesantes, graves y al extremo desasosegantes..."

1963: De una carta.

"... Recibí hoy sus dos cartas. Gracias. Pero, por favor, no me diga cosas que realmente no puedo aceptar que me digan. Me siento ridícula cuando me hablan así. Yo no *tengo* (y se lo digo muy en serio) esas cualidades con que me adorna Martínez Estrada. Y cuando me dan títulos que no merezco en vez de agradarme me humillan. No me quieran o admiren por lo que no soy. Esto va en serio..."

1963: *Testimonios,* VI.

"... La publicación del sexto tomo de *Testimonios* responde, en mí, a un deseo de ordenar papeles. Podría ordenarlos metién-

dolos en una chimenea encendida, como hice con tantos otros. Pero los artículos de esta nueva serie y conferencias (inéditas) no están solamente en mis cajones: están en diarios y en manos de algunos amigos. No es totalmente improbable que se le ocurra a alguien, el día de mi ausencia definitiva, recoger estas páginas dispersas. Prefiero adelantarme y publicarlas yo misma, por insuficientes que me parezcan..."

1964: Carta a Martínez Estrada.

"... Estoy algo así como anonadada por el artículo que por vía de Fryda he recibido: el suyo sobre *Testimonios*. Me asusta porque no lo merezco. Le aseguro que usted me está mirando con un vidrio de aumento. Es decir, con el vidrio de aumento del corazón y de un corazón sin medida en sus afectos. Pero yo no puedo confundir su generosidad con la verdad. Y no puedo porque me conozco y me juzgo..."

1964: Los Beatles.

"... Los Beatles son escépticos sobre la duración de esta locura, que los está enriqueciendo con rapidez inaudita. Durará un año, a lo sumo cinco prevén. Cuando uno se sobrepone a la exasperación causada por el griterío que los acompaña (y que a ellos también les molesta, aunque por el otro lado los cubre de oro), resultan muchachos simpáticos..."

1964: El mar.

"... ¿Mar, mar por dónde te apresaré? ¿Qué puede guardar de tí mi balde? ¿El verde gelatinoso de tus hierbas? ¿Un poquito de tu agua que pica en la lengua y en los ojos, y arde en las heridas? En mi balde pierdes tu color y tu tamaño. En mi balde... Pero en mí, hay algo que se apodera de ese color y de ese tamaño inapresables. Donde no caben es en ese balde..."

1964: Mi trabajo.

"... en los días de descreimiento y ahogo he guardado la ilusión de que para alguien algo significaba este trabajo. Mi ilusión nacía de que este trabajo ha sido, para mí, un refugio seguro y una alegría que sólo dependía de mi esfuerzo. Quiero decir que la alegría no estaba supeditada al éxito del trabajo, sino al trabajo en sí..."

1964: Juan Sebastián Bach.

"... Recuerdo que Bach vino a mí de manera muy modesta, en cuanto a interpretación. Mi hermana Angélica empezó a tocar las *Invenciones* en el piano. Estábamos en París y mis padres alquilaron uno para que nuestros estudios no se interrumpieran. Con la insistencia propia de los ejercicios, las repeticiones de ciertos compases, sin contar las notas falsas que caracterizan el sonar de un piano en una casa donde lo estudian niñas de diversas edades, empecé yo a familiarizarme con el habla de Bach..."

1964: Carta a Borges.

"... Adolfo Bioy Casares recuerda el comienzo de la amistad de ustedes dos, usted lo puso en guardia contra ciertas tentaciones: 'Si quiere escribir, no dirija una editorial, ni una revista". Nunca se dio consejo más sano..."

1964: Muerte de Martínez Estrada.

"... Hoy, no tengo tiempo ni ánimo para agregar algo. La muerte de Martínez Estrada, que es una gran pérdida para el país (pese a que la muerte de Juan de Dios Filiberto y la de un cantor uruguayo hayan tenido infinitamente más repercusión. ¡Así tenía que ser!), es en lo que a mí toca la pérdida de un amigo irreemplazable por su talento, por su afecto, y su generosidad desmedida hacia mí. Algún día trataré de buscar palabras que no me suenen del todo indignas de su memoria..."

1965: Distinción de la Academia Francesa.

"... He recibido tanto de ella... que cuando esa nación me otorga una recompensa me parece un disparate. Me recompensan por haber recibido de Francia lo que ya me ha dado a manos llenas a lo largo de mi vida..."

1965: Sobre *Mundo, mi casa* de María Rosa Oliver.

"... Cerrando el libro de María Rosa... libro donde encuentro tantas cosas que le he oído comentar con gracia antes de que con la misma gracia las escribiera, pienso que no hay antípodas en la geografía del corazón (por más que quieran crearlas)...

1965: María Rosa Oliver.

"... María Rosa Oliver es mi hermana menor. Una compa-

triota en lo vivido en una época, un lugar, un tipo de familia, un repertorio de reacciones ante el medio, un amor a sus padres y hermanos que ninguna discrepancia intelectual (y vaya si las hubo) pudo destruir..."

1965: André Malraux.

"... Yo no conozco genio más difícil de definir que el de este francés nacido en el umbral del siglo XX, y que se ha identificado con sus principales avatares, como si se hubiera dado por misión encarnarlos sucesivamente..."

1965: Último encuentro con Waldo Frank.

"Envejecido y frágil —con esa fragilidad que es sello de ciertas enfermedades— noté el temblor de sus manos. Me dijo que apenas podía escribir. Tuve que cortarle el *roast beef* que pedimos. Él no podía hacerlo. Conversamos de los buenos tiempos pasados (que entonces nos parecían malos) y de las tristezas presentes. Lo sentí como desprendido de la vida, en 'otra cosa'..."

1965: Premio María Moors Cabot.

"... Recibimos SUR y yo el premio Moors Cabot, cada uno por su lado; es decir, SUR como SUR, y yo como yo..."

1965: Carta a Alberto Salas.

"... ¿Quién soy yo para prologar el libro de un historiador? ¿Por qué me ha puesto usted en un aprieto al pedirme un prefacio para esta segunda edición? Sin embargo, no quiero desperdiciar la ocasión de declarar en público cuánto me gusta su *Relación parcial de Buenos Aires*, libro argentino por donde se lo busque (tan a menudo se me reprocha indiferencia o frialdad en lo que atañe a la producción nacional. Crítica injusta). Argentino respecto al carácter del autor (inclusive a su gran simpático mal carácter cuando las circunstancias lo provocan), al tema y a la forma en que el tema se trata..."

1965: No me he cruzado de brazos.

"... Parecería que estoy pidiendo disculpas por haberme pasado 35 años trabajando en SUR. ¿No es un poco absurdo? Por malo que les parezca a los 'jóvenes', trabajo ha sido, y por consi-

guiente respetable. Yo no me he cruzado de brazos. Eso no me lo negarán..."

1966: A veinte años de su muerte recuerda que

"... Pedro Henríquez Ureña llegaba casi todos los domingos de invierno y primavera, hacia las 4 de la tarde, a mi casa de San Isidro. Muchas veces lo sorprendí, caminando lentamente por el jardín, leyendo todavía el libro que había traído para el tren, o escribiendo de prisa en su libretita..."

1966: Trozos diferentes de una historia igual.

"... Con mi hermana Angélica hablamos muchas veces de la infancia. Y ocurre algo muy raro: vivíamos juntas con nuestras tías abuelas, nos enseñaban las mismas cosas, jugábamos los mismos juegos, y sin embargo, las dos hemos retenido trozos diferentes de una historia igual. Ahora me doy cuenta de que la memoria es una revelación del carácter, la memoria es quién somos de la cabeza a los pies..."

1966: Testimonio-Autobiografía.

"... *Mis Testimonios* son un plagio de mi *Autobiografía*, y mi *Autobiografía* es un plagio de mis *Testimonios*. Nací tal vez para escribir sólo una *Autobiografía*. Pero me torcí hacia el testimonio y ahora casi no me puedo enderezar..."

1966: Almuerzo con De Gaulle.

"... Malraux me dice que me falta algo importante en mi colección. No sé a qué se está refiriendo. No soy coleccionista. Dice: hombres ilustres. Me invitan a almorzar al Elysée y como un excelente roast beef de Charolais sentada al lado del *grand Charles*. Da la impresión de estar completamente seguro de sí mismo y enterado de todo. Sabe que quiero a Francia y por eso significo algo..."

1966: Falla.

"... Pero impropiedad y disparate no es recordarlo y admirarlo a usted, Manuel de Falla, ni decirle que entramos en su música no sólo como en los jardines de España, sino como en los jardines del alma donde la noche, con usted, ya no es oscura. Es

lo único que he pretendido testimoniar en este aniversario de su muerte en que festejamos su vida..."

1966: Nicolás Repetto.

"... Si bien no entiendo de política, tengo la pretensión de entender de seres humanos. Y el doctor Nicolás Repetto seguía inspirándome confianza y respeto. Lo habría admirado incluso de ser un adversario. Afortunadamente no lo era..."

1966: Indira Gandhi.

"... Esta criatura encantadora tendrá ahora que seguir un camino nada encantador por lo arduo, en las huellas de ese padre que tanto quiso..."

1966: Premio Severo Vaccaro.

"... Con motivo del premio Vaccaro se mencionó, en *La Nación*, que por primera vez se le daba a una mujer. Esto me pareció importante. Lo más importante. No porque fuera yo la elegida, sino porque de este premio siento que participan en mí todas las mujeres...

1966: Admirar y querer.

"... Sólo en admirar y querer he hallado felicidad. Admirar y querer nos conducen a realizar una obra (cualquiera sea su índole), que es como la demostración palpable de cómo admiramos y cómo queremos. Yo sé que mi obra no es otra cosa, no tiene otro sentido ni otra razón de ser. Es el resultado de una necesidad muy intensa y siempre renovada de admirar, de querer..."

1967: *Indice 1931-1966* "Sur".

"...Toda revista y toda editorial es trabajo de equipo. No puede ser obra de una persona (o lo es rara vez). Que mi última palabra sea de reiterado agradecimiento a los que han colaborado de diversas maneras, todas necesarias, en una obra común, donde mi papel ha sido el de aportar algo proveniente de la casualidad, ese tesón que debo a los signos de Aries y Capricornio..."

1967: Waldo Frank y la aparición del *Indice*.

"... La aparición del 'Indice' de Sur coincide con la muerte de Waldo Frank, cuyo nombre figuraba en la primera página del

primer número de la revista. Yo esperaba, impaciente, el momento de manderle este 'Indice', prueba de que, a pesar de todas las fallas que se le achacaban (las que tiene y las que no tiene), esta publicación planeada y discutida con él, no había fracasado. Por lo menos en cuanto a duración y calidad de colaboradores..."

1967: Contar una historia.

"... Lo malo de contar la historia de una revista de 35 años (ya son 36) es que uno olvida muchos detalles. Y sin detalles todo pierde sabor y sentido..."

1967: Nacionalidad: Argentina.

"... He terminado la temporada con un complejo de inferioridad frente a mi perro. Claro que no aspiro a representar a nuestro país tan brillantemente (ya dije que es brillante como un terrón de azúcar). Ni tengo una fantasía como la suya. Pero se me hace difícil soportar que me lleve tanta ventaja. Siento que el próximo verano, si oigo repetir con orgullo a los veraneantes: 'Es argentino', a propósito del dogo, voy a ladrar: ¡guau, guau!!!. A lo mejor reconocerán entonces que yo también soy argentina..."

1967: Premio Alberdi-Sarmiento.

"... Soñaba con perder el tiempo al por mayor en lecturas divertidas y potrear a mis anchas. Sin embargo, esta disciplina aborrecida (sin que me indujera a aborrecer a quien me la infligía) me enseñó, poco a poco, que la dedicación al trabajo era imprescindible, incluso para gozar plenamente de lo que me atraía con pasión: la lectura..."

1967: Doctora Honoris Causa de la Universidad de Harward.

"... Mrs. David Rockefeller me dijo que yo era la décima mujer que recibía el doctorado Honoris Causa de la Universidad de Harward y que a ella la alegraba mucho. Yo, como siempre, pensé que era una buena nota para nosotras..."

1967: *Testimonios,* VII.

"... Cuando desde lo alto de la vida miramos, absortos, el pasado que ha crecido detrás de nosotros y se extiende hasta perderse de vista; cuando miramos hacia un porvenir, forzosa aunque invisiblemente limitado, cada cosa parece cobrar su valor real. El

tiempo no nos permite ya una equivocación, una infidelidad a nosotros mismos. Nos ponemos horriblemente sinceros. Digo horriblemente porque la sinceridad en sí no es una virtud, en lo escrito, sino cuando va apoyada en el poder de darle forma. La sinceridad sola (apreciable en el mundo moral) de nada sirve en el mundo de las letras y de las artes, si no cuenta con el poder creador. Temo que la mía quede librada a sus propias fuerzas..."

1968: Recuerda a Marcelo T. de Alvear.

"... Era una carta escrita por Simón Bolívar pocos días antes de su muerte y dirigida a una prima: carta de despedida que lleva el sello de la época, en su lenguaje romántico, y el de la condición humana. Marcelo de Alvear me pidió que se la leyera. Estábamos en su casa en Mar del Plata, sentados junto a una ventana abierta sobre el mar, con su mujer, compañera tan íntima y fielmente ligada a los buenos y malos ratos de su vida. El estado de salud de Marcelo nos inquietaba ya, y cuando mis ojos cayeron sobre las primeras líneas de la carta se me nublaron con un presentimiento: 'Te extraña que piense en ti al borde del sepulcro', escribía Bolívar. Me pregunté a mí misma si lo que más le emocionada a Marcelo de aquella página no sería el tono tierno y grave de ese adiós. Temiendo que mi voz me traicionara, le pasé el libro a un amigo que me había acompañado, a fin de que leyera, y escuché tratando de fijar mi atención en las palabras, para huir de la angustia que me invadía: 'Ha llegado la última aurora. Tengo al frente el mar Caribe, azul y plata... sobre mi cabeza el cielo más bello de América, la más hermosa sinfonía de colores, el más grandioso derroche de luz...' Aquí también estaban presentes el mar y el más hermoso cielo de América, iluminado por grandes llamaradas de nubes crepusculares. Llegamos al último párrafo: 'Me tocó la misión del relámpago... fulgurar apenas sobre el abismo y tornar a perderme en el vacío'. *Simón Bolívar, 1830*. Vi entonces que los ojos de Marcelo estaban llenos de lágrimas. No me había equivocado. Su pensamiento y el mío eran el mismo. Él me lo comunicaba. Y sin haber cambiado aquella tarde una palabra sobre el tema, en silencio, hablamos de muerte y despedida..."

1968: De una carta.

"...Hay que tener paciencia, mucha paciencia con el dolor que uno no puede digerir. Uno lo va tragando, nada más. Ver su-

frir es un sufrimiento que nos angustia tremendamente porque vivimos en la incertidumbre: ¿Cómo será y hasta dónde llegará el sufrimiento de *ese otro* que sufre? Queremos acompañarlo en el sufrir y como lo acompañamos con la imaginación nos torturamos a veces más de lo que se ajusta a la realidad. Eso del sufrimiento y de la muerte es el gran misterio. ¿Qué explicación tiene? ¿Y es concebible que no la tenga? Sería monstruoso. Es mi único argumento. No creo (o no quiero creer) en lo absurdo..."

1968: Visita de Indira Gandhi.

"... Y todavía no me parece cierto que nuestra variable primavera, con sus paraísos brotados, nos haya traído a una mujer que pretende no ser ya una excepción, ni un síntoma, pero que para nosotras, las argentinas de cualquier generación, es excepción y síntoma..."

1968: Doctora Honoris Causa de la Universidad de Visva Bharati.

"... tanto Tagore, como Gandhi y Nehru, fueron tres figuras que me ayudaron a vivir. Toda mi vida he seguido sus pensamientos, tratando de que me sirvieran para mejorarme... Es esta una recompensa que no merezco, porque la India me ha dado más cosas que yo a ella..."

1968: Música y músicos.

"... La verdad es que ignoro por qué hay músicas que me apasionan y otras que me dejan fría y hasta me repelen. Voy a decir una blasfemia: Mozart me aburre. Con Bach, Brahms, Chopin, Mussorsky, Scarlatti, Purcell (para hablar sólo de lo pasado) me siento feliz (felicidades distintas). Pero no he podido comprender todavía qué me pasa con Mozart..."

1969: Aquella casa de la calle Florida.

"... Desde la puerta de calle Florida, un día de lluvia, mi bisabuelo vio pasar el entierro de su gran amigo Sarmiento. A esa casa, cuando sólo tenía meses, solía llevarme Juan Allende, un negro, fiel servidor de la familia y hombre de confianza. Aquella casa, aquella calle Florida de mis primeros años, ya no existen. Encerraban lo que más he querido..."

1969: Carta a Pablo Neruda.

"... Salgo ahora mismo para Mar del Plata. Perdón por estos garabatos. Y gracias por el poema tan poema que nos mandó para la Revista... Recuerdo siempre nuestros encuentros en Perú y en Nueva York..."

1969: Muerte de Ansermet.

"... Con Ansermet me encontré en su camarín del Politeama (1924). Tenía, en esos años, una barba negra, tupida y de corte asirio. La mirada de sus ojos muy celestes era a la vez luminosamente inteligente e ingenua..."

1969: Carta a Fryda Schultz de Mantovani y Enrique Pezzoni.

"...Los recuerdos y la memoria son nuestro presente (el presente existe nutrido de ellos). No se concibe el ser sin memoria y recuerdo. Y cuando se habla de estas cosas no se puede hablar sino en primera persona. Yo soy el que se acuerda. Y existo porque tengo memoria y porque me acuerdo y mi memoria y mi recuerdo son exclusivamente una experiencia mía. Una experiencia mía que pasa de lo temporal a lo intemporal, porque el pensamiento es intemporal en la medida que refleja una verdad valedera para todos los hombres; no sólo para Perico, Juan o Diego. Mi memoria me hace contemporánea de mis siete como de mis setenta y largo pico de años..."

1969: Sobre el divorcio.

"...Creo que el divorcio es un mal necesario. Digo *mal*, porque no puede haber mayor felicidad que la de la unión de un hombre y una mujer para toda la vida..."

1969: *Diálogo con Mallea.*

"... ¿Recuerda los principios de SUR? Yo recuerdo que cuando fuimos a la Imprenta Colombo (en Caballito o Flores) a ver las pruebas del primer Sur, me acababan de arrancar una muela de juicio. Después he pensado que era simbólico, por los dolores de cabeza que padecí a consecuencia de haberme metido en ese berenjenal..."

1969: Alfredo González Garaño.

"... Todo esto parece muy trivial. Pero de estas pequeñeces

está hecha una amistad y las nadas son las que después añoramos. Forman parte de lo que llamaremos "Tiempos felices". Felices porque tuvimos la suerte de tener a nuestro lado amigos con los cuales compartíamos tantas cosas y que eran generosos de sí mismos. Personas con las cuales hemos recorrido un largo tramo de la vida, fraternalmente, y en condiciones que no se repetirán..."

1970: Jane Bathori.

"... No sé cuándo me encontré con Bathori. Es como si la hubiese conocido desde siempre. En cambio, recuerdo mi última comida con ella. Fue hace dos años y medio, en el departamento de una amiga que vive en una callejuela oculta entre los vericuetos de la Rive Gauche. Lugar apropiado para despedirse de ella. Sólo que yo ignoraba que era una despedida. Ya me ha pasado con tantos amigos que no comprendo por qué no estoy prevenida. Doy gracias al destino por no hacerme pararrayos de premoniciones..."

1970: Thomas Merton.

"... Thomas Merton era una de esas raras personas a quienes podemos recurrir en cualquier circunstancia difícil o crisis de nuestra vida. No nos curaría de nuestro mal, pero le quitaría el aguijón. Recibir una carta de Merton ha sido siempre un sedante para mí. No se lo habré dado a entender en esta vida. Como él creía en la otra, para él será lo mismo que se lo diga ahora. Para mí no..."

1970: Isadora Duncan.

"... Tuve la suerte de verla bailar en París, siendo yo casi una adolescente. Ella estaba en el esplendor de su fama. La insólita belleza del espectáculo me dejó transida de entusiasmo. Aquella inmensa cortina de terciopelo azul, su único decorado; la túnica blanca y griega; los pies desnudos que pisaban silenciosos las tablas, la cara iluminada por dentro, irradiando el placer de entrar en un mar de invisible deleite, un mar en el cual nadaba divinamente ese cuerpo de nadadora nata del ritmo... todo lo tengo presente..."

1970: 40 años de SUR.

"... La Editorial SUR continuará. Además, publicaremos, dos veces por año, un cuaderno-libro, dedicado sea a sucesivas antolo-

gías de ensayos, cuentos y poemas (valiosos) aparecidos en los 326 números de la revista, un tema que nos interese especialmente, o a una personalidad del mundo de las letras... SUR, revista bimestral, se suspende... Se suspende hasta que cambien las circunstancias, si cambian. No quiero, como diría Valéry, retirarle a esta publicación, 'para que subsista' lo que prometí darle 'para que existiera'..."

1970: Cortázar.

"... Al mismo tiempo, hecho insólito, ... el vulgo compra las obras de Cortázar (tan luego de Cortázar) y se pasea con sus libros en Torino, o en subte, o en colectivo. Sin embargo, Cortázar es netamente autor para minorías, no para lectores a quienes ha de aburrir fabulosamente (perdón, amigo Cortázar) porque no están preparados para digerirlo y saborearlo. El autor de *Rayuela* es un escritor para escritores, casi casi. Su técnica y sus fuerzas no han de ser detectadas por el vulgo (el del Torino, o del subte, o del colectivo, tanto da). Y que nadie se me ofenda. Frente a la máquina (sin ir más lejos, la de mi auto, que manejo) yo soy vulgo y requete vulgo..."

1970-71: Número de SUR dedicado a la Mujer.

"... Hace años que deseaba dedicarle un número de SUR, a la mujer, a sus derechos, a sus responsabilidades. Desde que apareció la revista, esta idea me rondaba. Pero no era un tema 'literario' y poco interesaba a los hombres que conmigo compartían las tareas revisteriles. Eran mayoría. Y aunque yo hubiera en realidad podido imponer el tema, no lo hice, quizá por pereza... En 1956, el proyecto casi cuajó... Hoy lo realizamos..."

1971: Carta a Arminda D'Onofrio.

"... En este año del centenario de nuestro Prilidiano Pueyrredón ¿a quién iba yo dirigirle una carta sino a usted? Digo nuestro porque usted y yo nos hemos ocupado de él como de un ser viviente y hemos hablado de él como si nos escuchara, sin tratarlo con esa pomposidad convencional que mata a los muertos. A aquellas conversaciones les debo mucho... Cuando falló nuestro intento de organizar un espectáculo de *Luz y Sonido* ... usted se afligió más que yo del fracaso. Era usted muy generosa y tomaba a pecho las desilusiones o amarguras de sus amigos. Siempre me

repetía que no tenía que perder las esperanzas... Por eso, ahora vengo a anunciarle que tenía usted mucha razón. Se hace por fin en la quinta de nuestro Prilidiano en San Isidro, lo que deseábamos. Usted hubiera sido, para mí, la invitada de honor. Lo es. Sólo que su presencia será impalpable, como la del carpintero de Garay, o de la hija del godo ajusticiado, o la de los que salieron al encuentro de los ingleses invasores, o la del capitán de los Andes, o la del autor de Martín Fierro, o la del pintor de Manuelita. Para mí todo esto está en el aire cuando habla el Algarrobo. Qué pobres seríamos sin los muertos..."

1971: Eisenstein.

"... Cuando lo conocí, en Nueva York, donde estaba de paso para Hollywood (iba a filmar *An American Tragedy*), lo quise traer a Buenos Aires y él estaba dispuesto a emprender el viaje con su camera-man. Yo pensaba proponerle un gran documental-poema de la tierra argentina en su inmensa variedad. Fracasó mi proyecto por no encontrar ayuda financiera ni persona que se interesara en él..."

1971: *Testimonios,* VIII.

"... Siempre he creído que cada escritor, cada músico, tienen una o dos cosas principalísimas que decir y las repiten en diferentes formas, toda la vida, hasta que dan con el tono justo. Desde luego, cuanto más larga es una vida, más ocasiones se ofrecen para repetir lo ya dicho, mejorando o empeorando primeras versiones..."

1971: Julio Payró.

"... La última carta que me escribió, hace poco, en verso y en broma, agradeciéndome el envío de unos libros de Simenon (para distraerlo), afirmaba que el mundo no es perfecto. Nunca sentimos sus imperfecciones como cuando nos vemos privados de la presencia de un ser que luchaba contra ellas. Que luchaba sin dejarse desanimar por los obstáculos, ni admitía pactos con lo mediocre. Porque usted ni se desanimaba, ni pactaba. A veces, por extrema fidelidad a un mandato interior, sus reacciones imprevistas sorprendían a sus amigos..."

1971: Soy un bien de esta tierra.

"... Yo no me siento extranjera en París, ni en Roma, ni en Londres, ni en Madrid, ni en Nueva York, etc. Y sin embargo soy un bien de esta tierra. A esta tierra traigo esas tierras, y a esas tierras llevo la mía. Soy de una esquina de Florida y Viamonte, de otra de San Martín y Viamonte (donde nací), de las barrancas de San Isidro, de una quinta de Mar del Plata (cuando las calles eran de tierra y no de asfalto). Pero soy de París y de Londres y de Roma y de Madrid y de Nueva York y hasta de Calcuta, que no conozco. Soy del mundo entero sin dejar migajas..."

1971: Mis Memorias.

"... En este momento, estoy tratando de dar forma a algo que no la tiene: mis Memorias. Al querer explorar un continente perdido, me he encontrado con un enorme archipiélago. No se dónde empieza y menos aún dónde termina..."

1971: Dirección de la *Revista de Occidente*.

"... En una larga vida se puede haber soñado muchas locuras y hasta se puede haber vivido lo soñado. Pero esto de dirigir un número de la *Revista de Occidente*, jamás ni dormida ni ebria (aunque no bebo lo suelo estar) apareció en mi horizonte..."

1972: Influencia de la lectura.

"... Graham Greene me decía que los libros influyen profundamente sobre nosotros sólo en la infancia. No estoy segura que se limite estrictamente a esa edad su impacto, por decisivo que sea (y lo es). Creo que en nuestra vida de adultos podemos admirar con discernimiento, podemos apasionarnos y puede modificar nuestro enfoque alguna lectura... Modificar o confirmar; desde luego, en ese período es frecuente que los libros sirvan meramente para confirmar lo que ya está a la vista en nuestra mente, mientras que en la infancia sirven para que aflore lo que aún está oculto. En la infancia, piensa Graham, todo libro es un libro de adivinación, de predicción de nuestro futuro. Yo estoy de acuerdo; pero diría que simplemente lo hace aflorar...".

1972: Mensaje a la mujer.

"... Este es mi mensaje: cualquier fracaso nuestro debe ser

un desafío para las demás (las que nos prolongarán en el futuro). Es decir, para convertir en éxito el fracaso. En nada admitiremos el fracaso, y menos aún en los resultados de la educación de la mujer. Aquí y en todas partes del mundo. En este capítulo (y en algunos otros) nuestra patria es el mundo..."

1972: Traducciones.

"... He traducido toda la obra teatral de Graham Greene, tres piezas de Camus, una de Dylan Thomas, una de Osborne, una de Colette-Anita Loos. Cuando se emprenden estas tareas y no se las encara como ganapán, es por amor a lo traducido..."

1973: Traducción y traductor.

"... Mi propósito era hacer conocer en buenas traducciones esas obras maestras y también elevar el nivel de las traducciones y remuneraciones de los buenos traductores argentinos... La traducción es un arte, una re-creación. Y el buen traductor ha de merecer el mayor respeto..."

1973: Donación a la UNESCO.

"...Mis razones para entregar a la UNESCO una casa con jardín que ofrece sosiego frente a un río que quiero son varias. ...Elegí a la UNESCO porque reúne condiciones que están de acuerdo con mi pensar y mi sentir. De acuerdo con lo que he intentado hacer en SUR... Yo deseaba y deseo que mi casa siga siendo la de los escritores y artistas argentinos, americanos y europeos... Si la comunicación entre los artistas y escritores de distintos países tiene un sentido (y creo que lo tiene), esta casa de San Isidro podrá seguir siendo un lugar para esos encuentros. Digo seguirá siendo, porque lo ha sido..."

1973: Casa de San Isidro.

"... Mi casa no tiene más gloria que la de haber visto a un hombre como éste [Camus] sentado en un sillón de mimbre, al sol, o junto a la chimenea, con una taza de café en la mano. No guarda colecciones de valiosas pinturas, de ediciones raras, de objetos coloniales de plata, etcétera. Sólo he coleccionado pasos y voces..."

1973: Antología de la poesía. (SUR).

"... Aunque parezca extraño siento que la poesía es la única tierra firme donde asentamos nuestra planta. A la tierra la entienden los poetas y el leerlos nos alivia de tantas incomprensiones. Créase o no los poetas están menos desamparados ante los misterios del universo que los hombres de ciencia, admirables adelantados, que a veces creen poner el pie en las Indias cuando lo han puesto en América, y que no aciertan siempre a proteger a la creación, del arma que ellos mismos le proporcionan al hombre..."

1973: Misión del Fondo de las Artes.

"... Yo supuse siempre que ésta había de ser una de las misiones, la más delicada del Fondo: paciencia y atención a lo que está por nacer en las cimas (cimas ajenas a las luchas de clases: el talento no reconoce divisiones de esta índole, y es lo que más me ha importado toda mi vida). Inglaterra vale más por Shakespeare que por Trafalgar..."

1974: Escribir.

"... Porque escribir era y es para mí una forma de respiración ..."

1974: Seres y libros.

"...Hay libros que sosiegan, que conmueven, porque son como la certidumbre, la prueba de que en este mundo, donde aparentemente reina la injusticia, hay seres que hacen justicia. Poco importa que aquellos seres hayan muerto o que sus existencias se deslicen lejos de la nuestra. Nos sentimos unidos a ellos indisolublemente. Y al acercarnos a ellos, en silencio y en soledad, nuestra alma se hace sonora y nuestro aislamiento cesa..."

1974: Waldo Frank y sus *Memorias*.

"... Waldo tenía coraje físico y moral, de nuevo lo demuestra con esta *Memorias*; su fin. Al leerlas, nosotros, sus amigos, le agradecemos a no sabemos quién, que hombres semejantes, tan incomprendidos, puedan vivir y morir sin rencor..."

1974: El que hablaba así...

"... Conversamos hasta tardísimo. De Sica es un hombre que va derecho a lo que quiere, a lo que le gusta... Esa noche

nos participó, sin embargo, una duda: dijo que sospechaba que el cine es un equívoco. No llega, en su fuero interno, a aclarar si es arte o no. ¿Por qué envejecen tan lamentablemente las películas? ¿Qué queda de lo que nos encantó antes de ayer o ayer mismo? Cierto: algunos films de Chaplin no se han derrumbado con el tiempo. Quizá alguno de René Clair. Quizá *El hombre de Arán*, de Flaherty. Eso es todo. (El que hablaba así era De Sica)..."

1974: Raíces locales de lo universal.

"... no hay grito verdaderamente humano cuyo acento no encuentre eco en todos los corazones. El idioma de la imagen viviente, como el del sonido hecho música, es el que tiene mayores probabilidades de ser comprendido, directamente, en todo el planeta. Pero la mejor manera de alcanzar lo universal pasa a veces, en arte, por lo local..."

1975: Año Internacional de la Mujer.

"...Les deseo con fervor una buena suerte a las jóvenes que entran ahora en la lucha por unas reivindicaciones cuyo espíritu se falsea y se politiza con lamentable facilidad. Repito que antes de acudir en ayuda de los ideales partidarios de nuestros queridos adversarios, hemos de resolver nuestros problemas. De éstos si se puede decir: si no los resuelven las mujeres, no los resolverá nadie..."

1975: Soledad Ortega.

"... Se da con frecuencia el caso de mujeres que por la casualidad de no ser varones viven al margen del lugar que les correspondería. Fui huésped de una de estas mujeres, hace poco, en Madrid. El último de aquellos días felices, entramos juntas en una librería ..., en una calle que lleva el nombre de su padre, si mal no recuerdo: Ortega y Gasset..."

1975: *Testimonios*, IX.

"... Yo no he nacido con el genio de Bach, ni de Debussy. Esto, para mí, no es motivo de envidia sino de deleite. Frente a ellos me siento en estado de bienaventuranza. De beatitud..."

1975: La obra de arte.

"... La obra de arte debe alimentarse, madurar y crecer dentro de nosotros como un organismo viviente. Ha de prolongarse

en nosotros. Ha de recibir vida de nosotros, porque nos trae vida. Para las grandes obras de arte (sean en las letras, en la pintura, en la música), no hay modas. Hay modas y épocas que sin destruir el pasado lo enriquecen de nuevas combinaciones que se suceden unas a otras. Formas que no varían a medida que varía el mundo circundante y nos ofrece otro repertorio de sus gestiones, a medida que ese mundo se llena de nuevas y tremendas alusiones a lo desconocido con que nos topamos a cada paso, y que la ciencia ahonda sin explicar..."

1975: Angélica.

"... Se me ocurrió hacer, con mi hermana Angélica, cuando éramos chicas, una especie de revista o de periódico en inglés que no pasó de su segundo número. Mi hermana, so pretexto de no tener imaginación, se encargaba de los avisos. Esta hermana, sin embargo, representa en nuestra familia lo que Mycroft en la de Sherlock. Tiene un espíritu más sutil y crítico que nosotras, las que escribimos..."

1976: Prólogo a *Don Segundo Sombra*.

"... No es para mí, un autor argentino que ha dado a nuestra literatura un magnífico relato gauchesco, ya clásico como el de mi pariente José Hernández. Es eso y mucho más: el amigo con quien nos consolábamos de variados sinsabores leyendo en alta voz a los grandes poetas franceses; el más sensible, delicado, comprensivo y noble de los hombres argentinos que he tenido la dicha de llamar hermano..."

1976: Sobre la muerte.

"... Pero delante de la muerte quedamos como delante de un paredón que nos corta el camino; el paredón al que todos iremos a parar. Se abre así (para los agnósticos) un muro-precipicio que causa vértigo al pensamiento..."

1976: ¿Que he hecho de mi vida?

"... He conocido —privilegio que agradezco a mi estrella— alegría sin par, he conocido a casi todos los escritores de mi época, algunos muy de cerca, por haberme ligado a ellos lazos de verdadera amistad. He publicado una docena de libros. Libros póstumos, los llamo yo, pues así como sospecho que se consultará

la colección de mi revista se consultarán esos volúmenes algún día para buscar datos. Datos de cosas que pasaron en el mundo de las letras y que yo he reflejado a mi manera..."

1977: Acerca de la juventud..

"... La juventud conserva las características de siempre. Deberá agregársele lo bueno y lo malo que trae cada época y sacudir la mezcla..."

1977: Muerte de María Rosa Oliver.

"... Aunque forme parte de un orden, no comprendemos con la inteligencia y menos con el corazón, esto de la muerte. Queda fuera de nuestras fronteras, si nos falta fe religiosa firme. Y a pesar de la fe (creo) se sufre tan inexplicable corte..."

1977: En la Academia Argentina de Letras.

"... El honor que recibo hoy me ha caído en suerte por carambola: se confunde la acumulación de años con el decanato..."

1977: *Testimonios*, X.

"... Este décimo tomo de *Testimonios*, responde, ante todo, a una necesidad de repetir ciertas cosas que no parecen haber sido escuchadas. La esperanza secreta de que me oigan hoy más que ayer es disparatada..."

1977: Diálogo de las culturas, en Villa Ocampo.

"... Tengo 87 años y ya no hay avión suficientemente veloz para llevarme. Seguramente, en Europa, mi obra hubiera sido reconocida más rápidamente. Pude irme, pude tener la vida intelectual y espiritual que había querido desde chica. Pero toda mi familia y yo pensamos que hacíamos falta aquí, en nuestra patria. De allí que podamos hablar de Villa Ocampo como de la historia argentina. Sarmiento fue amigo de mi bisabuelo y frecuentaba esta casa. Mi padre vivió en ese ambiente. Tuvo seis hijas. Cuando chicas jugábamos debajo de esta enorme mesa que sirvió a los panelistas del Diálogo de las culturas..."

1978: Muerte de Fryda.

"...Querido Carlitos, querido Carlitos: ¿Qué te voy a decir? Hay cosas incomprensibles y que me anonadan...

1978: Opinión sobre la vejez.

"... La gente se impresiona de las edades. Yo me siento muy bien y muy activa mentalmente. Me gustaría vivir hasta que me interese la vida..."

1978: Fryda.

"...La conocí y la apreciè mucho cuando, después de esa catástrofe que fue para ella la desaparición de Juan, vino a pasar unos días conmigo, a Mar del Plata... Hasta la época de Mar del Plata casi no la conocía, pero me inspiraba una profunda simpatía y ternura. La veo en su cuarto cepillándose ese pelo castaño y con anteojos oscuros para disimular que había llorado. Nos fuimos conociendo y queriendo. Y nos queríamos mucho. Fryda hizo de SUR su oficina y su hogar. Trabajaba como una hermana. Los días pasaban y cada uno me traía una prueba más de su fidelidad y capacidad. La consultaba para todas las cosas y, a veces, diferíamos. Fryda era activa y llena de prolijidades y tenía una inmerecida indulgencia por mí. Yo había tomado la costumbre de no publicar nada sin consultarla. Cuántas veces habré ido a la calle Lafinur y en el auto leíamos y discutíamos un texto. Aprendí a conocer sus talentos, su manera sensata, inteligente, y su rapidez para ver las cosas... Quiero ahora repetirlo públicamente. Lo demás queda en lo hondo de mi corazón, con la gran deuda de SUR (en que colaboró con fraternal generosidad) y con una agradecida ternura que la seguirá en la muerte como la siguió en la vida..."

1978: Inventario.

"... A pesar de que he viajado, en el tiempo, más que Malraux, a pesar de haber visto, vagamente, desde un balcón londinense, a la vieja reina Victoria rodeada de soldados, y al zar y su zarina desde una ventana de los Champs Elysées, y desde otras, pasar por la calle varias revoluciones sudamericanas, a pesar de haber contemplado con espanto las ruinas de Europa bombardeada, y de haber estado sentada, durante el juicio de Nuremberg, a pocos metros de los nazis sentenciados a muerte, y discutido sobre la *Divina Comedia* con Mussolini, en un palacio romano, a pesar de haber visto a San Francisco, siniestro, en el *black out*, y descubierto a Gandhi a través de Tagore y a Strawinsky a través del cataclismo *apprivoisé* (según Cocteau) de 'La consagración de la primavera' en su estreno; a pesar de haber caminado por mi jardín

de San Isidro con von Braun, escuchando sus explicaciones sobre un próximo alunizaje (el hombre está loco, pensé); a pesar de haberme bañado con deleite en las aguas contaminadas de una playa marplatense con St. John Perse, a pesar de haber gozado de la espesa sombra de las sequoias californianas con Waldo Frank y de haber admirado los nuevos vitraux de Notre-Dâme con Paul Valéry, y mirado con cierta melancolía los muros de una cárcel argentina (1953); a pesar de haber discutido con Camus, paseando por Broadway, mi traducción de *Caligula*, y respirado con Ortega el olor de las jaras del Guadarrama en el Escorial; a pesar de haberlo guiado a Borges ciego para cruzar una calle peligrosa; a pesar de haber visto y oído, con Keyserling, a los adolescentes hitlerianos marchando y cantando por la ciudad de Darmstadt, dispuestos a desatar la violencia; a pesar de haber pasado horas con Einsenstein en una iglesia de Harlem, escuchando los 'spirituals', cantados por negros; a pesar de que nos reconciliamos con Neruda, en Lima, donde lo encontré en viaje a Machu Picchu, y de haber contemplado la pirámide de Teotihuacán con el inolvidable Alsonso Reyes; a pesar de que Gropius me confió su presentimiento aciago en un tren italiano (1934), y que Le Corbusier describió para mí cómo planearía una nueva capital argentina, a pesar de que pronosticamos con Gabriela que vendría un mal período para América hispana; a pesar de que me divirtió el deleite de Virginia Woolf imaginando equivocadamente a un Buenos Aires lleno de mariposas y que inundé su casa de Tavistock Square con las alas de lepidópteros brasileños; a pesar de que presenté al joven Caillois a los escritores de América latina y que él a su vez los introdujo en Europa; a pesar de haber hecho lo mismo con Sudamérica y Graham Greene y con todos los que parecían percatarse de que existía esta tierra incógnita; a pesar de que mi sueño de conocer a Ravel se realizó y almorcé con él en Montfort-l'Amury; a pesar de que fui acompañada por Paulhan, a la casa de Braque con dos macetas de jacintos, como velas para depositar al pie de una divinidad, y recitamos Mallarmé con Aldous Huxley, mientras nuestro auto corría a lo largo del Hudson; a pesar de que comí una torta casera en el departamento de Eliot, en Chellsea, mientras hablábamos de cosas menos deliciosamente terrenales, a pesar de que Helleu me hizo varias *pointes sèches* cuando tenía 18 años y me repetía: 'Quédese quieta *mon enfant*, la voy a dibujar así, *la main sur la conscience* (creo que me embrujó porque nunca

pude verme libre de mi conciencia); a pesar de que las cosas se apilan de manera pavorosa en las vidas largas y nos hacen tambalear y se amontonan en la cima de la memoria que añora los valles sin pasado de la juventud..."

1978: Últimos peldaños.

"... Ya temblorosa, de ese temblor que llega cuando estamos en los últimos peldaños de la escalera de una larga existencia, temblorosa de ese temblor que la hará caer de esa escalera...".

1979: 27 de enero. Muerte de Victoria Ocampo.

"... Cuando desaparecen aquellos a quienes nos atan vínculos de admiración o de cariño solemos abrir cajones en que duermen fotografías o paquetes de cartas. Es todo lo que nos queda en medio del amargo o dulce sufrir de los recuerdos..."

"... cuando hemos apreciado el tesoro, en vida de quien lo puso entre nuestras manos, rara vez ocurre que después de su muerte no descubramos que hemos perdido mucho más de lo que teníamos..."

Misión de Victoria Ocampo.

"... Dentro de otra esfera, en condiciones muy diferentes, yo también he tratado, como mi bisabuelo Manuel Hermenegildo de Aguirre, de negociar un reconocimiento. Tal vez habrá fracasado mi intento en parte, como fracasó la misión confidencial diplomática confiada a mi bisabuelo por San Martín, Pueyrredón y O'Higgins en 1817 (el reconocimiento de nuestra independencia por los Estados Unidos). Pero como él y con él puedo repetir: 'no pido limosna sino un acto de justicia'. Justicia para los de mi tierra que han nacido con talento. Reconocimiento de su valor... Y como don Manuel Hermenegildo se trajo de los Estados Unidos el "Horacio" y el "Curacio", y todas esas armas que le dieron tantos dolores de cabeza, yo soñé con traer aquí otros veleros, otras armas, para otras conquistas. Y viviendo mi sueño traté de justificar mi vida. Casi diría de hacérmela perdonar..."

INDICE

Pág.

Al lector: *Promesa y compromiso* 1
Encouragment. Delfina Bunge de Gálvez 3
Flor extranjera. Rabindranath Tagore 5
Homenaje tributado en la sede central de la UNESCO 9
Palabras de Víctor Massuh 11
De Arturo Uslar Pietri 12
De Soledad Ortega 15
De Jean d'Ormesson 22
De Jorge Luis Borges 25
De Amadou Mahtar M'Bow 30
Testimonios sobre Victoria Ocampo. 1962. 35
De Germán Arciniegas: *Nuestra Victoria del Sur* 37
De Marta Brunet: *Victoria Ocampo, la mujer* 40
De Daniel Cosío Villegas: *Sobre la gran Victoria* 43
De Adelina del Carril de Güiraldes: *Aserción del recuerdo fiel* 48
De Vittorio de Sicca: 52
De Wladimir d'Ormesson: 53
De Waldo Frank: 54
De Alberto Girri: *Envío* 56
De Ramón Gómez de la Serna: *A Victoria Ocampo* 58
De Graham Greene: *Carta abierta a una editora* 59
De Eugenio Guasta: 60
De Aldous Huxley: 62

De A. W. Lawrence: 63
De Le Corbusier: 65
De Eduardo Mallea: *Un alma valientemente diferente* 66
De Thomas Merton, S. J.: 71
De Alfred Métraux: *Victoria Ocampo y la etnología* 73
De María Rosa Oliver: *Ni en mil páginas* 76
De Jorge A. Paita: *A Victoria sobre Victoria* 79
De Octavio Paz: 92
De Marguerite Yourcenar: 94
1979 - 1980.
De Indira Gandhi: *Recuerdo* 97
De Silvia A. García Ocampo 98
De Krishna Kripalani: *Victoria Ocampo, puente cultural entre tres continentes* 100
De Silvina Ocampo: *El ramo* 108
De Alba Omil: *Victoria Ocampo, soledad y absoluto* 110
De Enrique Pezzoni: *Distraída del mal* 113
De Jean-Claude Piguet: *Homenaje a Victoria Ocampo, en memoria de Ernest Ansermet* 119
Carlos Adam: Bio-bibliografía de Victoria Ocampo 125

LIBRERIAS RECOMENDADAS

LIBRERIAS

FAUSTO

Amplio surtido en
libros de arte
psicología y pedagogía
Créditos a sola firma

Corrientes 1311 **40-1222**
Santa Fe 1715 **41-2708**

PLATERO S.R.L.

Libros argentinos a todo el mundo
Nuevos y usados

Publicamos catálogo

1013 - TALCAHUANO 485
T. E. 35-2215

LIBRERIA — EDICIONES

NUEVA VISION

especializada en
artes visuales,
psicología y
ciencias sociales

TUCUMAN 3748 T.E. 89-5050

LIBRERIA
RODRIGUEZ S.A.
Las últimas novedades en
Libros en Español y en Inglés
Textos - Diccionarios
Revistas Extranjeras y de Modas
Suscripciones
Papelería Comercial y Escolar
CREDITOS
London Card - Diners
SARMIENTO 835
T.E. 35-8125/6/7

LIBRERIA GENERAL
de TOMAS PARDO S.R.L.
(Casa fundada en el año 1914)

Abarcamos todas las ramas
del saber

Unica Dirección:
MAIPU 618
T.E. 392-0496 - Buenos Aires

LIBRERIA — PAPELERIA
SARMIENTO
Novedades literarias
Papelería comercial y escolar
Impresiones - Fotocopias
Suscripciones - National Geographic
Arte Argentino - Magazine
CREDITOS
LIBERTAD 1214/20
T. E. 41-4792/9500
44-3097

GALERIAS DE ARTE

VERMEER

Selección
en Pintura Argentina

SUIPACHA 1168 - 393-5102
BUENOS AIRES

☆

AMERICA
GALERIA DE ARTE

MAESTROS
DE LA PINTURA
ARGENTINA

ESMERALDA 764

GALERIA
WITCOMB
Pintura Argentina

QUINQUELA MARTIN
VICTORICA - BERMUDEZ
GOMEZ CORNET - FADER
CASTAGNINO - PRESAS

ESMERALDA 870
32 - 3424

VAN RIEL

TALCAHUANO 1257 - P. B.
T. E. 41-8359

DEL RETIRO

FLORIDA 943 TEL. 32-5850
1005 - BUENOS AIRES

La impresión de este libro fue terminada el día 24 de setiembre de 1980 en los talleres gráficos A. Baiocco y Cía. s. r. l., Centenera 461, Buenos Aires

Adhesión de





Argentia

Empresa Argentina
Productora de Medicamentos
Departamento Cultural

S1CJ.15.1.
H0008128